La (neo)lógica de las lenguas:

*¿Por qué no podemos parar de crear palabras?*

1. A ti, que creas sin saber que creas
2. La neología y los neologismos: qué son, y por qué son tan importantes
   1. El cambio lingüístico: una lengua en tensión es una lengua sana
   2. **Neologismos: han venido a actualizarnos… y el resultado les da igual**
   3. Morir de éxito
   4. **¿Qué hace que un neologismo sea un neologismo?**
   5. Palabras nuevas… o quizá no tanto
3. ¿De dónde sale este palabro? Procedimientos de creación neológica
   1. Neología formal: vagones y locomotoras
      1. Derivación: por delante o por detrás
         1. Sufijación: vayan pasando en orden, por favor
         2. Prefijación: el discreto encanto de lo previsible
      2. Composición: condenados a entenderse. O casi
      3. Neología sintagmática: no muy juntos, pero sí revueltos
      4. Abreviaciones: menos es más
         1. Siglas: neologismos con pompones
         2. Acortamientos: no te fallarán
         3. Acrónimos: sobrecarga al facturar
   2. Neología semántica: ¡viajeros al tren!
      1. Metáforas: las palabras saltan desde el trampolín

\*Epígrafe aparte: murciélagos y músculos

2.2.2. Metonimias: neología para el glamour

2.2.3. Marcas comerciales: los neologismos *Cuéntame*

2.3. Préstamos: ¿problemas con el ancho de vía?

2.4. Calcos: los neologismos Mata Hari

1. Neologicidad: el quid de la invención
   1. Variación formal: la belleza está en el exterior
      1. Guiones: el comodín del público
      2. Adecuación ortográfica: La sombra de la norma es alargada
   2. Motivación: por qué lo llaman estilo cuando quieren decir necesidad
   3. Cronología: el tiempo es oro (léxico)
2. Neología y diccionarios: la cuadratura del círculo
   1. Los lexicógrafos: esos señoros de los que usted me habla
   2. Los neologismos en el diccionario: «la fama cuesta, y es aquí donde vais a empezar a pagarla»
      1. Categoría gramatical
      2. Orden de las acepciones
      3. Ejemplos
      4. Marcas y etiquetas de uso
      5. Pronunciación
      6. Información etimológica

A ti, que creas sin saber que creas

No podemos parar de crear palabras. Cualquier persona es una inventora a pleno rendimiento, ideando sin cesar elaborados artilugios que le hacen la vida más fácil, a ella y, con frecuencia, a quienes la rodean. Estamos constantemente dando forma a complejos objetos que condicionan nuestra manera de manejar la realidad y de relacionarnos con ella. Y esos sofisticados dispositivos no son electrónicos, aunque con frecuencia hagan que salten chispas entre quienes los utilizan. Tampoco son obras de ingeniería civil, aunque en su construcción entren en juego finísimos engranajes. Ni siquiera tienen diseños especialmente aerodinámicos, aunque su aspecto externo genere no pocos quebraderos de cabeza e incluso divida a la población en bandos casi irreconciliables. Voy a hablarte de palabras, de palabras nuevas, en concreto, y espero no haberte sorprendido mucho con esta revelación, porque si tienes este libro en tus manos y esperabas un tratado sobre boniatos, me temo que tienes un problema de percepción bastante importante que yo trataría con urgencia, la verdad.

Con todo, y por obvio que pudiera parecer que estoy aquí para hablar de palabras, es muy llamativa la facilidad con la que los hablantes olvidamos que somos sus inventores: las palabras nunca han nacido de otro sitio que no sea quienes las utilizan. No existen manantiales mágicos de los que manen torrentes de adverbios cada solsticio de verano (y la verdad es que es una pena), tampoco vinieron todas metidas en cofre otorgado por los dioses a los hombres de buena voluntad en el inicio de los tiempos y ni siquiera emanan de los organismos y las instituciones que intentan clasificarlas, por muy factible y realista que esta tercera opción nos pueda parecer, especialmente si la comparamos con las dos primeras. No. Las palabras nacen de quienes las profieren, las susurran o las declaman, de quienes se limitan a pronunciarlas sin llamar mucho la atención, o hacen de ellas su oficio. Las palabras nacen hasta de quienes optan por callárselas.

Existe un borbotón de creatividad constante, inherente a nuestra naturaleza humana, que nos lleva a poner nombre a todo lo que nos rodea. La inmensa mayoría de las veces lo hacemos por imitación, asimilando lo que escuchamos de otras bocas y asumiendo muy avispadamente que, si lo pronunciamos nosotros también, nuestros congéneres darán por sentado que nos estamos refiriendo a las mismas cosas que ellos. Sin embargo, si nuestros interlocutores no son del mismo lugar que nosotros, tienen una profesión distinta a la nuestra o pertenecen a una generación diferente, es probable que nos topemos con que nombran a la realidad siguiendo caminos que difieran de los nuestros. Caminos que, en cualquier caso, se verán condicionados por los usos y costumbres que consideremos más prestigiosos, porque hayan nacido de academias o cónclaves de sesudas mentes, o bien porque serpenteen por nuestros periódicos digitales, nuestros libros, nuestras redes sociales o nuestras plataformas de *streaming*. También puede darse la situación de que nos topemos con algo que no recordemos haber oído nombrar antes, o frente a lo que, simplemente, no estemos seguros de qué hacer, y optemos por echar mano de nuestra mochila de recursos: las palabras que ya conocemos, nuestros recuerdos y experiencias, nuestros gustos personales… para dar con una etiqueta que nos sirva. Nadie está libre de enfangarse de letras para dar con nuevos y deliciosos engendros con los que nombrar la realidad que le rodea. Afortunadamente.

El fascinante mundo de la creación de palabras está lleno de intríngulis muy interesantes y tan presentes en nuestras mentes que muchas veces no reparamos en ellos: desde la propia noción de neologismo (la manera fina de llamar a las palabras recién nacidas), lo que los diferencia y los asemeja al resto de vocablos y para qué sirven, hasta las diferentes maneras que tenemos los hablantes de formarlos, diversas y complejas, pero en las que todos somos auténticos expertos… aunque no lo sepamos. Existe un quid misterioso e intangible que hace que una palabra huela a recién pintada y tiene mucho que ver con las estrategias desarrollamos, de forma casi inconsciente, para dar a entender a nuestros interlocutores que esa palabra que estamos diciendo tiene un *je ne sais quoi* que la hace diferente, especial, porque está recién salidita del horno. Toparse con este tipo de vocablos y acomodarlos en nuestras mentes hace que estrechemos con ellos un vínculo que a veces podría considerarse incluso afectivo. Por si fuera poco, los neologismos tienen una relación, digamos, tumultuosa, con las normas, los diccionarios y, en general, con todo lo que huela a estabilidad y corrección lingüística.

Las palabras son el fruto de una conjunción de factores y elementos de muy diversa índole en los que no voy a detenerme demasiado, porque el mundo está lleno de sesudos y rigurosos manuales que ya los explican divinamente y porque mi objetivo es otro: hacerte caer en la cuenta, a ti que has llegado a estas líneas, de que llevas toda tu vida sin parar de crear.

1. La neología y los neologismos: qué son, y por qué son tan importantes

Cuando hablamos de la manera en que los hablantes de una lengua creamos nuevas palabras para denominar el mundo que nos rodea, nos estamos refiriendo a un proceso muy concreto: el de la neología. Ahondar en el significado etimológico de las palabras puede venir bien para comprenderlas mejor (aunque no siempre funciona, y ya hablaremos de eso), y este es un buen ejemplo: *neología* es un vocablo compuesto de dos partes, ambas de origen griego: *neo-*, que significa ‘nuevo’, y -*logos*, que significa ‘palabra’ o ‘razón’. ¿No os da que pensar que en la Antigua Grecia algo tan fútil como un conjunto de letritas y algo tan profundo y trascendente como la capacidad de discurrir y dar forma al entendimiento humano recibieran el mismo nombre? Siempre he pensado que en esta historia los griegos se callaban algo muy gordo cada vez que se ponían a bautizar lo que les rodeaba: es difícil entender el mundo sin el armazón que ellos le dieron.

* 1. El cambio lingüístico: una lengua en tensión es una lengua sana

Podríamos decir que neología es todo aquello que tiene que ver con la manera en que las lenguas se actualizan (sí, como nuestros teléfonos o nuestros portátiles cada vez que cambian la versión de su sistema operativo para seguir funcionando) y con las repercusiones que esas actualizaciones tienen, tanto en las propias lenguas como en la idea que los hablantes van desarrollando sobre ellas a raíz de esos cambios. Si las palabras que usa cada generación no fueran diferentes a las empleadas por las precedentes, sería muy difícil ser conscientes de los cambios y la evolución del lenguaje.

Haz un esfuerzo y recuerda la manera de hablar de tu abuela, ¿a que utilizaba palabras que ya no escuchas en ningún sitio? La mía llamaba *pocillos* a las tazas de café, *natacha* a la margarina y nunca me advertía de que tuviera cuidado con la bici: ella me advertía de que si mi bici *entornaba* mi bici *entornaba* podía caerme y terminar haciéndome un buen raspón en las rodillas, aliñaba las ensaladas con *la* vinagre y tomaba la sopa con una *cuchar.* Además, no me oía llegar: ella me *sentía* llegar. Admitámoslo: por más que muchos lo intentemos cada día, y aunque está claro que sería genial, no hablamos como nuestras abuelas. Una pena. Y no lo hacemos por muchísimos motivos, algunos más obvios que otros, pero todos presentes, en mayor o menor medida, en las palabras que utilizamos. Son, sin duda, la mejor herramienta con la que contamos medir ese cambio, porque en ellas, que, como ya hemos dicho, son sofisticadísimos dispositivos de la más refinada ingeniería, se concentran fenómenos que tienen que ver con todos los aspectos de la lengua: el fonológico (las palabras suenan), el morfológico (las palabras están formadas por trocitos de otras palabras, o por trocitos que van por libre y se juntan con otros trocitos cuando les interesa), el sintáctico (las palabras se llevan mejor con unas palabras que con otras), el semántico (las palabras significan cosas) y el pragmático (las palabras pueden trascender a lo que significan y activar resortes y sentimientos inesperados en quienes las reciben).

Sin esa renovación paulatina, con frecuencia silenciosa y solo perceptible al echar la vista atrás, las lenguas se irían anquilosando, atrofiándose, perdiendo, en definitiva, su principal función: la de poner nombre al mundo y permitirnos, de paso, intentar comprenderlo. Es la neología lo que permite que todos esos aspectos lingüísticos que se parapetan tras las palabras puedan darse la mano con el impulso renovador que nunca abandona a la sociedad: siempre hay realidades nuevas que nombrar, maneras nuevas de etiquetar realidades que ya existen o nuevos modos de dar forma a información que, llegado el caso, nos es relevante intercambiar con nuestros semejantes.

La neología es una cuerda que no deja de tensarse, pero que nunca llega a romperse: las lenguas tienen normas, descansan sobre premisas muy bien asentadas, reflexionadas durante largo tiempo por gentilhombres y gentilhembras que dedican buena parte de su vida a observarlas e intentar entenderlas, y que las clasifican y ordenan de acuerdo con concienzudos criterios pensados y vueltos a pensar durante décadas. Ese valioso trabajo las convierte en sólidos andamiajes… hasta que llega el mundo en que vivimos y las pone en un brete. Y es algo que el mundo se empeña en hacer constantemente. Con frecuencia, los intentos de nombrar una nueva realidad cuestionan la validez de esas premisas y las obligan a ser cada vez más versátiles: pueden darse combinaciones inéditas de elementos que parecen encajar perfectamente (*turismofobia, videopoesía…*) o no tanto (*veroño, juernes…*), puede que surjan combinaciones de palabras que de nuevas tengan poco, pero que de pronto cobren un significado propio, ajeno a lo que suelen designar por sí solas (*centro de día, ojo de buey…*), puede que muden de significado, cual serpientes de cascabel cambiando de piel para seguir vivas (*bizarro -rra, cortafuegos, aplicación…*), e incluso puede que los cambios arrinconen palabras aparentemente en plena forma, pero, por algún motivo, poco aptas para denominar a la realidad a la que siempre han ido unidas (por ejemplo, frente al ímpetu de *influencer, gurú* ha tenido poco que hacer últimamente, y mira que las palabras que acaban en -*ú* son bonitas, oye).

En un extremo de esa cuerda que se tensa y se tensa, sin llegar nunca a romperse, está la supuesta estabilidad del lenguaje, pero ¿qué oscura fuerza tira desde el extremo contrario? Se trata, sin duda, de una entente de tenebrosos agentes disruptores, entre los que destacan las nunca suficientemente temidas modas, que son paraguas bajo los que se guarece un auténtico contubernio de peligros siempre dispuestos dar al traste con siglos de orden y pureza, como el acecho constante de lenguas invasoras muertas de ganas de sembrar el caos y la destrucción.

Las modas, las disrupciones y, en definitiva, los vientos de cambio que hacen tambalearse a las lenguas tal y como las conocemos son para muchos como esas villanas de película alemana de sobremesa con la que nos echamos la siesta los domingos: en cuanto las ven aparecer, aunque sea en la primera escena, ya se huelen que no traen nada bueno… Por suerte, el guion que cuenta la historia de las lenguas es bastante más elaborado que el de cualquier telefilm centroeuropeo y resulta prácticamente imposible adivinar si un neologismo va a ser el malo de la película basándonos solo en su primera aparición en pantalla. No sabemos si los factores que generan la renovación de las lenguas son malignos o no, ni tampoco nos consta que se haya librado guerra alguna entre gramáticas y diccionarios para salvaguardar las esencias del idioma, pero una cosa está clara: influencias, modas e intercambios lingüísticos han existido en todas las épocas y sin ellos, esa lengua tan sacrosanta para algunos no sería lo que es hoy, ni por asomo. Y es curioso, porque llevamos milenios quejándonos de la inexorable destrucción de nuestra lengua a manos de quienes se venden a tentadoras renovaciones… sin dejar de usarla ni un solo segundo: desde Quintiliano, autor romano que en el siglo i ya se lamentaba de la degradación de latín por parte de sus hablantes de menor edad, hasta Larra, que hace siglo y medio decía lo mismo de los jóvenes de su época, pasando por Cervantes, quien puso en boca del mismísimo Quijote comentarios similares. La percepción de que la lengua no evoluciona, sino que se degrada, ha sido, es y probablemente será una constante en los hablantes de mayor edad, y no tiene visos de cambiar. El hecho de que se repita cíclicamente nos está dando pistas de que quizá el problema no lo tiene la lengua en sí, sino quienes la conciben de una manera determinada.

Está claro que la neología es la cuerda que se tensa y se tensa, sin llegar a romperse, entre las normas y la tendencia a hacer de la lengua algo estable y previsible de un lado y todos los elementos que pugnan por renovarla y reinventarla del otro. Y lo cierto es que, lejos de marcar la contraposición entre ambos extremos, los condena a entenderse eternamente, porque, a pesar de sus recelos mutuos, estabilidad y renovación, conviven en una simbiosis indispensable para la pervivencia de la lengua. No pueden vivir la una sin la otra. ¿Quién está detrás de esa pervivencia? ¿Quién hace de Cupido incansable, lanzando flechas a diestro y siniestro para asegurar que la llama del idioma sigue viva? Los hablantes, claro está, inventando palabras sin parar.

* 1. **Neologismos: han venido a actualizarnos… y el resultado les da igual**

La neología es un medio privilegiado de entender las lenguas: nos permite sacar fotografías puntuales en las que escudriñar qué relaciones se establecen entre las palabras que se acaban de incorporar al idioma y las que ya llevan un ratito en él. Al mismo tiempo, nos ayuda a entender cómo afecta el paso del tiempo a la reconfiguración de nuestras maneras de renombrar la realidad; en otras palabras, a ser conscientes de que no parar de crear nuevas palabras nos permite considerar a la lengua como un ente en evolución. Si logramos dejar atrás la idea de que un idioma es algo inmóvil, bien delimitado y estructurado con exactitud cartesiana, perderemos el miedo a esos elementos que no hacen más que espolear su renovación y, en definitiva, asegurar su pervivencia.

Si la neología es el fenómeno, el flujo, la corriente que sacude a las lenguas; el neologismo es el producto, el pequeño dispositivo en el que se concreta esa tendencia renovadora. Bajo esa etiqueta caben tantos y tantos pequeños mecanismos, y de tan variada índole, que eso ya nos da una idea del carácter voluble, escurridizo y cambiante que tienen ese tipo de palabras. Todo neologismo es una transgresión a la lengua establecida que nace de una sensación genuina de disconformidad, de la intuición de que con las formas de combinar los elementos que nos brinda nuestro idioma que ya conocemos no nos basta, y de que tenemos que dar con una nueva para satisfacer nuestro impulso denominador. Hay un leve murmullo, un sordo rumor, una corriente eléctrica de bajísima intensidad que impele a mucha gente a decir *follower* y no *seguidor* o *seguidora,* a pesar de que es muy probable que nuestros interlocutores nos entendieran igualmente (o incluso mejor, en según qué casos) si nos inclináramos por la segunda opción*.* Y sí, es muy jugoso y tentador debatir sobre cuál de las dos opciones es supuestamente mejor o más respetuosa con la lengua, pero… ¿no os parece fascinante la mera existencia de ese leve murmullo, de esa fuerza tan misteriosa como sutil que nos lleva a sonreír cuando caemos en la cuenta del ingenio que encierran palabras como *viejoven* o *churrónut,* o cuando oímos a alguien que en lugar de decir *camarera de hotel* se inclina por el mucho más escueto *kelly*, porque claro, quienes tienen esa profesión son las *kellimpian?* (en este caso, lo único que nos arranca una sonrisa es la palabra en sí, y no la profesión a la que remite, claro).

Esa fuerza misteriosa que nos hace cómplices y partícipes del uso imaginativo de la lengua se propaga de forma casi imperceptible, prácticamente invisible. La génesis de la nueva palabra en cuestión solo cobra importancia y resuena en el imaginario social cuando su uso se propaga y se pone de manifiesto su utilidad. Algunas tendrán un recorrido más largo, otras se marchitarán al poco de nacer…, pero todas pondrán nombre a una parcela de la realidad de un modo único, genuino e intransferible.

Fijaos si esa intuición renovadora de los hablantes es silenciosa e imperceptible que es prácticamente imposible determinar el nacimiento de una palabra: es cierto que en muchos casos podemos datar la primera vez que se puso por escrito, pero esa no es, ni mucho menos, la primera ocasión en la que se pensó o se formuló. En otros, si quien la creó es una persona de cierta fama o renombre, podemos conocer el momento en el que la dijo por primera vez en público, y ese primer uso suele ir envuelto en una anécdota, o en un suceso significativo que, de algún modo, la catapulta a un uso más generalizado. Sin embargo, ambas fuentes de información se quedan muy cortas para indicarnos con exactitud cuándo nacieron esos vocablos. Es ciertamente difícil poder felicitar a una palabra por su cumpleaños.

Si la neología es la cuerda que se tensa y se tensa sin llegar nunca a romperse, los neologismos son las hebras de cáñamo que la componen. Su mero nacimiento cuestiona la lengua a la que pasan a incorporarse: tienen la curiosa habilidad de bajarle los humos a la lengua, a la que los hablantes tendemos a considerar, (ay, cuánta ingenuidad), omnipotente y omninombradora tal y como la conocemos, y recordarle «oye, mira, ya sé que tú estás muy asentada y que tienes siglos de eficacia probada, pero creo que conmigo no contabas, y, ¿sabes qué? Te guste o no, me necesitas». Entendemos lo perturbador (por decirlo con cierta elegancia) que puede resultarle esto a la lengua y a quienes pretenden que se preserve sin que le crezcan los enanos neológicos, pero lo cierto es que sin ellos, sin el cuestionamiento que acarrean, la lengua no podría evolucionar. Los neologismos encierran una paradoja fascinante para cualquiera que sienta interés por las lenguas: son los que las empujan al límite de sus posibilidades, al abismo de la degradación, y, al mismo tiempo, el combustible que necesitan para subsistir. Al final, las lenguas solo evolucionan desde el entredicho al que las aboca tener que admitir que no puede responder a una necesidad denominativa determinada. Vamos, que tienen que verse muy mal para aceptar que necesitan ayuda, las muy orgullosas.

El contrapunto a ese carácter fronterizo de los neologismos, que penetran en las lenguas desde los bordes, intentando alcanzar una centralidad y un canon que no todos consiguen, son los armazones y andamiajes que ofrece la propia lengua. De nuevo, es importante tener en cuenta que, del mismo modo que no hay manantiales mágicos de los que broten adverbios cada solsticio de verano, tampoco los hay a los que podamos ir con un cántaro a por reglas sintácticas o morfológicas los terceros domingos de cada mes; si bien es cierto que las maneras en que las palabras se relacionan consigo mismas y con las demás (porque de eso se encargan la morfología y la sintaxis) están bastante fijadas y definidas en cualquier lengua, y responden a reglas destiladas tras siglos de observación del comportamiento del lenguaje, eso no las hace menos arbitrarias ni cambiantes. Pero claro, todos tenemos tan asumido que añadiendo una *-s* al final de un sustantivo lo hacemos plural, o que si ponemos *anti-* al inicio de otro podemos convertirlo en su contrario, que nos inquieta ligeramente ver venir a unas palabritas recién llegadas con nuevas formas de funcionar y de insertarse en el idioma bajo el brazo, y lo cierto es que acabamos por acoger reinterpretaciones y vueltas de tuerca de los que, si nos preguntan en frío, renegaríamos presas del espanto. ¿Los *trikinis* se llaman así porque están compuestos de tres *kinis* en cálidos tonos veraniegos y frescas muselinas? ¿Qué es un *austericidio*: el proceso mediante el que se acaba con la austeridad, que es lo que podríamos pensar en un primer momento al relacionarlo con palabras similares, como *feminicidio* o *ecocidio,* o el uso de la austeridad como medio para acabar con otras cosas, que es el que se le ha dado en los medios de comunicación durante los últimos años, y que viene a ser justamente el contrario del que cabría esperar, de acuerdo con las reglas establecidas y supuestamente inequívocas? Y, lo más importante: el hecho de que un *trikini* no esté compuesto por tres *kinis* o que *austericidio* signifique justo lo contrario de lo que debería, ¿nos impide entender esas palabras? En absoluto.

Pero relajémonos. No todo vale, ni siquiera en neología. Frente al sindiós que podría suponer ese libre albedrío neológico, existen ciertos límites. Algo como *vnoefhuidnnmdjdismdnc* tiene poquísimos visos de pervivir, incluso en el improbable caso de que remitiera a una realidad de forma genuina e inequívoca, ya que no cumpliría con premisas tan básicas como la legibilidad, pues sería muy difícil de pronunciar, costaría que los hablantes lo fijaran en su memoria… Del mismo modo, no tenemos problema en comprender *austericidio* a pesar de la supuesta ambigüedad de su significado, pero quizá tendríamos más dificultades para entender qué oscura noción se esconde detrás de *cidioausteri:* los elementos están ahí, pero el orden en el que los vemos dispuestos los hace incomprensibles, al menos, para el común de los hablantes: no se ajustan a las reglas más básicas de la morfología del español.La disposición de los elementos que constituyen las palabras, ya sean formales, semánticos o fónicos se enmarca en unos límites que hacen que exista una especie de acuerdo de mínimos entre los dos extremos de esa cuerda permanentemente tensa que es la neología. Esos requisitos indispensables son la principal argamasa que asegura la cohesión de la lengua y evita, a pesar de los temores de algunos, su hipotética descomposición por su asimilación de nuevas palabras. Se trata de un mortero tan compacto y consistente que hace tremendamente difícil que la lengua se vea sobrepasada por los neologismos, ni aunque estos se le echen encima, en un alud abrumador de *likes, alubiadas, selfis* y *criptodivisas.*

Lejos de ser un lastre para la creatividad y la innovación, esos esquemas mínimos de aceptabilidad de los que todas las lenguas están provistas son en realidad muy positivos para los neologismos. En cierto modo, verse confrontados con ellos es su gran *casting* final, el momento decisivo en el que el jurado del concurso de talentos decide si siguen en la Academia o no: ¿pulsarán el botón rojo los hablantes de la lengua al oír a un neologismo por primera vez, para girar sus sillas de jurado y aceptarlo como palabra usable? Los hablantes llevamos toda la vida emitiendo veredictos, decidiendo qué palabras merecen triunfar y cuáles, a pesar de su esfuerzo, del camino recorrido, y de haber venido al *casting* con toda su familia dándoles apoyo moral, no nos terminan de convencer. Además de nuestro oído extremadamente fino para intuir si desafinan, especialmente al imaginárnoslos insertos en el idioma, buscando la armonía con el resto de palabras con las que prevemos que más se van a ver las caras, recurrimos de forma constante a ese conjunto de esquemas mínimos de aceptabilidad que hemos ido aprendiendo a lo largo de nuestra vida y al que recurrimos en cuanto nos surge alguna duda sobre qué decisión tomar.

Si, como jurado magnánimo pero implacable que somos decidimos que los neologismos del *casting*, a pesar de su meritoria actuación no son capaces de encajar, confirmaremos su inutilidad, y su incompatibilidad con esos esquemas de aceptabilidad los abocará, inevitablemente, al ostracismo, ya que, al no poder insertarse en la lengua y empezar a relacionarse con el resto de palabras su uso será inviable, lo que les hará perder su razón de ser. Vamos, que ese andamiaje de reglas mínimas que garantizan la inteligibilidad y la inserción de los neologismos en la lengua, lo que a simple vista podría considerarse como un obstáculo, como una reticencia más frente a la reinvención, no es más que el sello de calidad definitivo que cualquier neologismo aspira a que le estampen en la frente: ¡Sí sigues con nosotros!

En cualquier caso, cuando se trata de palabras, no hay ninguna norma, por infalible que nos pueda parecer, que no pueda cuestionarse: ni siquiera ese acuerdo de mínimos entre la lengua y el impulso de renovarla está exento de evolucionar, aunque lo haga mucho más despacio que el resto de elementos lingüísticos. La irrupción de neologismos hace replantear esos esquemas de una manera gradual, y de esa inestabilidad pueden surgir cambios que se anclen en los diferentes niveles de la lengua, ya sea el sintáctico (qué palabras se llevan bien con qué palabras), el morfológico (qué trocitos de palabras encajan mejor entre sí) o el semántico (qué idea nos viene a la cabeza cuando oímos según qué palabras).

Y lo hace, a pesar de la parsimonia que se toma para ello, gracias al cambio en la percepción de los neologismos por parte de la sociedad: la publicidad, la importancia de los lenguajes audiovisuales o el constante flujo de información entre distintas comunidades de hablantes provocan que las líneas que separan las ocurrencias chistosas, ingeniosas o llamativas de las palabras perfectamente asentadas sea cada vez más borrosa. Cuando en 2005 una periodista decidió llamar *mileuristas* a la población española menor de treinta años en una situación precaria y con un sueldo no superior a esa cifra, suscitó más comentarios, controversia y admiración por la habilidad de condensar los problemas de toda una generación en tan pocas letras que por hablar del propio concepto en sí. Hoy, unos cuantos años después, *mileurista* no solo no genera dudas sobre su aceptabilidad, sino que ha entrado en los diccionarios y se cuela en cualquier conversación con total normalidad. Tal es su inclusión en el idioma que, aunque esté definido oficialmente de acuerdo con lo que quería expresar la periodista que lo inventó, ha tenido margen en estos años incluso para mutar de significado. La realidad le está obligando a adoptar un nuevo sentido a marchas forzadas: los menores de treinta en 2005 rondan ahora los cuarenta… y los mil euros que eran sinónimo de precariedad entonces son ahora una quimera de estabilidad para buena parte de ellos.

Podríamos decir, en definitiva, que la norma y el uso (los extremos de la cuerda, para entendernos) son los dos puntos entre los que oscila la aceptabilidad de cualquier neologismo. La viabilidad de esa nueva palabra queda probada cuando su uso se populariza, ya sea porque se convierte en la mejor manera, a ojos de los hablantes, de referirse a un concepto determinado (los mileuristas existían antes de 2005, pero nadie los había nombrado con tanta puntería hasta ese momento), porque se convierte en motor generador de nuevas palabras nuevas (gracias al éxito de *mileurista*, hablamos sin titubear del *mileurismo*, de la *mileurización* de la sociedad…) o porque, simplemente, guste: el componente estético desempeña un papel crucial en el destino de las palabras nuevas, que siempre están entretejidas sensaciones, percepciones y tendencias. Basta ver la lista de *hashtags* con los que los y las *influencers* (o gurús) de las redes jalonan sus publicaciones para ver que las palabras pueden ser complementos de moda tan rompedores como el último bolso de la firma más exclusiva. Los neologismos pueden ser vectores de estilo, de prestigio social, de distinción… o de todo lo contrario, claro. Y la manera en que se articule esa percepción por parte de quienes los utilicen será tan determinante para su pervivencia como su aceptabilidad sintáctica o morfológica.

* 1. Morir de éxito

Esa pervivencia de la que acabamos de hablar nos conduce a la segunda gran paradoja de los neologismos: no solo son el nexo que condena a la lengua establecida y al impulso constante por renovarla a entenderse, mal que le pese, sino que, si identificamos su éxito con su pervivencia (que no tendríamos porqué, por cierto), estaremos asumiendo que para que un neologismo triunfe, dejará de serlo tarde o temprano. ¿A que nunca habíais pensado en los neologismos como arrojados y valerosos personajes homéricos? Pues lo son. ¡Oh, cruel destino, oh, infortunio vil que abocas a quien ansía la gloria a alcanzarla tan solo a través de la muerte! Ríete tú de Aquiles vengando a Patroclo: los neologismos sí que son auténticos héroes.

Vale, puede que me haya dejado llevar un poco por la épica y que la realidad tenga bastante menos relumbrón, porque, a fin de cuentas, lo que les pasa a esos neologismos supuestamente exitosos no recuerda tanto a los cantares de gesta y sí a esos insectos que mueren justo después de picarnos: si un neologismo logra clavar su aguijón en la lengua con fuerza, su destino más plausible será el de morir como tal y reconvertirse en una palabra más del idioma. Pero ¿en qué consiste ese aguijón cuando hablamos de neología? A tenor de lo que ya hemos comentado, no es descabellado sugerir que la picadura neológica se consuma en dos tiempos: en primer lugar, adopta la forma de la aceptación en el uso (los hablantes dicen: «¡Anda! ¡Qué bien me viene esta palabra!») y, en segundo lugar, la de la adecuación a la norma (los organismos reguladores de la lengua dicen: «¡Anda! ¡Esta palabra debería llevar tilde en la antepenúltima sílaba, ser de género masculino y escribirse con minúscula inicial!»). Lo dicho: cuando hablamos de neologismos, los extremos opuestos están más condenados a entenderse de lo que pudiera parecer a simple vista…

Se trata de un picotazo que, lejos de ser limpio, rápido e indoloro, pone de manifiesto una larga lista de vicisitudes que, tal y como pasaba con los *hashtags* de los *influencers* (o gurús), trascienden al plano lingüístico y se entremezclan con factores como la ideología, el registro, la coyuntura social, el medio por el que se propagan o las características demográficas de los primeros hablantes que se lancen a usar la palabrita en cuestión… El picotazo dejará una cicatriz muy diferente, dependiendo de cómo cristalicen todos esos elementos. Puede que la marca final tenga forma de conservadurismo lingüístico y en consecuencia, de rechazo a la novedad (y nos llevemos las manos a la cabeza al encontrarnos, por ejemplo, con *vlog,* cuando apenas hemos recuperado el aliento tras el shock que nos supuso aceptar que *blog* había ganado la partida a *bitácora*), que suponga la aceptación acrítica de la nueva unidad (y usemos *ciclogénesis explosiva* sin despeinarnos*,* como si lleváramos décadas detectando borrascas y anticiclones en observatorios meteorológicos), o puede, y será lo más probable, que se ubique en cualquiera de los infinitos puntos que median entre esas dos posturas (y hablemos de *micromecenazgo* o de *crowdfunding* para referirnos a la misma práctica, escogiendo un neologismo u otro en función de lo que nuestra intuición de hablantes nos diga que es más adecuado ¿cuál de los dos acabará por ganar la partida? ¿Acabarán por repartirse el pastel del uso y conviviendo indefinidamente? Lo veremos en los próximos capítulos de nuestra lengua).

¿A qué se debe tanta variabilidad? ¿Por qué tanta incertidumbre? Si lo que buscamos es nombrar al mundo con eficiencia y sin perder un puntito de salero, ¿cómo es que hemos sido incapaces de dar con una fórmula que nos permita acuñar neologismos inequívocos, estables, evocadores y sencillos? ¿Cuál es el secreto, en definitiva, de los neologismos *premium*? No hay duda de que existen factores que aumentan las garantías de éxito de las palabras recién llegadas a la lengua, de hecho, ya hemos mencionado alguna y seguirán apareciendo a lo largo de las próximas páginas, pero no podemos olvidar una proverbial habilidad que tienen todas ellas, especialmente las nuevas, que marca su destino de manera determinante. Las palabras son, por naturaleza, vectores de la realidad, proyecciones del mundo que lo hacen reverberar, que permiten encapsularlo y transportarlo, y que sin embargo nunca se desligan totalmente de él. Son partículas transgresoras dentro del idioma, sí, pero también dejan entrever otro tipo de transgresiones que nada tienen que ver con el lenguaje. Si la realidad es cambiante, controvertida, polémica… los neologismos que la denominen tendrán muchas posibilidades de correr la misma suerte, con el perjuicio que ello supone para su estabilización dentro de la lengua.

Pensemos en palabras que designan, por ejemplo, nuevas realidades sexogenéricas, ya sean relativas a la orientación sexual o a la identidad de género de las personas. Todavía estamos lejos de alcanzar un consenso estable sobre qué significado prevalece, por nombrar un exponente de este tipo de vocabulario, al definir lo que se esconde detrás de la palabra *queer* en español: ¿se trata de un término paraguas que engloba a cualquier persona LGTBIQ+, o es una manera de definir a las personas que no se identifican con el sistema genérico binario hombre/mujer? Además, el hecho de que sea un préstamo lingüístico, una palabra importada de otro idioma, también genera controversias ¿debemos escribir *queer* o *cuir*? ¿Por qué no buscar un equivalente en español que evite tener que echar mano de una palabra con una ortografía tan poco usual en nuestro idioma? ¿Cómo sería, por ejemplo, su forma plural? Además, las controversias que genera un préstamo como este no solo tienen que ver con la ortografía: en inglés, la palabra significaba, originariamente, ‘extraño -ña’, o ‘poco usual’, incluso ‘fuera de la norma’ o, directamente, ‘desviado -da’. ¿Hasta qué punto se conserva esa mochila de significados al importar la palabra al español? ¿Es ese bagaje motivo suficiente para apostar por esa palabra de origen foráneo en su nuevo idioma de uso? ¿Qué es más importante, la exactitud a la hora de nombrar o la transparencia del nombre, que ayudaría a que calara con más facilidad en el imaginario social? ¿Acaso estos dos elementos pueden darse por separado?

Esta retahíla de preguntas, así como la infinidad de planteamientos con los que podríamos darles respuesta, nos confirman que el carácter cuestionado, periférico, incluso tambaleante que los neologismos suelen ostentar puede ser, muy fácilmente, el eco de la suerte que corren las realidades que denominan: como signos lingüísticos que son, los neologismos siempre constituyen una moneda con dos caras: el significante, es decir, el conjunto de letras y de sonidos que lo constituyen, su armazón más visible, y el significado, esto es, el concepto al que nos remite y que dota a ese conjunto de letras de un significado y entidad particulares. Sin un significado, las palabras serían trampantojos huecos, ejercicios de preciosismo léxico absolutamente intrascendente.

Significado y significante forman, pues, un dúo dinámico, cuyo estudio sentó en las primeras décadas del siglo xx las bases modernas de la Lingüística moderna, y funcionan un poco como las parejas de gemelos: cuando uno estornuda es el momento de tomar la temperatura al otro, no vaya a ser. Se trata de dos elementos que van a la par, cuyos cambios particulares siempre terminan por salpicar al otro. Y si os cuesta haceros a la idea de esta simbiosis tan intensa, pensad en el verbo *okupar,* en el que la alteración de una única letra (parte del significante) hace que la imagen, la parcela de realidad (significado) que nos evoque ese verbo neológico sea claramente distinta de la que nos viene a la cabeza cuando nos topamos con el verbo *ocupar*. ¿O quizá el proceso sea el contrario, y la sustitución de la *c* por la *k* sea consecuencia del asentamiento y definición de una nueva realidad a la que es necesario nombrar? Palabra y realidad van de la mano, y la primera hace las veces de caja de resonancia para los rasgos controvertidos, difusos e inestables de la segunda, que, a su vez, sin ella no podrían encontrar acomodo en la mente de los hablantes. Los neologismos son la llave que tenemos para enlazar lo incierto con lo sistemático, lo puntual con lo universal, lo circunstancial con lo inmutable.

* 1. **¿Qué hace que un neologismo sea un neologismo?**

Ahora que hemos llegado a este punto, y que ya llevamos un rato largo divagando sobre neologismos, estaréis de acuerdo conmigo en que la principal característica de este tipo de palabras, la más evidente e incontestable, es su novedad. Los neologismos siempre son recién llegados… hasta que dejan de serlo, y entonces, ya no son neologismos. Hasta ahí, estamos de acuerdo. Sin embargo, en cuanto intentamos elaborar una definición un poco más detallada, nos topamos con bastantes problemas. Las personas que se dedican a la Lingüística llevan décadas cavilando, intentando averiguar cómo sigue, y lo cierto es que, tras tantos años de sesudo trabajo, apenas han alcanzado un cierto consenso en un puñado de cuestiones. Si dejamos a un lado esa premisa primigenia de novedad, el acuerdo inicial sobre las características que comparten todas las palabras que llevan poco tiempo usándose se basó durante las últimas décadas del siglo xx en otras cuatro cuestiones:

En primer lugar, su inestabilidad formal: ¿cómo debemos escribirlo: *lowcost, low cost* o *low-cost*?¿Qué es lo correcto, *georadar, georádar* o *georradar*? Con la ortografía hemos topado. Se trata de la cuestión neológica (y, en general, léxica), que más controversias suscita en los hablantes: si desde hace unos años el mundo hispanohablante se divide entre *solotildistas* y *antisolotildistas* (sin duda, los *concebollistas* y *sincebollistas* de la lengua), y el adverbio *solo*[[1]](#footnote-1) lleva siglos perfectamente asentado en nuestro idioma y con un significado meridianamente claro para todos los hablantes, imaginad los enconados debates que pueden surgir de palabras que todavía están intentando encontrar su huequecito en la lengua. Es la característica de las palabras que más rápido salta a la vista, ese «¿cómo se escribe?» que, según cómo se responda, puede ser un salvoconducto para la pervivencia de la palabra en cuestión o su condena a verse zarandeada de un lado a otro de forma indefinida, cual arma arrojadiza con la que defender vaya usted a saber qué planteamientos y premisas. Es muy curioso, pero los hablantes, que tantas libertades reclamamos en otras parcelas de nuestras vidas, tendemos a tener un miedo muy profundo, casi atávico, al vacío al que nos asomamos cuando no tenemos una regla clara a la que aferrarnos para decidir cómo decir o escribir algo. Nos afanamos en buscar redes de seguridad que nos permitan saltar sin miedo a hacernos daño al expresarnos, y la ortografía es una de ellas. Sin embargo, no está de más recordar que las redes pueden (y deben) cambiarse después de muchos años de uso… o, al menos, remendarse si ya están raídas, no vaya a ser que dejen de cumplir con su objetivo y, a pesar de estar puestas, no ser capaces de evitar que los acróbatas (o los hablantes) se den un buen trompazo contra el suelo. Y sí, en las lenguas, como en las acrobacias circenses, la seguridad es indispensable para evitar descalabros fatales, pero basar todo el número en evitar riesgos puede dar al traste con la espectacularidad de la función. En definitiva, una de las principales características de un neologismo y, al mismo tiempo, fuente de no pocas controversias, es el abanico de posibilidades ortográficas con las que podemos darle forma, porque, en lo que respecta a tildes, cursivas y haches, la audacia suele tener bastante mala prensa.

La segunda gran característica de los neologismos en la que todos los especialistas parecían estar de acuerdo en un principio era la de su inestabilidad semántica, es decir, el fenómeno que se produce cuando una misma palabra no significa lo mismo para todos los hablantes. Las variaciones en este sentido son, principalmente, de tres tipos: un neologismo puede tener, simple y llanamente, más de un significado, (ser polisémico, vamos) y que estos estén más o menos relacionados. También puede pasar que una palabra ya existente adopte un nuevo significado (lo que se denomina *neología semántica*, de la que hablaremos en detalle en el capítulo 2), como ha sucedido con palabras como *bizarro -rra*, que ha pasado de ser sinónimo de *valiente* o *arriesgado -da* a usarse como equivalente de *raro -ra, extraño -ña.* Por último, los significados de unidades ya existentes o importadas de otros idiomas pueden ampliarse o reducirse. Lo primero sucede, por ejemplo, con palabras como *matrimonio,* que ya no designa únicamente a las uniones entre una mujer y un hombre, o con los nombres de marcas comerciales que pasan a denominar a todos los productos de una misma clase (nos sonamos los mocos con *clínex* y nos pintamos el ojo con *rímel,* y nos es indiferente que el pañuelo o el cosmético que usemos sean de esas marcas en concreto, porque ambos sustantivos han pasado a designar a todos los productos de esos tipos). El fenómeno contrario, es decir, la neología que se genera cuando una palabra ya existente ve reducido o delimitado su significado, sucede con frecuencia cuando incorporamos préstamos de otras lenguas a la nuestra. Por ejemplo, el término *sorpasso* (¿o sería *sorpaso*? Ay, la ortografía…) es una palabra italiana que remite a cualquier tipo de sobrepaso (el verbo *sorpassare* es el que se utiliza cuando un vehículo adelanta a otro en la carretera, por ejemplo) y que ha pasado al español únicamente para designar el fenómeno que se produce cuando en unas elecciones un partido político supera a otro que normalmente lograba mejores resultados que él. O, con mucha más frecuencia, para anunciar adelantamientos electorales que nunca terminan de suceder.

Por si fuera poco, hay palabras que adoptan significados tan estrechamente relacionados con los que tenía previamente, que resulta difícil trazar líneas definidas que delimiten a ambos: que Whatsapp es una red social que usamos a diario es algo obvio, pero quizá no seamos conscientes de que ya no la usamos para mandar mensajes, sino, precisamente, *whatsapps* (o *guasaps,* ay, la ortografía…). Lo que en teoría era el nombre propio, la marca comercial de un sistema de mensajería, ha pasado a denominar a los mensajes que enviamos a través ese mismo sistema. Ese trasvase de significado es sutil, pero suficiente para generar una nueva palabra, un neologismo. Se trata de un recurso, llamado metonimia, presente en la lengua desde hace siglos, y es un claro ejemplo de las vacilaciones y cambios de significado que caracterizan a buena parte de los neologismos.

El tercer rasgo en el que los lingüistas han solido basar su definición de neologismo es su ausencia en los diccionarios, especialmente de los que tienen un carácter más normativo o una vocación más definida de decir a quienes usamos la lengua cómo lo hemos de hacer. Si entendemos que una obra de ese tipo es el contenedor de las palabras de un idioma que ya cuentan con un recorrido lo suficientemente atestiguado y con el empaque y la solidez necesarias para verse definidas tal y como manda el canon, concluiremos fácilmente que ninguna de esas palabras podrá ser alguno de nuestros díscolos y bailones neologismos. Sin embargo, seguro que no tenéis problema en entender e identificar como palabras asentadísimas en nuestro idioma a *tirolina, gimkana* o *yinkana, finde, sociosanitario -ria, geolocalización, criogenizar, enoturismo,* *desprivatizar…* y ninguna de ellas, está, a día de hoy, en el diccionario académico. Y eso no es todo: palabras con mucho menos recorrido en el idioma (pero sí mucho más pedigrí, al parecer) como *posverdad* o *aporofobia* se colaron en las páginas doradas de la norma casi al tiempo que nacían. ¿Con esto qué quiero decir? Pues que si no hay manantiales mágicos de los que broten adverbios o normas morfológicas, tampoco existen oráculos infalibles que dicten, el primer domingo de cada primavera, las palabras que deben pasar a engrosar las páginas de los diccionarios, obras escritas por personas, tan sujetas a coyunturas y condicionantes extralingüísticos como lo están los *influencers* (o gurús) a sus *hashtags*.

La cuarta y última pata sobre la que se ha fundamentado la caracterización de los neologismos es la más inasible de todas, la más etérea y escurridiza y al mismo tiempo, la más intuitiva: me refiero a la percepción neológica de los hablantes, esa supuesta señal de alarma que se activa en las mentes de los hablantes frente a los neologismos, y que hace que activen una especie de protocolo de seguridad, evitando así que la nueva palabra les explote en la boca al pronunciarlo… bueno, no, no hay constancia de catástrofes léxicas de tal magnitud, pero sí que es cierto que los hablantes no usan de la misma manera las palabras que forman parte de su acervo léxico desde hace más tiempo y las recién llegadas. Puede que titubeen al pronunciarlas o al escribirlas, si son personas empáticas sentirán la necesidad de añadir un sinónimo o una explicación, o un equivalente en español en el caso de que la nueva palabra proceda de otro idioma, para disipar dudas en sus interlocutores sobre su nuevo fichaje léxico, que quizá no sea demasiado conocido todavía. Puede también que sientan el impulso, al escribirlas, de entrecomillarlas, o ponerlas en cursiva, tal y como suelen marcar las normas, que son tan poderosas que incluso regulan aquello de lo que reniegan. Todas esas estrategias que, además, son las pistas en las que los lingüistas se basan para detectar neologismos, son en realidad la materialización de un concepto que viene a ser la piedra filosofal de la creación léxica: la neologicidad.

Pero paremos por un segundo, que tiempo habrá de escribir panegíricos a ese concepto tan mágico, y retomemos la cuestión de la percepción neológica de los hablantes, que, como hemos dicho, es uno de los elementos que los lingüistas han considerado como clave para definir lo que es un neologismo. Si acabo de mencionar la neologicidad es porque se trata de un magma de intuiciones y complicidades en el que fundamenta la percepción neológica de los hablantes, y condicionará de forma determinante la forma en que estos propaguen la alarma neológica entre ellos, como las antenas que replican la señal de nuestros teléfonos móviles para asegurar que nuestros *whatsapps* (o *guasaps*, ay, la ortografía…)llegan a su destino. La percepción neológica es la facultad que nos permite a los hablantes recibir la neología y reemitirla con garantías de éxito comunicativo, como si fuéramos antenas asegurando la cobertura de la comunidad lingüística a la que pertenezcamos.

Sin embargo, hay antenas de muchos tipos, no todas son capaces de propagar el mismo tipo de señales, algunas se van quedando obsoletas y son incompatibles con las de última generación. Algo similar sucede con quienes hablan una lengua: lo que para algunos individuos quizá sea un neologismo, puede no serlo para otros, ya sea por su edad, por su perfil profesional, por el lugar en el que vivan… y eso hará que la manera en que lo inserten en sus intervenciones no active las alarmas neológicas de sus interlocutores. Atención, todos a sus puestos: ¡Interferencia a la vista! En realidad, no debería sorprendernos… es lo que tiene la magia de la complicidad: los chispazos que la generan nunca pueden reducirse a una fórmula infalible. Y menos mal, porque, qué queréis que os diga, el asunto perdería buena parte de su gracia. La percepción de la neología es diversa, cambiante e irregular, motivos que, muy probablemente, la convierten en algo tan escurridizo y difícil de abarcar y que hacen, en definitiva, que la neologicidad sea un pequeño milagro impredecible.

Además, como ya hemos dicho, no es extraño que los diccionarios se queden cortos al actualizar sus contenidos y dejen fuera palabras que de neologismos tienen poco. También pecan de la postura contraria, y en muchas ocasiones no tienen reparos en incluir neologismos, siempre y cuando sean del agrado o la conveniencia de quienes nutren sus páginas. Por otra parte, las inestabilidades formales y semánticas pueden hacer que activemos las alertas y nos pongamos en guardia, pero lo cierto es que son relativas y en ningún modo exclusivas de los neologismos (recordemos a los *solotildistas* y los *antisolotildistas*, con su drama al más puro estilo montescos contra capuletos para una palabra que lleva siglos usándose de forma continuada en nuestro idioma). Por descorazonador que nos pueda parecer, ahora que nos hemos puesto a definir qué es un neologismo, ni todas las palabras inestables son neológicas, ni todas las palabras neológicas son inestables.

En resumidas cuentas, todo apunta a que estas cuatro características (la inestabilidad formal, la semántica, la ausencia de diccionarios y la percepción neológica de los hablantes) se nos quedan cortas para dar con una definición satisfactoria de lo que es un neologismo. Bien es cierto que, pueden funcionar como punto de partida para empezar a desbrozar la cuestión, y de hecho son muy útiles para observar fenómenos que han permitido descubrir aspectos muy interesantes sobre la creatividad léxica. No obstante, no es difícil ver que, salvo quizá la cuestión de la percepción neológica, se trata de características que se quedan en la superficie de lo que son los neologismos, en atributos evidentes, sí, pero también accesorios y demasiado dependientes de sus estructuras más visibles. Además, tampoco es muy alentador observar que los indicios se basan en principios de exclusión (un neologismo *no* está en el diccionario, *no* tiene una ortografía estable, *no* tiene un significado claro…) o son muy difíciles de evaluar y de medir de manera sistemática o, al menos ligeramente objetiva (podríamos decir, de manera muy osada pero bastante certera, que existen tantas formas de abordar la neología como hablantes tiene una lengua…). Es decir: estos primeros intentos por definir qué es un neologismo se afanan por delimitar lo que no son esas palabras nuevas, en lugar de intentar dar con lo que sí son. Y, como ya hemos visto, se trata de un enfoque que ha permitido aprender mucho sobre creatividad léxica, pero ¿no pensáis que ya va siendo hora de darle la vuelta a la tortilla y aprender lo que es un neologismo sin necesidad de tener que recurrir a decir lo que son las palabras que no son neologismos? Parece un trabalenguas, pero adoptar ese enfoque quizá pueda abrirnos la puerta a entender la renovación de las lenguas pensando en los síes que genera y los caminos que allana, y no tanto en los supuestos obstáculos que planta en mitad del camino. Quizá, si pensamos en la neología en positivo, nos sea más sencillo integrarla sin estridencias en nuestro imaginario lingüístico como una oportunidad, y no como una amenaza desestabilizadora. ¿Qué claves nos podrían ayudar, entonces, a dar con la esencia de lo que es un neologismo?

* 1. Para morir de éxito primero hay que tenerlo

Por paradójico que resulte, una clave que nos puede ayudar a responder esa pregunta es, precisamente, caer en la cuenta de que un neologismo no está tan lejos de una palabra ya asentada en el idioma como podemos imaginar, puesto que dispone de los mismos atributos para desenvolverse dentro del idioma, parte de las mismas premisas y está preparado, en definitiva, para imbricarse con el resto del idioma (recordemos que su pervivencia pasa, inevitablemente, por su asimilación en la lengua que lo acoge). Es lo que los especialistas llaman potencial de distribución: al igual que cualquier otra palabra ya asentada en el idioma, los neologismos no se pueden separar de los enunciados en los que nos los encontramos. Son como los humanos: entes sociales por naturaleza que, si no se relacionan con sus semejantes, terminan por perder su razón de ser y su existencia se hunde en la irrelevancia o, como mínimo, en el aburrimiento más absoluto. Si los humanos que optan por no estrechar lazos sociales, por mínimos que sean, acaban por ver gravemente afectadas sus vidas, los neologismos que no pueden aparecer con naturalidad junto al resto de palabras en textos escritos, o en alocuciones espontáneas, caen en el desuso y, finalmente, en esa muerte de las palabras que supone su olvido.

Un neologismo, igual que cualquier otra palabra de uso más prolongado, es capaz de articularse con el resto de elementos del idioma. Cualquiera de ellas es una pieza que encaja en el puzle lingüístico, que encuentra su acomodo, a su manera, en los esquemas gramaticales y sintácticos de la lengua, independientemente del tiempo que lleven los hablantes usándola. Y si no encuentra su sitio dentro de ese armazón lingüístico… es muy probable que, sencillamente, no estemos frente a una palabra.

Por otra parte, los neologismos también cuentan con una poderosa arma secreta que, bien utilizada, asegura casi totalmente que su eco va a multiplicarse entre los hablantes hasta asegurar su asimilación en el idioma. Lo más curioso es que no hablamos de un arma que ellos posean y puedan blandir a su antojo, sino que se trata de un atributo de quienes los utilizan que, cual magos de la telepatía, los neologismos pueden llegar a manejar en su beneficio: la memoria.

Cualquier neologismo, por el mero hecho de serlo, es susceptible de ser memorizado por la comunidad de hablantes que lo esté utilizando. Esa capacidad de anclarse en la memoria, de enraizarse en el imaginario colectivo e individual y entrelazarse con relatos, imágenes, connotaciones o emociones, será el germen de su éxito y su pervivencia. A eso ayudará el hecho de que cada hablante reconozca en la unidad alguna referencia, por peregrina que sea, que le ayude a relacionar lo nuevo con lo que ya conoce, lo extraño con lo ya domesticado e identificado como propio. Es una suerte que los hablantes tengamos perspicacia de sobra a la hora de pillar al vuelo esas notas de color, esos pequeños estallidos de relevancia lingüística que nos permiten ir entretejiendo las palabras y dar forma así a un acervo léxico en constante movimiento y reinvención. A fin de cuentas, las palabras actúan como superposiciones de estratos que, si bien se van tapando los unos a los otros, siempre dejan algún pequeño detalle a la vista que nos permite caer en la cuenta del origen del conjunto y ser conscientes de su proceso de configuración.

Cuando, en la Edad Media, los monjes amanuenses raspaban la superficie de pergaminos en los que ya había textos escritos para reutilizarlos y ahorrarse tener que comprar nuevas vitelas, sucedía algo parecido: siempre se colaba alguna letra traicionera, algún trazo esquivo que pervivía en la nueva superficie y se mezclaba con el nuevo texto, recordando a quien lo leía que ante sus ojos tenía mucho más que las palabras que estaba viendo, que el pergamino que tenía en sus manos ya había contenido otras historias, otros ecos ahora silenciosos. Nuestra memoria de hablantes nos permite detectar esos estratos inferiores, esas voces sobrescritas que se resisten a guardar silencio y que hacen, por ejemplo, que entendamos a la perfección que los bikinisno están compuestos por dos elementos que llamados *kinis* pero que sí son dos, lo que, al toparnos con nuestro amigo *trikini*, nos pone tras la pista del diálogo que ese *tri* entabla con el *bi* original, que, a su vez y aunque *a priori* no tenga nada que ver, nos termina remitiendo a las *bicicletas*, los *binomios*, los *bifaces* o las *bilateralidades*, todos ellos con algún elemento duplicado en su definición. Bajo el relumbrón del neologismo poco usual descansa el formante *bi*,tan milenario como transparente (el formante, no el *trikini,* o sí, quién sabe) sin el que no podríamos entender la nueva palabra. Y el proceso se repite constantemente, y nos hace comprender, por ejemplo, que la *precuela* va antes que la *secuela* aunque lo que se coloca entre ambas nunca es una *cuela*, o que los *yayoflautas* no tienen que ser consumados instrumentistas de viento, ni mucho menos, para recibir tal apelativo, y que es, en ningún caso, es óbice para comprender el tipo de *yayos* y *yayas* a los que designa la palabra en cuestión.

Otro flanco desde el que podemos abordar lo que es un neologismo sin caer en criterios de exclusión es la manera en que articula nuevos significados y, en última instancia, remite a una parcela de realidad determinada. Unos significados que pueden ser titubeantes, variables, y llevar a confusión, como ya hemos mencionado. Sin embargo, también hemos apuntado que esa inestabilidad semántica no es exclusiva de las palabras que llevan poco tiempo en la lengua. No todos los neologismos tienen un significado cambiante, ni todas las palabras que tienen un significado cambiante tienen por qué ser neologismos. De hecho, algo que puede ayudarnos a definir lo que es un neologismo si caemos en la cuenta de que es consustancial a todos ellos, y exclusivamente suyo, es el poder que tienen de establecer una relación entre lengua y realidad que no existía antes de su llegada. Cualquier neologismo, y en este caso sí que hablamos de un atributo exclusivamente neológico, es un puente inédito entre lenguaje y mundo: remite una parcela de la realidad que, de pronto, ha cobrado una entidad relevante para los hablantes, y lo hace con una palabra que también puede ser inédita (*okupar, ecosoberanista, veroño*) pero que no tiene por qué: recordemos los ejemplos de *matrimonio,* o a *bizarro -rra,* y el modo en que recientemente han pasado a remitir a conceptos que no son exactamente los mismos a los que remitían hace unos años. ¿Los significados de esas nuevas palabras pueden ser variables, no resultar claros a todos los hablantes y llevar a confusión? Sí. ¿Son nuevas vías, nunca utilizadas, para denominar parcelas de la realidad que nos rodea? También. Y ahí está la clave.

Lo inédito está siempre presente en la naturaleza de los neologismos, necesariamente. Para que una palabra sea neológica debe tener algún rasgo, por peregrino que sea, que no haya tenido nunca ninguna otra palabra antes. Esa es una de las claves que más nos pueden ayudar a dar con neologismos de forma infalible: en otras palabras, la prueba del algodón de la neología pasa por encontrar ese rasgo nunca constatado. Está claro que habrá rasgos inéditos que saltarán a la vista (una combinación de elementos especialmente sonora o poco usual, un juego de sonidos o de significados que sea particularmente llamativo…) y otros menos evidentes, sujetos a diferentes interpretaciones por los hablantes, más difíciles de encajar en la norma…pero si, después de buscarlos concienzudamente, no logramos dar con ellos, es muy difícil que la palabra que tengamos delante sea un neologismo.

Por último, hay una cuestión que no podemos perder de vista a la hora de reflexionar sobre los neologismos y su naturaleza, y es el papel que desempeña el tiempo en su caracterización. Un rol determinante que, bien entendido, va mucho más allá de la mera novedad, y que se nos presenta en dos premisas tan básicas como inequívocas: la primera es que todo es nuevo con respecto a algo que ya no lo es y la segunda es que todas, todas, todas las palabras que utilizamos han sido neologismos en algún momento.

Vayamos con la primera: puede parecer una perogrullada, pero es necesario no perder de vista que cualquier cosa inédita lo es con respecto a algo. Y los neologismos no son una excepción. Es necesario trazar líneas, recurrir a referencias, establecer marcas temporales, o definir hitos importantes, que permitan marcar un contraste entre las palabras que ya usamos y las que estamos empezando a utilizar. En definitiva, entre lo nuevo, lo que está asentándose, en entredicho y todavía no ha adoptado su forma definitiva, y lo viejo, aquello ya constituido, que no suscita controversia, lo que damos por hecho e identificamos como propio. Lo curioso es que las palabras que consideramos que encajan en cada una de esas categorías irán variando en función de dónde tracemos las líneas. Podemos hacerlo en la manera que tenían nuestras abuelas de llamar a la margarina o a los coscorrones (mi punto de referencia favorito, he de confesar), en el momento en que nuestro país sufrió un cambio sociocultural relevante o traumático, en el café que nos hayamos tomado esta mañana… en neología (como en cualquier otro aspecto de la vida, en realidad) cualquier referencia temporal para dividir lo nuevo de lo antiguo es tan válida y tan arbitraria como todas las demás. La clave está en ser conscientes de lo que acarrea la elección de una en detrimento de otra, y de cómo eso hace que varíe el cómputo de palabras que caen de un lado y del otro de la línea que tracemos. De nuevo, y tal y como decíamos que nos pasaba con la ortografía, el miedo al protagonismo de nuestras propias decisiones al dar forma a las palabras que usamos, y a las categorías en las que las ubicamos, es grande: siempre es mucho más seguro recurrir a criterios externos, aparentemente incontestables y con respuestas claras y rotundas para casi todo. Pero los neologismos son una de las formas más claras que tiene el tiempo de cristalizar en la lengua, y el tiempo… siempre es relativo.

El segundo motivo por el que el tiempo es clave para caracterizar a los neologismos, más allá de su mera novedad, es el hecho de que cualquier palabra ha sido neológica en algún momento. Realmente, no lo ha sido en *algún* momento, sino en uno muy concreto: el del inicio de su uso. ¿Os acordáis del picotazo de abeja del que hablábamos hace unas páginas, que hacía que, al igual que esos insectos morían al clavar su aguijón, los neologismos dejaran de serlo al pervivir en la lengua? Pues todas, todas, todas las palabras que utilizamos han tenido que darlo en algún momento: algunas hace siglos; otras, la semana pasada. La neología no es más que la primera etapa de la vida de cualquier palabra, un estado transitorio. Llamar neologismo a una palabra es una forma de decir que se encuentra en los primeros compases del eje de su existencia. Un eje imprevisible que seguramente se irá llenando de vericuetos y variantes, pero que en realidad no dista demasiado del de las personas: en esencia, y como el grueso de la especie humana, las palabras nacen, crecen, se reproducen y mueren. A su manera, claro: *mileurista*, por ejemplo, nació, como ya hemos dicho, en 2005 (y de hecho, es de los pocos neologismos cuyo cumpleaños podemos celebrar), creció y maduró, entrando en los diccionarios y, sobre todo, en el acervo léxico común del grueso de los hablantes de la lengua, y también se ha reproducido, generando no solo nuevas palabras derivadas, sino un nuevo marco conceptual en el que ganar una cantidad de dinero en particular implica tener ciertas características y establecer una relaciones y dinámicas sociales determinadas. *Mileurista* ha abierto la puerta a una realidad y la ha puesto en boca de la sociedad. En términos léxicos, *mileurista*, quince años después de su nacimiento, está en la flor de la vida. Ya no es un neologismo, aunque nos siga pareciendo ingenioso, y los signos de envejecimiento que empieza a acusar aún no son demasiado importantes. Sin embargo, esas incipientes canas que empiezan a salirle en las sienes se extenderán por toda su cabellera y, con suerte, podrá madurar con dignidad, convertido en una palabra cuyo significado trascienda a su literalidad y pase a remitir a cualquier persona con un sueldo limitado y precario, y que siente que trabaja por debajo de su perfil y expectativas profesionales, independientemente de que ese sueldo sea de mil euros o no. O puede que la vejez le llene de achaques, y acabe por resonar a realidades de otros tiempos, se anquilose y se desconecte de la actualidad. En ese caso, su uso se irá acotando más y más hasta que quede reducido a la mínima expresión y termine, en última instancia, por caer en el olvido. Y como *mileurista,* todas las palabras que usamos, que leemos, que escuchamos… todas, todas, todas se encuentran en pleno camino, surcando su propia línea temporal con mayor o menor suerte. Nuevas, viejas, maduras, pero bien conservadas… todas están inscritas en una trayectoria que, como las órbitas planetarias, no serán visibles al ojo humano y solo se nos mostrarán si afinamos el ingenio y el telescopio, pero que marcarán, inexorablemente, cambios de uso y de estación.

Los neologismos son palabras nuevas, con gracia, salero y relumbrón, sí, pero necesariamente ancladas en elementos ya viejos, gastados y, por qué no, con un cierto olor a naftalina. Cualquiera de ellos es un cúmulo de ecos y referencias que, contra todo pronóstico, se conjuran para dar con una nueva solución denominativa. Sin memoria no puede haber novedad, del mismo modo que sin complicidad no puede haber comunicación y sin neología no puede haber palabras: cualquiera de ellas ha sido un neologismo al nacer, al intentar clavar su aguijón léxico en un idioma y en una comunidad de hablantes que tendrán la última palabra sobre su utilidad y relevancia. Lo único claro es que, sea cual sea la suerte que acabe corriendo, ese pequeño milagro impredecible habrá creado un puente inédito entre el mundo y quien lo nombre.

1. ¿De dónde sale este palabro? Procedimientos de creación neológica

Recuerdo que era otoño, porque ya llevaba dando clase un par de meses, el tiempo justo para haber cogido un mínimo de soltura en la tarima, pero no la suficiente como para librarme de esa sensación de vértigo que se me agolpaba en el estómago minutos antes de empezar cada sesión, algo que, por otra parte, nunca se ha ido del todo, y sospecho que ya no lo hará. Acabábamos de terminar el primer bloque teórico de la asignatura, que era meramente introductorio y ese día empezábamos el segundo, que llevaba por nombre *Neología común y neología especializada*. En mi afán por hacer que las clases teóricas que me había tocado dar fueran lo más amenas y entretenidas posibles, y creyéndome un poco Robin Williams en *El Club de los Poetas Muertos* (Hollywood ha hecho mucho daño a la docencia universitaria, especialmente entre el becariado), entré en el aula, dejé mis cosas en la mesa y, sin mediar palabra, escribí en la pizarra: *TAC, aplicación, streaming,* *eurófobo.* La clase fue quedándose en silencio a medida que la tiza se deslizaba sobre el encerado. Cuando acabé, me giré y pedí a mis expectantes estudiantes que levantaran la mano si consideraban que alguna de esas cuatro concatenaciones de caracteres eran neologismos. La tibia aprobación que suscitó *TAC* se esfumó al pasar a *aplicación*, que apenas cosechó un puñado de brazos alzados, una situación que cambió radicalmente con *streaming* y, sobre todo, con *eurófobo*, que generaron una aprobación bastante más unánime.

Cuando, después de este sondeo inicial, les dije que todas ellas, en esa mañana de otoño de hace ya casi una década y de acuerdo con unas premisas determinadas, podían llegar a considerarse como neologismos, los comentarios brotaron como el champán de una botella recién descorchada: «¡*TAC* no es un neologismo, es una sigla!». «¿Cómo va a ser *aplicación* un neologismo, si existe?». «¡*Streaming* es un neologismo, pero está mal porque es inglés!». «¡El mejor de los cuatro es *eurófobo*, que suena culto!».

Intenté tomar nota mental del aluvión de impresiones que me sobrevino al tiempo que confirmaba dos cuestiones que yo, que acaba de aterrizar en el trepidante mundo de la neología, ya llevaba un tiempo barruntando: la primera fue que los hablantes, incluso cuando tienen interés por la lengua, como presumiblemente sucedía con quienes tenía frente a mí en esa mañana de otoño, manejan una definición de neologismo bastante difusa, lo que hace que no los tengan a todos en el mismo nivel de consideración ni les confieran, en definitiva, la misma neologicidad. La segunda, que la aceptabilidad que les conceden está estrechamente ligada al mecanismo que ha propiciado su aparición. Si *eurófobo* convenció a mis tiernos estudiantes aquella mañana de otoño y les hizo sentenciar que «sonaba culto» fue porque está formado por elementos léxicos (*euro- y -fobo*) que son originariamente griegos, una lengua que lleva siglos siendo un vivero de ideas para crear nuevas palabras en español y que, en consecuencia, goza de un prestigio brutal en estos menesteres. Pero es que además se trata de un tipo de palabras que resultan fácilmente comprensibles para buena parte de las personas que hablan español: cuando leemos o escuchamos *eurófobo* nos es fácil comprender su significado, porque reconocemos los elementos que le dan forma de otras palabras que llevan más tiempo en nuestro idioma (*xenófobo, euroconector…*), y al mismo tiempo, está recubierto de una fina pátina de prestigio y raigambre grecolatina, clásica, o como queramos llamarla, que la sitúa en un plano diferente al vocabulario común. Vamos, que nos parece una palabra normal, pero no tan normal como las palabras normales. *Eurófobo* se ubica, pues, en ese intersticio incierto y cambiante que se abre entre el vocabulario común y el especializado; exactamente el mismo lugar donde podemos encontrar a *TAC*, una sigla (y sí, queridos estudiantes de hace diez años: las siglas son palabras), que en la mañana otoñal en la que decidí incluirla en mi clase empezaba a tener una entidad léxica separada de *tomografía axial computerizada*, gracias a su uso creciente entre hablantes no especializados, que necesitaban cada vez menos saber qué palabras se escondían tras esas tres iniciales para utilizarlas con eficiencia y soltura (y cambiarlas hasta de género gramatical) al hablar de las pruebas que les habían hecho en su última visita al hospital. ¿Por qué mis estudiantes aceptaron que *eurófobo* sí era un neologismo, digamos, de clase A, pero *TAC* no corrió la misma suerte? ¿Qué hizo, por otra parte, que los orígenes griegos de *eurófobo* parecieran no suponer ningún problema, mientras que el pasado anglosajón de *streaming* fuera causa de anatema fulminante?

El caso de *aplicación* merece una mención aparte. Apenas tres o cuatro valientes levantaron la mano con esta palabra, frente a las exclamaciones de estupor del resto de la clase. Se trata de un ejemplo que difiere de los anteriores porque se corresponde con un tipo de creación de palabras tan interesante como desapercibida, con frecuencia, para el común de los hablantes: la de la neología semántica. Al verla junto a las otras tres palabras es probable que no parezca tan neológica, pues su novedad es más de fondo que de forma: «a ver, *aplicación* viene de *aplicar*, ya existe» me argumentaron algunos de los que se negaron a levantar la mano esa mañana de octubre. Dejando a un lado el temerario uso que hacemos del verbo *existir* cuando hablamos de palabras, que desafía sin pudor dos milenios y medio de postulados metafísicos, me interesa el razonamiento morfológico que encierra esa afirmación: *aplicación* viene de *aplicar*… si nos atenemos únicamente a su forma, a los elementos que le dotan de su estructura visible, superficial, incluso gráfica si hablamos de la palabra escrita. A pesar de la validez de ese argumento, la facción negacionista de la clase no tuvo más remedio que admitir que algo más tenía que haber para poder dar con la clave de la diferencia que se da entre la *aplicación* de «La aplicación de protocolos de seguridad es imprescindible» y la de «Tengo que cambiar de móvil porque ya no se me actualizan las aplicaciones». Ambas aplicacioneseran formalmente idénticas, pero entraba en juego su significado en casa uno de los casos, y en el segundo se trataba de uno mucho más reciente y novedoso[[2]](#footnote-2), lo que convertía a *aplicación* en un neologismo, al menos en ese contexto.

Morfología, semántica, origen de los formantes, contexto de uso, nivel de especialidad de los hablantes… los motivos que se esconden tras la diferencia de pareceres que se puso de manifiesto esa mañana en clase entroncan con una larguísima lista de factores, condicionantes y variables que tienen que ver con disciplinas de largo recorrido y profunda complejidad, como la morfosintaxis, la psicolingüística o la sociolingüística y que terminan por configurar, en definitiva, nuestra percepción neológica. Conceptos que, como doctores tiene la Iglesia, perdón, la Lingüística, recomiendo abordar en libros infinitamente más sesudos que este, en el que, como ya vais viendo, sobrevolamos las cuestiones complejas y nos enfangamos en ellas lo justo para quedarnos con apenas un puñado de elementos.

No obstante, nuestro afán por evitar complicarnos con disquisiciones demasiado complejas no nos va a impedir meternos en el jardín que supone analizar con un mínimo de calma el papel que desempeña nuestra visión de los neologismos en la trayectoria que esas palabras dibujan en nuestra lengua. Con el fin de desbrozar el camino hacia la percepción neológica, vamos a centrarnos antes en intentar clasificar y aclarar los mecanismos, procedimientos, estratagemas y hasta complots de los que nos servimos los hablantes para crear nuevas palabras. Y no es una cuestión baladí. De hecho, de la maraña de impresiones con las que me abrumaron los estudiantes aquella mañana de otoño de hace ya una década hubo una especialmente inequívoca y bien definida con respecto a las demás: el estupor general que invadió al conjunto de la clase cuando, después de un rato de acalorada discusión, cayeron en la cuenta de que, a pesar de los peros y la evidente diversidad de opiniones, cuatro palabras tan dispares en forma y fondo como *TAC, aplicación, streaming* y *eurófobo* tenían cabida en un mismo saco: el de los neologismos.

¿Cómo podemos clasificar los neologismos? ¿Cuál es la mejor manera de desenredar una diversidad tal que con cuatro ejemplos escogidos en dos minutos me dio para tres semanas de clase, y me habría dado para más si no hubiera tenido que zanjar el tema para empezar el siguiente bloque del temario (ay, las prisas, ay, el temario)? Si os acordáis, en el capítulo anterior mencionábamos los diferentes planos desde los que se puede entender una lengua: la fonética, la morfología, la sintaxis, la semántica, la pragmática… no son más que distintos tipos de gafas que, al ponernos para mirar a nuestro idioma frente a frente, nos permiten apreciar ciertos colores y texturas con mayor o menor intensidad. Las palabras son las mismas, pero a través de cada una de esas lentes se irán transformando, mostrándonos unas formas u otras, permitiéndonos apreciar unos detalles determinados cada vez. En nuestra mano estará dar con el par de gafas idóneo para escudriñar las particularidades que más nos interesen…aunque también podemos ir probándolas y abandonándonos a la sorpresa de irnos topando con lo inesperado. Y, ya que estamos, si alguien me pregunta, la opción que le recomendaré siempre será la segunda: para entender cómo funcionan las palabras es vital dejarse sorprender por ellas, despojarse, en la medida que nos sea posible, de los arneses y armazones asumidos y observarlas como si fuera la primera vez que las vemos, como si nunca hubiéramos sido testigos del pequeño milagro que supone poder encapsular cualquier trozo de mundo en un puñado de rayas y puntos.

Por si fuera poco, ese set de gafas viene con una prestación de fábrica que le hace todavía más interesante: nos es posible superponer lentes, en el orden y cantidad que más nos plazca, sin coste añadido ni dificultades ergonómicas. Las formas de apreciar las palabras, cada una de las aristas y cavidades que las hacen únicas, el material del que están hechas y el modo en que el tiempo y los hablantes las han ido tallando, se multiplican así hasta conformar un menú de posibilidades tan diverso como cambiante. Mirar a las palabras a través de esas gafas de quita y pon que son los niveles de análisis de la lengua tiende, en consecuencia, al infinito, y abre la puerta a una lista de criterios para su clasificación igualmente inabarcable.

Pero, por desgracia, la cosa no acaba ahí, ya que la variedad no tiene por qué ser siempre una bendición: como miope militante que soy, me encanta ir a la óptica y eternizarme escogiendo montura nueva frente al espejo, disfrutando de cómo cambian mis facciones con cada nuevo par de gafas que me pruebo, y de los rasgos de mi personalidad que resaltan unas de pasta gruesa en un color rotundo frente a unas montadas al aire y mucho más discretas. Se trata del culmen de la coquetería de quienes no vemos tres en un burro, que también tenemos derecho a nuestro minuto de gloria estética. Sin embargo, el rato de pruebas suele acabar tornándose agridulce, ya que es extraño dar con un modelo que me convenza del todo. Con los modelos de clasificación de neologismos pasa algo similar: todos están muy bien, todos encajan a la perfección con algunos intereses e intenciones, pero ninguno cuadra perfectamente para todos los supuestos y en todos los casos. ¿Cuál debe prevalecer sobre las demás? ¿Es más importante ordenar (y analizar en consecuencia) las palabras en función de cómo suenan, o quizá debamos darle protagonismo a los formantes léxicos que van dándoles forma, esos trocitos que actúan como piezas de puzle y que encajan de mil y una maneras? ¿No sería mejor centrarnos en su comportamiento en textos o en conversaciones? ¿Y dónde queda el modo en que significanaquello a lo que remiten?

Durante mucho tiempo quienes se dedicaban a estudiar el lenguaje se ponían muy nerviosos frente a fenómenos particularmente inabarcables o diversos, y los ríos de tinta proponiendo qué criterio debía primar sobre los demás no tardaron en correr: existen libros, y no precisamente finos, que no es que propongan clasificaciones de neologismos, sino que directamente plantean cómo clasificar las clasificaciones ya elaboradas por otros, que clasifican, a su vez, lo que tantas veces se ha clasificado ya. Un laberinto que, en lugar de poner orden, como era su objetivo principal, no hacía más que emborronarlo todo.

En cualquier caso, de todo ese guirigay de clasificaciones clasificadas clasificatoriamente se pueden extraer una lista de factores que parecen tener más peso y trascendencia que los demás y que, por su presencia repetida en los trabajos de autores y autoras de muy diversos pelajes, suscita un cierto consenso. De acuerdo con esto, podríamos ordenar los neologismos de acuerdo con:

* El tipo de contextos en los que se utilizan: ¿pertenecen a la lengua común (*señoro, trolear*), a jergas profesionales (*salpingohisterectomía*)… o se quedan a medio camino (*crowdfunding inmobiliario*)?
* La identidad de quien los haya creado: ¿conocemos a quien lo acuñó por primera vez, como nos pasaba con *mileurista* o sucede a veces con creaciones literarias, o se trata de palabras en las que nos es imposible determinar el momento en el que vieron la luz?
* El origen de sus formantes: ¿hablamos de palabras patrimoniales (*basuraleza, gafapastismo*), están formadas con elementos clásicos (*ecosoberanista, dedocracia*) o, directamente, las hemos importado de otras lenguas (*flagship, sellenial*?
* Su estructura externa: ¿se trata de palabras simples, compuestas, derivadas, de grupos de palabras…?
* La causa que ha propiciado su aparición: ¿denominan una nueva realidad (*dron, telecolegio…*)*,* pretenden decir más con menos (*ceas, diapo, PCR*…), buscan añadir un ribete de prestigio a lo que decimos (*matérico -ca,* en lugar de *material*) o tienen vocación expresiva y lúdica (*holi, sociolisto, paganini, errejoner…*)?
* El tipo de significado que articulan: ¿amplían el significado original de una palabra que ya existe (*tirita, rioja*), lo reducen («clásico» para referirnos a los partidos de fútbol entre el Real Madrid y el Barcelona) o adoptan uno que no tenían en principio (*burbuja, aplicación, tableta*)?

Tomando como referencia esta ensaladilla rusa de factores, criterios y premisas, os planteo ordenar la neología de acuerdo con tres criterios que, además, ya hemos esbozado en el capítulo anterior: el formal, el semántico y el de la neología por préstamo. Se trata de una clasificación preliminar, parcial, a veces contradictoria y en ningún caso exhaustiva ni detallada, en la que nos detendremos en los casos más llamativos o especiales, aquellos que encienden la chispa neológica en los hablantes de un modo más llamativo o reconocible. Atendiendo a cada uno de ellos, veremos cómo se reordenan las diferentes piezas del puzle de nuestra lengua para crear nuevas estrategias denominativas, ya sea para etiquetar realidades recién salidas del horno, o para reinventar maneras de nombrar cosas que ya conocemos.

Y pensaréis: pues vaya, todo este rollo sobre diversidad y variabilidad de los neologismos para volver al punto de partida: al final, lo que importa es la morfología, la semántica y el contacto con otras lenguas, y el resto de elementos son prescindibles. ¿Dónde queda entonces el contexto, la espontaneidad, la chispa de complicidad neológica que centellea entre los hablantes si podemos reducir la neología a una lista de sufijos y prefijos, o a un compendio de metáforas y usos figurados? ¿Qué tiene de mágico observar el modo en que adaptamos ortográficamente al español una palabra importada del japonés, si nos afanamos por enmarcarlo en un conglomerado de reglas que huelen a tabla de multiplicar y a catecismo y que ya estamos aburridos de aplicar como autómatas? Pues la verdad es que bastante poco, os lo reconozco. Encima, os aviso de que, al igual que me pasa con las gafas cada vez que intento renovar la montura, no estoy plenamente satisfecho, ni con esta propuesta de clasificación de la neología ni con ninguna otra que os pudiera explicar, pero creo que es la más conveniente por dos motivos. El primero es que se nutre de nociones y conceptos comunes, que seguro que ya hemos manejado, e incluso quizá hayamos dejado caer en alguna conversación sobre lo mucho que se está echando a perder el español por culpa del inglés y de que los jóvenes hablan cada vez peor, (hay que ver, qué mal está todo, el lenguaje se corrompe por momentos, etcétera, etcétera). Me refiero a palabras como *sufijo*, *préstamo*, *polisemia* o *acrónimo*, que a pesar de resultarnos lo suficientemente familiares como para servirnos de ellas para armar nuestras opiniones y argumentaciones sobre el idioma que hablamos, quizá debamos reubicar y aclarar, para comprender la magnitud de los conceptos a los que remiten, que suelen ser tan transparentes y claros como traicioneros en cuanto los manipulamos sin la perspectiva necesaria.

El segundo motivo es que las tres patas de las que consta la clasificación que os propongo (neología formal, neología semántica, neología por préstamo) están inevitablemente enlazadas, salpicadas las unas de las otras y, además, impregnadas de los elementos comunes a todas las clasificaciones que acabamos de enumerar. ¿De qué manera influye en el significado de una palabra el orden de los elementos formales que la constituyen? ¿Qué palabras tienen más posibilidades de pervivir en nuestra lengua, las que se escriben con frecuencia o las que copan las conversaciones orales de nuestro día a día? ¿Cómo influye el significado de una palabra en el modo en que la usamos?

De las combinaciones de todos esos elementos, llenas de matices y, por qué no, con su punto de caos, surge la chispa neológica, esa que genera una corriente de empatía entre quien se lanza a decir una palabra por primera vez y quien se estrena también en recibirla y comprenderla. Clasificar nos sirve para tener una visión de conjunto más reposada. Además, conocer las herramientas con las que contamos nos hace conscientes de que estarán ahí cuando queramos echar mano de ellas o tengamos que reconocerlas en la manera en que los demás usen la lengua. En cualquier caso, las palabras no vienen con manual de instrucciones (aunque luego haya quien se afane en redactarlos) y parte de su esencia, cuando son nuevas, descansa precisamente en el modo en que transgreden las maneras de referirse a la realidad que ya nos son familiares para dar con nuevas formas de nombrar.

De hecho, cuanto más nos llama la atención un neologismo, cuanto más creativo nos parece y más despierta nuestro radar neológico, más inclasificable suele ser: durante los meses de confinamiento por la pandemia del coronavirus se popularizó el uso de *confitamiento* para hacer referencia a la reclusión forzosa a la que todos nos vimos sometidos, pero añadiendo un matiz: el de los kilos de más que buena parte de la población cogió a lo largo de esos meses, debido en parte a la inactividad física, en parte a la repentina afición culinaria que desarrollamos para vencer el aburrimiento del encierro. *Confitamiento* fue un neologismo que durante semanas copó conversaciones, chascarrillos, tertulias y hasta titulares, pero hurgar en el modo en el que se formó entraña no pocas disyuntivas. Por si fuera poco, no vino solo, sino que se trajo varios miembros de su familia, tan entusiastas como él, dispuestos a alegrarnos el encierro: uno de esos simpáticos primos que también empezó a colarse en nuestras conversaciones fue *confitarse* (y toda su conjugación), con el sentido de recluirnos en casa y creernos Ferrán Adrià durante unas semanas (con espléndidas consecuencias en nuestra anatomía). Si quisiéramos clasificarlo, la primera categoría en la que encajaría sería, sin duda, la de neologismo semántico, ya que se trata un verbo con más de cinco siglos de recorrido en castellano, que parece ser que llegó a nuestra lengua procedente del catalán y que a estas alturas del partido, ha adoptado un nuevo significado. Sin embargo, y como ya hemos dicho, se empezó a usar al calor del sustantivo *confitamiento,* su primo cercano, que de neologismo semántico tiene más bien poco, ya que sus registros de uso con antelación a la pandemia que propició su éxito son totalmente residuales[[3]](#footnote-3). Frente a esa falta de evidencias, podríamos aventurar que *confitamiento* es una palabra nueva desde un punto de vista formal (la combinación de formantes léxicos que la constituyen no se había dado antes, es inédita), pero ¿qué pasa entonces con *confitarse*? ¿Cómo va a ser un neologismo únicamente semántico, si los hablantes le conferimos un nuevo sentido por su estrecha relación formal con *confitamiento*, sustantivo con el que está evidentemente emparentado?

Semántica, morfología, un préstamo de hace siglos reciclado para denominar un concepto a años luz de su significado original… las líneas se emborronan y las clasificaciones dejan de tener sentido para encapsular la esencia neológica de la feliz palabra. Por si fuera poco, *confitamiento* es una combinación de elementos inédita, sí, pero la realidad es que solo hay una letra que lo diferencie de *confinamiento*, y esa mínima variación es la clave de su éxito, porque lo convierte en puente entre dos nociones claras, y tan dispares como simultáneas (la del encierro y la del proceso culinario) en quien lo escucha o lo lee. La evocación de significados familiares gracias a elementos recurrentes que se trenzan por primera vez genera una nueva manera de percibir una realidad que, si bien reconocemos, nadie ha logrado etiquetar con una puntería semejante: todos hemos vivido la experiencia del encierro y quien más y quien menos, también hemos echado mano de los fogones, y de las delicias que hemos cocinado en ellos, para matar el aburrimiento. Frente a la maravilla léxica que es *confitamiento* cualquier clasificación se queda corta…, pero para ser conscientes de que no encaja en ninguna de ellas (y de lo genial que es precisamente por eso) es necesario conocerlas previamente.

Al final, el éxito de *confitamiento* (y sus parientes) encarna a la perfección la quintaesencia de cualquier neologismo mínimamente disruptor: nunca son unidades sencillas, pero su complejidad siempre reside en el tino con el que reordenan y recombinan elementos que sí lo son.

* 1. **Neología formal: vagones y locomotoras**

Los neologismos que surgen de la combinación inédita de formantes ya existentes son los reyes de la neología: todos los distinguimos con facilidad, los creamos con soltura e intuimos de dónde vienen (y adónde van) sin demasiado problema. Las piezas de los rompecabezas que los configuran son bastante reconocibles, y cualquier hablante entiende, al leer *sobreenvejecimiento,* que está formado, como mínimo, por dos partes: *sobre-* y *-envejecimiento.* Esa división será mucho más evidente en casos como, por ejemplo, *yihadismo electrónico*, donde la división más clara ya la marca el espacio gráfico entre los dos elementos léxicos que configuran la nueva unidad, es decir, *yihadismo* y *electrónico.*

Por otra parte, los ejemplos que acabamos de mencionar nos sirven para hablar de los dos grandes planos en los que se mueve la neología formal: el morfológico y el sintagmático. El primero se ocupa de la relación y unión de piezas dentro de las palabras, es decir, de cómo se ensamblan *sobre-* y *-envejecimiento* para generar un nuevo neologismo*,* mientras que el segundo tiene más que ver con el ensamblaje de más de una palabra para crear un sintagma, es decir, un grupo de palabras con un sentido propio nuevo y con la entidad suficiente como para ser tenido en cuenta como neologismo. Pues sí: puede haber neologismos compuestos por más de una palabra, y por menos, como veremos al hablar de acortamientos, siglas y acrónimos. En cualquier caso, una cosa está clara: acortemos, alarguemos o agrupemos palabras, estaremos hablando, en definitiva, de la combinación novedosa y potencialmente recurrente, ya sea por adición o por omisión, de elementos con una forma y un significado estables y reconocibles para los hablantes.

Centrémonos en la morfología: cuando nos ponemos las *morfogafas* para mirar a un neologismo, no tardamos en apreciar que, dentro de él, hay letras que parece que están más juntitas que otras, que se ponen en dúos, tríos, cuartetos… o que incluso van por libre pero con mucha personalidad, y que, a pesar de su minúsculo tamaño, tienen un significado propio. Son los morfemas. Hay algunos que se distinguen al primer vistazo, como nos pasaba con *sobre-* al leer *sobreenvejecimiento*, y hay otros para los que es necesario reenfocar y agudizar un poco más la vista. A nada que observemos con detenimiento el -*envejecimiento* restante, por ejemplo, veremos que *en-* va por un lado, *-imiento* por el otro. No tenemos por qué saber que son morfemas, pero conocemos muchas otras palabras que empiezan o acaban así, ¿verdad? La intuición que nos hace ir identificando esos pequeños componentes es la prueba más clara de que muchas veces nuestro propio acervo léxico es el mejor profesor de morfología que podemos tener.Con un poco de esfuerzo adicional, es posible que acabemos descomponiendo ese *sobreenvejecimiento* en algo como *sobre-en-vej-ec-i-miento. Voilà*, ahí tenemos todos los morfemas que componen nuestra palabra, y se trata de un neologismo formal porque nunca habían aparecido todos ellos, y nada más que todos ellos, juntos a la vez dando forma a una unidad concreta, hasta hace relativamente poco tiempo.

Al observar la culebrilla de morfemas que constituyen nuestro *sobre-en-vej-ec-i-miento* es probable que nos asalte una duda: ¿son todos igual de necesarios? ¿Hay alguno que marque el ritmo de esa inesperada conga de letras? Pues lo cierto es que sí. Existen dos grandes tipos de morfemas: los que se encuentran en el núcleo de las palabras, que le imprimen su significado principal, y que denominamos morfemas léxicos o lexemas, y los que se pueden añadir o no, en función del tipo de palabra que queramos formar, que son morfemas gramaticales.

Si las palabras fueran trenes, los lexemas serían las locomotoras y los morfemas gramaticales, los vagones. Un tren puede tener un número variable de vagones, pero sin locomotora nunca podrá desplazarse, por eso, cualquier palabra tiene, como mínimo, un lexema (*sol, tren, col*), al que se le pueden añadir morfemas (*in-sol-ación*, *tren-ec-ito,* *col-es*). Si recuperamos nuestro *sobreenvejecimiento*, el lexema en torno al que gravitan el resto de morfemas sería -*vej-:* es el núcleo sobre el que se construye *envejecer,* que después muta en *envejecimiento* y, por último, se convierte en *sobreenvejecimiento.* Hace falta escuchar a la palabra respirar para saber cómo y por qué le laten cada una de sus partes. Desentrañar esa cadencia de formación, ir distinguiendo los distintos peldaños sobre los que el neologismo se apoya para ir dándose forma, es también clave para entender su razón de ser y barruntar su andadura dentro de la lengua. Por otra parte, la evidencia de la utilidad de este proceso también demuestra lo borrosas que están las líneas entre lo formal y lo semántico, ya que es ese segundo plano, el que se refiere al significado, el que permite a los hablantes averiguar el orden en el que se han ido subiendo los peldaños de formación de esa palabra. No reconocemos ese *-imiento* como formante porque cierre la palabra, sino porque sabemos el tipo de significado que aporta a muchas otras que ya usamos, y entendemos el cambio de matiz que supone pasar de *ofrecer* a *ofrecimiento,* o de *escarmentar* a *escarmiento*, por ejemplo.

Las palabras que constan de un único lexema y nada más, como *pez* o *árbol*, son las denominadas simples: una única locomotora sin vagones traquetea sin mirar atrás por las vías de nuestras conversaciones y nuestros textos: sólida, segura de su entidad léxica y con horarios de llegada a su estación de destino más que fiables. Por su parte, las que se forman de la unión de un lexema con uno o más morfemas son las llamadas derivadas: a veces se alargan y alargan, haciendo hueco para más y más vagones, que las obligan a reducir su velocidad para evitar descarrilamientos indeseados. Su recorrido, serpenteante y tranquilo, puede verse marcado por el lugar que ocupe el lexema en su conjunto. Se trata de convoyes capaces de llevar los vagones tanto delante como detrás de su locomotora: el poder de tracción de un lexema es tal que puede empujar de unos cuantos vagones y tirar de otros, todo a la vez. No siempre alcanzan altas velocidades, pero lo cierto es que, una vez que arrancan, es difícil que dejen de moverse.

* + 1. **Derivación: por delante o por detrás**

La derivación es un proceso particularmente privilegiado para crear palabras, no solo porque permite ensamblar piezas variopintas y dotarlas de un sentido único, sino porque también ayuda a que el resultado de ese ensamblaje sirva de base para crear otras palabras, en definitiva, a ser productiva. En el capítulo anterior mencionábamos la velocidad con la que *mileurista* derivó en *mileurismo* o *mileurización*, y acabamos de hablar del estrecho y feliz parentesco que une a *confitamiento* y *confitarse*, a caballo entre lo formal y lo semántico: la productividad de los neologismos sería muy difícil de conseguir sin poder echar mano de la derivación. En otras palabras: derivar es, en gran medida, neologizar.

Como ya sabemos, para crear un neologismo es clave combinar elementos de una forma en que nadie los haya combinado previamente. Por ese motivo, si hablamos de neología formal, es muy difícil dar con neologismos que consten de un lexema y nada más: las posibilidades de recombinarse de forma imaginativa se reducen prácticamente a cero. No obstante, existen dos excepciones reseñables: los neologismos formados por un solo lexema que importamos de otras lenguas, de los que hablaremos al referirnos a la neología por préstamo, y los neologismos de base onomatopéyica, basados en la transcripción de un sonido tan recurrente y reconocible que cobra entidad como palabra. Este proceso, que los estudiosos llaman creación *ex nihilo* («de la nada», vamos, aunque en latín todo suene más fino y elegante), hace que llamemos *flus-flus* al pulverizador de líquidos (en este caso, duplicando el lexema, para imitar aún mejor el sonido que evocamos), o nos regodeemos cada vez que logramos darle un *zasca* a alguien en medio de una discusión. Estos ejemplos se corresponden con la definición de palabra simple y, al tener un recorrido bastante reducido en nuestra lengua, podríamos considerarlas como neológicos. En comparación con el resto de procedimientos neológicos, la proporción de neologismos de base onomatopéyica es anecdótica, sí, pero en cuanto a expresividad y capacidad de evocar imágenes, sonidos y sensaciones, no me negaréis que se llevan la palma.

Si dejamos a un lado *zascas* y *flus-fluses,* lo más normal es que los neologismos formales se asemejen más a largos trenes con una buena ristra de vagones repletos de mercancías, y no tanto a locomotoras solitarias. Esos vagones de carga reciben un nombre u otro dependiendo de dónde se coloquen con respecto al lexema locomotor: los que se colocan detrás de él son los sufijos, los que van delante son los prefijos y los que a veces se colocan entre la locomotora y el resto de vagones, y que nunca pueden ir en primer ni en último lugar, interfijos[[4]](#footnote-4). Centrémonos en los dos primeros, que son los responsables de la mayor parte de neologismos derivados que tenemos en nuestra lengua.

* + - 1. **Sufijación: vayan pasando en orden, por favor**

Mi ahijada tiene cuatro años y se muere de ganas de tener agujeros en las orejas para poder llevar pendientes. No está muy segura de cuándo le dejarán sus padres hacérselos, y tampoco sabe si le dolerá mucho o si no será más que un pinchacito, pero sí tiene claro el lugar al que irá, rauda y veloz, en cuanto los tenga: a una *pendientería*. Tampoco sabe que las *pendienterías* como tales no existen, pero eso no le ha impedido imaginar y, lo que es más importante, nombrarla con tal tino que cualquiera a quien se lo dice entiende perfectamente de qué se trata. Mi ahijada ha echado mano de su bagaje lingüístico y su conocimiento del mundo para nombrar una realidad que necesita (¿dónde va a encontrar ella unos pendientes mejores que en una *pendientería*?) con eficiencia y consistencia. Mi ahijada ha creado un neologismo formal por sufijación.

Los ejemplos de creatividad léxica infantil darían para varios libros, probablemente bastante más entretenidos que este, y no quiero que me hagan demasiada sombra, así que permitidme que limite su presencia en estas páginas a esta creación de mi ahijada, no solo porque esté convencido de que es la niña más guapa y más lista del mundo (que también), sino porque me sirve para ilustrar la eficacia y la ubicuidad con la que la sufijación da respuesta a necesidades denominativas de lo más peregrinas. Es el procedimiento de creación léxica más extendido, el más reconocible, el que goza de una presencia más uniforme en todos los registros de la lengua, el que se puede dar en más tipos de palabras (verbos, nombres, adjetivos e incluso adverbios). Los sufijos son tan importantes que muchos determinan la categoría gramatical de las palabras a las que se unen: *-izar* construye verbos, *-ble* adjetivos, *-ción*, sustantivos. La lista es larga y precisa. Es tal su peso en nuestra manera de hablar que incluso cuando comparten categoría gramatical, se reparten los significados a los que remiten, cual magnates de la lengua decidiendo su cuota de mercado semántico: gracias a ese reparto, sabemos que un madrileño no tiene por qué ser madridista (que se lo pregunten a los colchoneros… ¿o serían colchonistas?), y, si nos ponemos neológicos, entendemos la sutil pero tajante diferencia entre *podemista* y *podemita*, que nos dice mucho de la ideología de quien escoge una u otra manera de llamar a los simpatizantes de cierto partido político. Del mismo modo, si desechamos el conocido y asentado *ornamental* para optar por un mucho más sofisticado *ornamentístico* estaremos dando a entender lo especialistas que somos en ornamentos… o lo mucho que nos gusta alargar palabras para sonar más elegantes y estupendos, quién sabe. Los sufijos, como veis, hilan muy, pero que muy fino.

No debemos perder de vista que hablamos de vagones de cola: los últimos que se pierden de vista cuando vemos al tren pasar, y, en consecuencia, los que nos dejan la impresión más reciente, el rastro más fresco. La idea que nos hagamos de un neologismo y de la realidad que nos evoque estará inevitablemente marcada por esa última visión parcial que tengamos al asomarnos a la vía, girar nuestra cabeza, y adivinar en el aire las últimas volutas de humo de la locomotora.

En cualquier caso, su abundancia no debe hacernos pensar que son más simples o básicos que otros formantes menos comunes. Hablamos de vagones de cola altamente sofisticados y de complejo funcionamiento, sujetos a normas tan específicas como perfectamente asimiladas por el conjunto de los hablantes desde los albores de su competencia lingüística (recordemos a mi ahijada demandando una *pendientería* con urgencia antes incluso de saber escribir). Para empezar, no todos los sufijos pueden ensamblarse a cualquier tren: por ejemplo *-ble* y *-ción* solo se llevan bien con verbos, lo que nos da neologismos como *vivible, acariciable…* o *abofeteable,* por un lado*,* o *antenización, atemorización*… o *idiotización,* por el otro. Del mismo modo, *-izar* solo se ensambla sin fisuras con sustantivos o adjetivos, lo que nos permite *monetizar, clandestinizar,* o *veganizar.* Las preferencias son muy variadas y están perfectamente definidas y la lista, de nuevo, es larga. De hecho, no es arriesgado sugerir que su transgresión es una de las próximas fronteras que la neología cruzará tarde o temprano, pero por el momento, se trata de uno de esos armazones lingüísticos de los que hablábamos en el primer capítulo, que legitiman la creación de un neologismo y le dan garantías de pervivencia. Puede que no hayamos leído nunca *abofeteable* (incluso aunque conozcamos a alguien a quien le venga al pelo), pero nuestra intuición y nuestro bagaje lingüístico nos dice que cumple con unas normas mínimas de aceptabilidad morfológica que hacen que no nos «chirríe».

Su querencia por unirse a unos tipos de palabras y no a otros tiene como consecuencia que los sufijos se ensamblen siguiendo secuencias ya cerradas, que permiten seguir el rastro en concatenaciones como *privado-privatizar-privatización*. Ese orden que ya hemos mencionado, y que nos ayuda a auscultar a la palabra para saber por dónde respira, responde, por tanto, a una pauta establecida. La misma que hace siglos extrajo *pendiente* de *pender* y que mi ahijada ha decidido continuar trazando con su *pendientería.* En definitiva, el conocimiento implícito que tenemos del funcionamiento de estas secuencias nos permite crear neologismos prácticamente sin despeinarnos.

Existe un tipo de sufijaciones que, aunque sigan las normas de ensamblaje y secuenciado que acabamos de mencionar con todo el rigor, generan palabras especiales: nos referimos a la sufijación apreciativa, que es la que nos permite expresar opiniones sobre el tamaño, la intensidad o la sensación que provoca la realidad a la que remite la palabra que sufijamos. Para apreciar usamos, por tanto, sufijos diminutivos (*-ito, -ita; -uco, -uca; -illo, -illa…*), aumentativos (*-ón, -ona; -azo, -aza…*), peyorativos (*-esco, -esca; -uzo, -uza…*) o superlativos (*-ísimo, ísima; -érrimo, -érrima…*).

Sin embargo, es frecuente que pierdan su significado apreciativo y las palabras resultantes terminen anclándose en la lengua sin connotaciones. Nadie piensa ya en un pañuelo como un paño pequeño, o en una cerilla como una cera de reducidas dimensiones: a pesar de que la estructura apreciativa sigue encajando con la realidad a la que remiten *pañuelo* y *cerilla*, lo cierto es que son palabras con un significado definido y muy desligado de aquellas de las que, en un determinado momento, se derivaron (porque sí, ahora cuesta concebirlo, pero *pañuelo* y *cerilla* fueron un día neologismos). No es difícil dar con palabras que están pasando ahora mismo por el mismo proceso por el que pasaron *pañuelo* y *cerilla*: las plagas de *avispillas* son cada vez más comunes, y no se trata (únicamente) de avispas de menor tamaño que las normales, sino de una subespecie concreta; en los bares nos ponen *cazuelitas* con nuestras raciones, y muchas veces el recipiente en cuestión no tiene nada que ver con una cazuela pequeña… ni falta que hace para que nos chupemos los dedos. Como hablantes, somos capaces de reinterpretar una palabra más allá del significado que marca su estructura formal y recubrirla así con una nueva piel: se trata de un proceso denominado lexicalización.

Lo más interesante es que la cosa no acaba ahí. Los sufijos apreciativos son vagones de cola que se ensamblan al tren como cualquier otro, sí, pero que en algunos casos despiertan nuestras alarmas neológicas con una intensidad mayor que en otras. *Cazuelita* y *avispilla* pueden ponernos la mosca detrás de la oreja, pero ¿qué pasa si la sorna, la admiración o el afecto entran en juego? Cuándo alguien busca *casito…* ¿pretende que le presten menos atención que cuando demanda caso, o justamente lo contrario? Si nos quejamos de que alguien recibe una *paguita…* ¿estamos reivindicando que el subsidio en cuestión es bajo, o más bien damos a entender lo opuesto? ¿Un *padrazo* es un hombre con hijos que pasa del 1,90 de estatura, o un señor que presta atención a su descendencia y la cría con mimo y responsabilidad[[5]](#footnote-5)? Los sufijos apreciativos tienen una extraña habilidad para salirse del carril que en teoría les corresponde recorrer y enriquecer el significado de la palabra a la que se unen con matices de los más diversos… y esa diversidad es una auténtica mina de neologismos: el matiz apreciativo se sale de lo previsto y la palabra cobra una entidad nueva, diferente. Nuestras alarmas se disparan, la chispa prende y nos sorprendemos pronunciando según qué palabras guiñando un ojo, bajando el tono, recalcándolas al pronunciarlas… De nuevo, vemos como un procedimiento de neología formal se empapa de matices semánticos, sí, pero también contextuales: si *casito* es un mero diminutivo de *caso* o una crítica al egocentrismo, lo sabremos por la confianza que tengamos con nuestro interlocutor, su personalidad, la persona a la que se refiera… en definitiva, por el mundo real en el que enmarcar a la palabra en cuestión. La parte de la lingüística que se encarga de estudiar todas esas circunstancias que rodean y condicionan a la lengua, pero que no son de naturaleza lingüística, se conoce como pragmática, y, como ya habrás adivinado, es un motor neológico de primer orden.

El culmen del descarrilamiento de la sufijación apreciativa se da cuando el componente lúdico se impone a todos los demás: los hablantes somos capaces de variar las derivaciones de las palabras para reírnos de nosotros mismos, de una situación, o, simplemente, para sentir que formamos parte de una comunidad determinada. Basta entrar en Twitter a cualquier hora para ver a gente diciendo *holi* y *hasta luegui*, mandando *besis* al personal o avisando de que van a «hacer la *cocinación*» o «la *siestación*» (o incluso, «la *automorición*»*,* a la que espero que no lleguemos nunca) en lugar de, simplemente, cocinar o echarse la siesta: los sufijos propician una plasticidad léxica cuyos límites, por suerte, estamos muy lejos de conocer.

* + - 1. **Prefijación: el discreto encanto de lo previsible**

Os avisé de que esta clasificación no iba a ser exhaustiva, rigurosa ni exacta, así que, llegado a este punto, me vais a permitir que, con toda confianza, me sincere: prefijar para crear palabras me parece un tostón. Llevo años clasificando palabras nuevas, intentando desentrañar qué se esconde detrás de sus formantes y significados, y las más aburridas, con diferencia, han sido siempre las prefijadas. Yo ya os he avisado: si esperáis encontrar una loa a las bondades de la prefijación, similar a la que acabo de hacer con mis adorados sufijos, *lasciate ogni speranza.*

En el tren de la palabra, los prefijos son los vagones que van antes de la locomotora. Añaden matices, allanan el terreno… anticipan, en definitiva, el premio gordo del lexema. Se trata de un procedimiento neológico tremendamente productivo y frecuente, pero muy poco disruptor. ¿Eso qué quiere decir? Pues que despierta nuestros radares neológicos con mucha menor intensidad que otras maneras de crear palabras nuevas. Por lo general, su combinatoria está mucho menos restringida que la de los sufijos, lo cual hace que sea mucho más indiscriminada. Me explico: rara es la parcela de realidad a la que no podemos añadir un *macro-,* un *mini-,* un *super-* o, si me apuráis, un *ex.* Los significadosde los neologismos resultantes son muy transparentes y estables, tanto que muchos prefijos se utilizan de forma independiente y son perfectamente comprensibles: no tenemos problema en definir algo como *mini* o *super*, y hablamos de nuestros *ex* sin problema… al menos sin problema con la palabra.

La prefijación otorga a las palabras una neologicidad tan previsible que las hace menos relevantes para los hablantes, porque la combinación de formantes es inédita, sí, pero la realidad a la que remiten es mucho menos llamativa. A menudo, los neologismos formados por prefijación pasan inadvertidos porque el camino que siguen para constituirse como palabras nuevas es tan esperable que a nuestra intuición lingüística le cuesta concebir que no se haya producido antes. Los puentes que tienden entre lengua y realidad son mucho menos vertiginosos que los que dibujan otros procedimientos neológicos. Si bien es cierto que podemos hablar de prefijación apreciativa, (y tenemos *superlunas* y *megaestructuras*, por ejemplo, en las que el significado literal de los formantes va quedando atrás para dejar hueco a uno nuevo, de la palabra en conjunto), sus implicaciones pragmáticas son mucho menos evidentes. Al final, el hecho de que prefijar nos dé neologismos tan previsibles, nos advierte de algo importante: la recurrencia, que tan ingeniosa nos parecía al hablar de las *pendienterías* por la facilidad con la que reconocíamos el significado de esa nueva unidad y la lógica aplastante de su formación, puede volverse un lastre para la creatividad: un neologismo sonoro y exitoso dependerá del equilibro que alcance entre lo esperable y lo sorprendente, entre el armazón lingüístico en el que se base y la audacia con la que lo transgreda. Y los neologismos formados por prefijación tienen otras bondades, como su estabilidad formal y ortográfica, su claridad semántica…, pero crear *miniapartamento* a partir de *apartamento,* audaz, lo que se dice audaz… no es.

Su oportunidad de brillar les llega por otras vías; a pesar de lo aburridos que me parecen, les concedo un don: los neologismos formados por prefijación son capaces de algo que muy pocos procedimientos permiten. En algunos casos nos llegan a teletransportar a otros tipos de neología con la que cada vez están más estrechamente emparentados, y no porque lo dicte ninguna regla, sino porque los usos y las coyunturas de los hablantes así lo van determinando. Desde hace algún tiempo tienen mucho más que ver con los préstamos que importamos del inglés de lo que *a priori* podríamos imaginar: no se lo digáis a nadie, pero en español la prefijación está empezando a convertir sustantivos en adjetivos, y todo gracias al inglés.

Guau, diréis, menudo bombazo, ríete tú del *Watergate*. Pues sí: lo cierto es que puede parecer una cuestión baladí, pero decir que un prefijo es capaz de cambiar la categoría gramatical de una palabra es cuestionar décadas de estudios morfológicos. Antes de seguir, dejemos clara una cuestión: al contrario de lo que pasaba con la sufijación, que convertía sustantivos en verbos, verbos en sustantivos o adjetivos en verbos, los prefijos siempre se han considerado insuficientes para provocar tales cambios. No seré yo quien cuestione estos postulados, que se siguen confirmando en la actualidad con ejemplos como *pulmonar > bipulmonar* o *saharaui > prosaharaui*, donde vemos con facilidad cómo la prefijación genera un nuevo adjetivo… a partir de un adjetivo ya existente. Hasta aquí, todo en orden. Sin embargo, si leemos «los bomberos comprobaron funcionamiento del operativo *antiincendios*» o «es la primera parte de una operación *multifase* en una campaña muy compleja», las cosas empiezan a descuadrarse ligeramente. Lo que la morfología tradicional dice de estos neologismos es que *antiincendios* y *multifase* son tan sustantivos como aquellos de los que se derivan, esto es, *incendios* y *fase.* No podrían ser, por tanto, adjetivos, puesto que no concuerdan en género y en número con los sustantivos a los que acompañan (*operativo* y *operación*, respectivamente). Sin sufijación no hay adjetivos, vamos. Lo que la morfología canónica nos dice es que estamos frente a un fenómeno de *aposición*. Y sí, puede que esta palabra os desbloquee algún recuerdo en vuestro cerebelo, y que llevarais sin oír hablar de ella desde cuarto o quinto de primaria, cuando aprendimos *coche bomba* como gran ejemplo de aposición… y nunca más volvimos a encontrárnoslo: ni al fenómeno de la aposición ni, espero, al coche bomba.

Bromas aparte, el fenómeno de la aposición zanja cualquier vía alternativa de análisis de los casos que os planteo, y además lo hace de forma rigurosa, consistente y más que contrastada. Pero aquí hemos venido a jugar, sin importar si nos llevamos el bote final o no, así que permitidme abrir en vuestras inquietas mentes neológicas un resquicio alternativo, paralelo al canon: pensemos, por un momento, que tanto *antiincendios* como *multifase,* en los ejemplos que os presento, expresan cualidades de los sustantivos a los que acompañan. Del mismo modo, también es sencillo comprobar lo pegaditos que van a los sustantivos. Vaya, qué casualidad, exactamente igual que haría un adjetivo. Y es aquí cuando entra en juego el inglés, idioma del que no solo tomamos prestadas palabras, sino también las formas en que estas se relacionan con sus semejantes y adoptan significados nuevos. A nada que os desenvolváis con un mínimo de soltura no excesivamente bochornosa en la lengua de las Kardashian, no os costará caer en la cuenta de que para crear un adjetivo en inglés basta con colocar una palabra cerca de un sustantivo *et voilà*, tenéis un adjetivo[[6]](#footnote-6). Todos sabemos que *christmas* significa ‘navidad’… hasta que lo vemos junto a un sustantivo, como en *christmas song,* o *christmas tree,* donde pasa a significar ‘navideño’ o ‘navideña’, o ‘de navidad’, que es otra manera de complementar a los sustantivos. Por sus propias características formales, el inglés es una lengua en la que los adjetivos no concuerdan en género (porque no tienen) ni en número (porque no les apetece) con los sustantivos, lo cual ayuda a que este proceso sea tan común. Llamadme cenizo, pero que la lengua con mayor empuje e influencia global en la actualidad influya cada vez más en nuestro idioma, y que en esa influencia coincida con la proliferación de «medidas *anticrisisis*», «planificaciones *poscoronavirus*» o «manifestaciones *proamnistía*», da que pensar. Y quizá los prefijos tengan algo que decir al respecto.

Tanto sufijos como prefijos protagonizan la inmensa mayoría de casos en los que la derivación formal provoca la creación de una palabra. Como hemos visto, son procedimientos variados, comunes y, en definitiva, omnipresentes en nuestra lengua. Cualquier hablante echa mano de ellos, consciente o inconscientemente, en algún momento de su cotidianidad para satisfacer sus ganas de etiquetar al mundo que le rodea. Sin embargo, no son, ni mucho menos, las únicas vías de las que podemos echar mano para crear neologismos formales. Basta con que nuestro tren tenga dos locomotoras en vez de una para pasar a un plano completamente diferente: el de la composición.

* + 1. **Composición: condenados a entenderse. O casi**

Pues eso: imaginemos un tren tan tremendamente potente que, en vez de una locomotora, tuviera dos. Imaginemos la manera en que los vagones se intercalan entre ambas, se colocan al principio, al final… imaginemos, también, las vicisitudes que puede traer consigo que cada locomotora quiera tirar por su lado. En todos esos supuestos, si trasladamos el símil a las palabras, estaremos hablando de la conjunción de dos lexemas (con o sin morfemas), y las palabras resultantes ya no serán derivadas, sino compuestas, como, por ejemplo, ***cant****-a-****mañana****-s,* ***pel****-i-****rroj****-o,* o ***man****-i-****at****-a-r*[[7]](#footnote-7).

En los neologismos formados de esta manera, el grado de conexión entre las locomotoras puede variar: es posible que estén enganchados con solidez, gracias a discretos y férreos anclajes, de tal forma que cueste ver, a simple vista, dónde empieza una y acaba la otra, pero también existen trenes con dos locomotoras apenas unidas por un endeble cordelito. Cuanto más fuerte sea la unión, más cerca estarán de las palabras simples y derivadas y menos de los sintagmas (grupos de palabras gráficamente independientes).

Dejando a un lado el mundo ferroviario, si hablamos de composición es fácil enumerar cinco rasgos sencillos que nos pueden poner tras la pista del grado de consolidación de este tipo de palabras:

**Pentálogo de la composición para principiantes**

1. Significado propio, genuino y permanente: un neologismo compuesto remite con constancia y consistencia a una realidad determinada. Su significado puede equivaler a la suma de los significados de sus dos lexemas (como en *portabocadillos* o *aguanís,* por ejemplo) o trascender y evocar algo diferente, ligado a la conjunción de ambos lexemas como tal y no a la acumulación de sus significados por separado. Porque estaréis conmigo en que un *pagafantas* es algo más que alguien que invita a refrescos cítricos gaseosos, ¿verdad? Pues eso. Como veis, las relaciones entre los lexemas de una palabra compuesta pueden alcanzar niveles de abstracción bastante altos, algo que también espolea la creatividad neológica.
2. Género y número global: para que la composición sea tal, y no estemos hablando de una colisión puntual de dos palabras, el neologismo en cuestión ha de tener un único género gramatical y un único número. Por ejemplo, el adjetivo *rusobritánico, -ca* añade la marca de género una única vez, y no es necesario, para decirlo en femenino, crear algo como *rusabritánica,* o *rusasbritánicas* si lo que queremos es cambiarlo al plural. En *rusobritánica,* los sufijos *-a* y *-s* no modifican solo a la segunda parte de la palabra, *britanic-*,sino a toda ella.
3. Posible modificación formal de uno de los lexemas: no es extraño que alguna de las dos locomotoras tenga que cambiar su forma para acoplarse a la otra. Por ejemplo, decimos *anglobalear* (no *inglésbalear*) o, cuando nos referimos al color de la equipación de la Juventus de Turín, preferimos *aurinegro, -gra* en lugar de *áureonegro, gra*: los lexemas cambian de forma, pero son los mismos. ¿Magia? no, algo mucho más entretenido: alomorfia, que es el fenómeno que se produce cuando un único morfema puede adoptar diferentes formas. ¿No queríais palabros? Pues hala, tomad taza y media.
4. Transformación ortográfica: sí, la ortografía puede ser nuestra aliada para comprobar que lo que tenemos delante es un compuesto en condiciones: así, *bus* no lleva tilde si lo vemos solo, como monosílabo que es, pero *metrobús*, compuesto por ese lexema y otro más, sí: los compuestos siguen las reglas exactamente igual que cualquier otra palabra… a no ser que estén todavía forjándose y su andadura en el idioma sea tan breve que aún susciten dudas en los hablantes, algo que sucede con palabras como *georadar,* ¿o deberíamos decir *georradar*? ¿O quizá *georrádar*?La norma todavía vacila y busca su acomodo en la maraña de posibles maneras de escribir y pronunciar esa nueva creación léxica. Cuanto más constante sea la ortografía de un compuesto, más seguros podremos estar de que lleva ya un tiempo considerable en nuestra lengua. Dicho de otro modo: la existencia de variantes ortográficas de una palabra compuesta es una de las grandes pistas que nos pueden confirmar que estamos frente a un neologismo.
5. Productividad: como ya veíamos en el primer capítulo, cuando un neologismo es capaz de generar nuevas palabras relacionadas formalmente con él, es señal de que está razonablemente asentado en la lengua. Y los formados por composición no son excepción: pueden generar, por ejemplo, otros compuestos (*parabrisas > limpiaparabrisas*) o palabras derivadas (*ecofisiología > ecofisiológico -ca, ciberactivista > ciberactivismo*).

La combinatoria de los compuestos, al igual que pasaba con los sufijos, responde a ciertas pautas predefinidas. Existen una serie de esquemas arquetípicos en los que tradicionalmente han encontrado acomodo la inmensa mayoría de neologismos de este tipo: podemos encontrar combinaciones de dos sustantivos (*bocachancla, centroderecha*), de dos adjetivos (*verdinegro -gra, catalanobalear, frontolateral*), o de uno de cada (*patilargo -ga, franjirrojo -ja*). También se pueden unir un adverbio y un adjetivo (*malencarado -da, biempensante*). Pero si lo que queremos es ponernos castizos, entonces deberemos meter verbos en la ecuación, ya sea a pares (*picapica, comecome*) o con complementos (*calientapatios, robaescenas, espantatiburones*).

La composición como vía de creación neológica tiene una característica muy especial: genera palabras que se usan en ámbitos temáticos sorprendentemente definidos, algo que no pasa con ningún otro procedimiento. Así, cuando nos topamos con un neologismo formado gracias a este procedimiento, es muy probable que estemos frente a la descripción de los colores de un equipo de fútbol (*blanquivioleta, rojiverde*), de las características de alguna especie animal, preferiblemente pájaros (*verdinegro -gra, cuellicorto -ta*), de algún invento, ejem, revolucionario (*cubremacetas, portabolígrafos*) o, de algún insulto, ejem, ingenioso (*cazasubvenciones, robamaridos, salvanaciones*).

Me juego el cuello a que, al leer la última tanda de ejemplos no habéis podido reprimir una sonrisilla… ¿por qué nos parecen tan sonoros los neologismos de este último tipo? Para empezar, porque, como cualquier comunidad de hablantes viva y diversa que se precie, tenemos un lado oscuro, y todo lo que huela a insulto o a peyorativo ejerce sobre nosotros una atracción poderosa y fatal. Pero, además, es que se trata de palabras que alcanzan el extraño equilibrio entre lo previsible y lo imaginativo al que la prefijación no llegaba y para el que la sufijación se pasaba de rosca. No transgreden la norma establecida y todas tienen una forma estable que disipa los recelos de los hablantes a la hora de decirlos, escribirlos e inventarlos, y, al mismo tiempo, son tremendamente disruptoras y activan los radares neológicos de los hablantes con suma facilidad: la neologicidad que desprenden no está reñida con la recurrencia del mecanismo que los genera. En definitiva, es muy probable que los neologismos más sofisticados del español, si atendemos a su combinación perfecta de creatividad y aceptabilidad, sean insultos, algo que nos define muy bien como comunidad de hablantes… para bien o para mal.

Atendiendo a su origen, las locomotoras de los neologismos compuestos suelen ser de dos tipos: palabras de la lengua (que se denominan patrimoniales) o bases léxicas cultas de origen grecolatino, como *tele-, eco-, ciber-* o *nano-.* Ambos tipos pueden combinar entre sí de todas las maneras posibles: así, podemos tener compuestos con dos palabras patrimoniales, (*cubrecolchón*), con un formante clásico y una palabra patrimonial *(ecosostenible*) o con dos formantes clásicos (*termofobia*).

Hasta aquí, todo en orden. De hecho, esa diferenciación entre componentes ha hecho que se trazara una línea entre la composición culta (aquella en la que entran en juego formantes grecolatinos) y composición patrimonial (el resto de casos). La composición culta siempre se ha asociado con registros más elevados, vocabulario relacionado con ámbitos especializados como, por ejemplo, la medicina (*cardiopulmonar*) o las nuevas tecnologías (*nanorrobot*). Sin embargo, las cosas dejan de estar tan claras cuando esos formantes clásicos se despojan de su significado original y se impregnan del significado de alguno de los compuestos de los que formen parte, que llevan consigo a nuevas palabras. Por ejemplo, *fotografía* fue un neologismo acuñado en el siglo xix a partir de dos formantes de origen griego: *foto-,* que significa ‘luz’, y *-grafía,* que remite a «escritura». No es complicado pensar en palabras en las que *foto-* conservaese significado clásico, como *fotosíntesis, fotoconductor* o *fotocopia*, pero ¿qué pasa con *fotogalería, fotodenuncia* o *fotoperiodismo*? En esos casos *foto-* ya no remite a ‘luz’, sino a *fotografía*: los significados son una suerte de sustancia pegajosa que se adhiere a los formantes cultos y de los que les resulta prácticamente imposible desprenderse. De ese modo, pasan a contar con un significado adicional del que salpicarán irremediablemente a otras palabras: como ya vimos en el primer capítulo, cada nueva palabra tiene varios estratos superpuestos y, a nada que escarbemos, nos encontraremos con restos de otras voces con referencias implícitas pero tan claras que no tendremos problema en identificar adecuadamente. Eso es lo que pasa con *foto-, o* lo que hace que, aunque identifiquemos *narco-* con su significado griego original de ‘sopor’ o ‘somnolencia’ en palabras como *narcótico* o *narcolepsia,* no se nos pase por la cabeza pensar en un *narcocorrido* como en una especie de nana mexicana que nos ayuda a coger el sueño, precisamente.

Casos como los de *foto-* o *narco-* son muy comunes y suponen una fuente de neología muy productiva y eficiente. Formantes como *eco-, ciber-* o *tele-,* entre muchos otros, se ubican al principio de infinidad de palabras y, en lugar de remitir a casas, timoneles o lejanías (como hacen sus significados originales en griego), nos hablan de naturaleza, ordenadores conectados a distancia o televisores.Su nuevo significado se les ha adherido con tal fuerza que lo detectamos antes que el original incluso cuando vemos el formante solo, actuando como palabra autónoma, como sucede cuando hablamos de las bondades de los alimentos *eco* o de cómo lo *cíber* ha cambiado el mundo.

Existen formantes clásicos con recorridos sorprendentemente intrincados y, que a pesar de ello, no generan problemas de comprensión ni de productividad para los hablantes. Si pensamos, por ejemplo, en el formante *euro-,* no nos costará dar con un mínimo de tres vías de formación diferentes: por un lado, todas las relacionadas con la moneda que comparten varios países europeos (*euríbor, eurozona*), por el otro, con las instituciones de la Unión Europea (*europarlamento, euroorden*) y las sensaciones que estas suscitan (*eurófobo -ba, euroescéptico -ca*) y, por último, con el Festival de Eurovisión (compuesto, a su vez), con sus *eurofanes* y sus *eurodramas*. Como hablantes, reconocemos la eurodimensión a la que nos remite cada una de estas palabras y, lo que es más importante: disponemos de la intuición suficiente como para saber que *eurodrama* no es el *brexit,* sino que España lleve más de un lustro sin subir del vigésimo puesto en el festivalito de marras.

La ubicuidad de los formantes tradicionalmente denominados como clásicos y la diversidad de nociones a las que hacen referencia los confirman como elementos neologizadores de primer orden y, además, desdibujan cada vez más la línea entre lo culto y lo patrimonial. Al final, comprobamos una vez más que las palabras tienden a estar al servicio del mundo al que permiten nombrar, y no tanto a amoldarse a clasificaciones y límites impuestos desde fuera.

* + 1. **Neología sintagmática: no muy juntos, pero sí revueltos**

He intentado presentaros los trenes de la derivación y la composición como adorables máquinas de vapor serpenteando por valles y collados, meciendo lexemas, sufijos y prefijos al ritmo de un traqueteo tranquilo y decimonónico. Espero que hayáis aprovechado el trayecto para relajaros y mirar mucho por la ventana, porque es momento de dar un salto tecnológico y zambullirnos en la velocidad más vertiginosa. Haced las maletas, porque para conocer a nuestro próximo tren nos vamos a Japón, una tierra que, además de regalarnos neologismos tan maravillosos como *emoji*, *wasabi* o *sudoku*, está surcada por trenes tan puntuales como futuristas. De hecho, la población nipona puede montarse en uno que llega a superar los 600 kilómetros por hora. Para alcanzar tan trepidante velocidad, este convoy necesita evitar el rozamiento que le supondría estar en contacto con las vías, así que se eleva diez centímetros sobre ellas y, directamente, levita. Pues bien, si los neologismos fueran trenes, habría un tipo concreto que tendría un aspecto aún más futurista que ese prodigio de la ingeniería nipona. Existe un tipo de creaciones léxicas en el que los vagones y las locomotoras están conectados y forman un todo que acelera y frena al unísono… sin tocarse. ¿Qué extraña fuerza, qué potente magnetismo consigue ensamblar vagones y locomotoras a través del aire? Os presento a la neología sintagmática, que se sitúa en la frontera entre la morfología y la sintaxis, y marca así los confines de las reglas léxicas conocidas, cuestionando, de paso, el mismísimo concepto de palabra. Tecnología punta, vamos.

Los neologismos sintagmáticos, por tanto, están compuestos por varias palabras independientes desde un punto de vista gráfico y fonético que, juntas, configuran una unidad estable y reconocible para los hablantes como un todo. El radar neológico de los hablantes en estos casos debe afinar mucho más en estos casos que con los neologismos que hemos visto hasta ahora: ¿cómo diferenciar un grupo de palabras cualquiera de uno que tenga una entidad tan marcada que se pueda considerar una *palabra* en sí mismo? El peso de la intuición, del bagaje y del conocimiento del mundo para identificar estas unidades es mucho mayor especialmente si hablamos de la lengua común, ya que donde suelen abundar es en los lenguajes especializados y, de alguna manera, los hablantes están más predispuestos a encontrárselas en ese tipo de contextos. Parece bastante evidente que hay una unión más fuerte entre las palabras que forman *tomografía axial computerizada* o *leucemia mieloide crónica* que entre las que constituyen *casa verde luminosa*…, pero quizá *punto wifi* o *tarjeta black* nos pasen más desapercibidos. Además, los neologismos sintagmáticos tienen la particularidad de que, cuanto más fijados y claros estén, más fácil será que generen, a su vez, un nuevo tipo de neología: la de las siglas y los acortamientos, y de pronto, ya no hablamos de tomografías y leucemias específicas, sino de *tacs* y *LMC,* o del «caso de las *black*».

Si nos centramos en su forma, los neologismos sintagmáticos en español pueden ser de varios tipos: en primer lugar, están los preposicionales, que son los que tienen una preposición entre sus filas (inesperado, ¿verdad?), como *brecha de género, botón de pánico* o *televisión por cable*. Por otro lado, también están los yuxtapuestos, que se forman a partir de varias palabras unidas sin bisagras aparentes, como es el caso de *pantalón pitillo,* *top manta,* o, por ejemplo, las construcciones que describen los innumerables matices de ciertas tonalidades, como *blanco hueso, rojo cereza* o *verde teja.* Se trata, en realidad de ejemplos de aposición, de la que ya hablamos (y que no salió muy bien parada, la pobre) al referirnos a los neologismos formados por prefijación, ¿os acordáis? Pues bien: en este libro somos muy inclusivos y creemos que incluso ella tiene derecho a su párrafo de gloria. Aposición, querida, prepárate, que el siguiente párrafo es el tuyo.

Existe un pequeño grupo de sustantivos que, unidos a otros cualquiera, forman neologismos sintagmáticos yuxtapuestos con mayor facilidad y recurrencia. Se trata de palabras comodín, como *estrella, prodigio, relámpago* o *exprés,* que imprimen un significado muy claro y reconocible al sintagma que forman al adherirse a otro sustantivo. No tienen por qué resultar en neologismos sintagmáticos, pero hay creaciones que terminan cobrando entidad propia, y convirtiéndose en nuevas maneras estables de referirse a realidades concretas, como *secuestro exprés* o *juez estrella.*

Por último, también existen neologismos sintagmáticos formados a partir de un nombre y un adjetivo, como *yihadismo electrónico,* que mencionamos al inicio de este capítulo, *tupperware escolar* o *tomate cherry*. Se trata de los neologismos sintagmáticos más escurridizos, ya que los sustantivos y adjetivos unidos en amor y compañía son la base de una proporción altísima de nuestras interlocuciones. Existe tal diversidad combinatoria que desbrozar el bosque de sintagmas de este tipo para dar con alguno que pueda responder a la definición de neologismo es bastante similar a buscar agujas en pajares. No solo hay que pensar si remite de forma estable y definida a una parcela de la realidad, sino que también hay que dilucidar si es la forma más eficiente y común de hacerlo, y si la comparte una parte significativa de la comunidad de hablantes.

Existe una especie de prueba del algodón para detectar neologismos sintagmáticos, que consiste en dividirlos y comprobar si alguna de sus partes es capaz de conservar, por sí sola, el significado de todo el grupo: si alguien nos dice que va a comprarse unos «pitillos altos» porque se llevan mucho esta temporada, será muy raro que pensemos que esa persona va a comprarse unos cigarrillos de metro y medio de longitud para seguir las tendencias[[8]](#footnote-8). Al igual que pasaba con *eco* o *tele, pitillo* se ha impregnado con tal fuerza del significado del neologismo que ha contribuido a forjar que, de alguna manera, se lo lleva consigo cuando camina por libre. En realidad, esa capacidad de transferencia de significados es un arma de doble filo, ya que por un lado invisibiliza al neologismo en cuestión (en nuestro ejemplo, «pantalones» no aparece por ningún lado), pero por el otro, si logramos rastrear el origen y dar con el sintagma-nodriza, no habrá lugar a dudas: estaremos frente a un neologismo sintagmático.

Otra pista que puede ayudarnos a dar con este tipo de neologismos es el tipo de significado al que remitan el conjunto de palabras que constituyan el sintagma en cuestión: cuanto más alejado esté del significado individual de cada una de ellas o del resultante de la combinación de los de todas, más probabilidades tendremos de estar frente a un sintagma con una entidad genuina y bien definida, es decir, un neologismo en potencia, como lo fueron en su día *ojo de buey* (que son las ventanitas redondas de los barcos) o *pata de gallo* (que lo mismo nos vale para las arrugas que a algunos ya nos van saliendo en torno a los ojos como para el tejido de esa chaqueta que tu madre se compró en 1994 y decidió rescatar hace dos temporadas porque lo retro volvía con fuerza). En realidad, lo que pasa en estos dos casos es algo de lo que ya hablamos al explicar en qué consistía la sufijación apreciativa: los sintagmas han adoptado un significado que trasciende al que se puede deducir de los elementos que les dan forma. En una palabra: se han lexicalizado.

Los neologismos formados por sintagmación son, en definitiva, como esos primos tímidos pero majos que solo se dejan caer por las reuniones familiares de higos a brevas: cuesta verlos, pero una vez que das con ellos, te encandilan y te hacen sentir fatal por no mantener más el contacto con ellos.

* + 1. **Abreviaciones: menos es más**

Cuando era pequeño, vivía en una calle que terminaba en la vía del ferrocarril. El sonido de los trenes que pasaban por ella me acompañaba en todas mis rutinas, y era tan constante que con él me sucedía lo mismo que con el sonido de la lluvia después de un rato oyendo el agua caer: que acababa por dejarse de escuchar. Sin embargo, había veces en las que quizá estaba más despistado o absorto de lo normal y el zumbido lejano me impulsaba a asomarme a la ventana a adivinar qué tipo de tren lo provocaba. Recuerdo ponerme a contar vagones y maravillarme con los trenes kilométricos, generalmente de mercancías, que pasaban, cadenciosos, durante minutos. Pero había ocasiones en las que las que pasaban eran locomotoras solitarias. Siempre tenía la sensación de que iban buscando vagones; de que, a pesar de su ritmo constante les faltaba algo: también las había algunas con solo un vagón o dos, o con meras plataformas que se deslizaban sobre la vía. Trenes incompletos y, aun así, con una función y un destino perfectamente asignados.

A estas alturas del capítulo ya estaréis esperando que, tras mi introducción ferroviaria, llegue el símil léxico, ¿verdad? Pues no os voy a decepcionar: en efecto, toca hablar de neologismos en los que la novedad no viene por adición, sino por omisión de formantes: locomotoras solitarias, vagones partidos por la mitad… En la neología por abreviación quien calla otorga… y quien se guarda trocitos de palabras ya existentes, neologiza. Y lo más común es que lo haga de alguna de las tres maneras que explicamos a continuación.

* + - 1. **Siglas: neologismos con pompones**

¡Dame una S! ¡Dame una I! ¡Dame una G! ¡Dame una…! Vale, creo que ya sabéis por dónde voy: aquí no importan los morfemas, sino que cada letra, por sí misma, encierra un significado diferente. Cual animadora de instituto de Wisconsin, os presento a los neologismos siglados, es decir, a las palabras nuevas constituidas por las iniciales de otras, que se juntan para acuñar una nueva creación léxica.

Vivimos rodeados de siglas, y todos sabemos que condensan información y ayudan a transmitirla con mayor agilidad. No todas tienen por qué acabar siendo neologismos, pero hay dos rasgos que deberían ponernos en sobreaviso: el primero es que sean capaces de recibir sufijos, por ejemplo de número. Así, si vemos que podemos hablar de un grupo de *mupis,* (en plural) sabiendo que *mupi* es lasigla de *mueble urbano de presentación de información*, tendremos un indicio claro de que estamos frente a una nueva palabra: la posibilidad de poder ponerla en plural aumenta las posibilidades de que podamos insertarla en nuestro discurso con garantías de éxito comunicativo. Otro fenómeno que nos indicará que la sigla que tenemos delante es más una palabra autónoma que una mera estrategia para acortar otras es que no necesitemos conocer el significado de las palabras de las que procede para utilizarla con soltura y eficiencia. De nuevo, os recuerdo el *TAC* que ya nos ha salido varias veces, o las famosas *sicav*, que protagonizan titulares y debates sin que nadie parezca especialmente preocupado por saber qué palabras se esconden tras sus letras[[9]](#footnote-9).

En su consolidación como neologismos tiene un papel muy importante la medida en que su realización sonora (el modo en que la digamos, vamos) se pueda armonizar con la norma ortográfica de nuestra lengua. De nuevo, la aceptabilidad lingüística marca los límites y, al mismo tiempo, la senda que este tipo de palabras han de tomar para perdurar. Esas constricciones son las que hacen que, por ejemplo, en *mupi* no aparezcan las *d* de las preposiciones que necesitamos para que, al expandir la sigla, el resultado tenga sentido…. Y que no nos despeinemos al añadir una *ca* y no solo una *c,* como correspondería,en *sicav*, para crear así una pequeña criatura léxica que podamos pronunciar sin que parezca que estamos invocando al Maligno. Esto es lo que hace que podamos calibrar con bastante precisión el potencial léxico de muchas siglas: será menos probable que *rsc* se consolide como palabra con entidad propia a que lo haga *ampa* (sin hache, no confundamos conceptos).

* + - 1. **Acortamientos: no te fallarán**

«La *seño* que tuve en el *cole* era bastante *progre*, no como el *profe* que me tocó en el *insti*, que era un *carca*». No, no es una frase extraída del guion de *Compañeros* (creo), pero nos viene al pelo para hablar de los acortamientos. Aparecen con mucha frecuencia y constituyen una fuente de innovación léxica muy ligada a la oralidad y los registros más coloquiales. Surgen, por tanto, en el fragor de la conversación, sin aviso previo. Tal y como la frase con la que comienza este párrafo nos demuestra, con una intensidad dramática digna de Quimi y Valle, son muy comunes en la manera de hablar de los más jóvenes… o de quienes quieren parecerlo (como Quimi y Valle, vamos).

Joyas audiovisuales aparte, los acortamientos pueden hacer que nos quedemos con el inicio de la palabra, como en *tosta(da) o intro(ducción)*, o con el final, como en (*auto)bus, o (violon)chelo.* Se trata de un procedimiento que, sin querer, ya ha aparecido de pasada en dos tipos de neologismos de los que ya hemos hablado con los que está estrechamente emparentada: las bases léxicas cultas que se bastan y se sobran para sonar divinas (lo *eco,* lo *macro,* lo *gastro…* o sea, todo muy *super,* tías) y los compuestos sintagmáticos que pierden alguna de sus partes sin perjuicio aparente (recordemos: los *pitillos* no tienen por qué comprarse en estancos). Se acortan principalmente sustantivos y, muy excepcionalmente, adjetivos (*ridi, diver*). A veces incluso podemos añadir sufijos a la propia abreviación para darles un nuevo matiz que los ubique, de nuevo, en la esfera de lo coloquial, como sucede con *socia-ta* (acortamiento de socialista) o *manif-a* (de manifestación).

* + - 1. **Acrónimos: sobrecarga al facturar**

Que cualquier palabra es un puzle es algo que ya deberíamos tener más que asumido, a estas alturas del capítulo. Sin embargo, cuando hablamos de acronimia, llevamos el concepto de rompecabezas a una nueva dimensión: ese *acro-* tiene origen griego y significa ‘extremo’, ‘elevado’ o ‘lejano’ (lo vemos clarísimo en *acrópolis*, por ejemplo), y nos da una pista bastante certera para entender en qué consiste este procedimiento de creación léxica: por abreviar, os diré que la acronimia consiste en juntar retazos de otras palabras aunque aparentemente no peguen ni con cola. Si bien es cierto que cuando una de esas creaciones se implanta con éxito termina por ser una palabra más, como sucedió con *informática,* la feliz unión de *información* y *automática*, la realidad es que los neologismos formados mediante este procedimiento suenan como a colisiones resultonas de planetas lejanos. *Electrolinera, volunático -ca,* o *dramedia* cumplen con todas las normas ortográficas y tienen significados genuinos y consistentes, sí, pero, como hablantes, no podemos evitar percibirlas como matrimonios de conveniencia que, aunque bien avenidos, acaban de volver de la luna de miel y todavía no se conocen demasiado. En cualquier caso, y tal y como nos pasaba con otros tipos de neologismos, basta con raspar mínimamente su superficie para evocar las realidades que los han generado y para dejarnos sorprender, una vez más, por la chispa de su neologicidad.

Los nombres que reciben los acrónimos en otros idiomas quizá nos puedan ayudar a entender su esencia. En francés se les denomina ‘palabras-maleta’ (*mots valises*) yen inglés, ‘maletones de viaje’ (*portmanteaus*). En ambos casos, las imágenes que nos vienen a la cabeza tienen que ver con acumular cosas muy dispares en espacios reducidos para poder transportarlas todas juntas… y no podrían ser más certeras. No hay duda: la acronimia es el baúl de la Piquer de las palabras.

Por desgracia, viajar hoy en día tiene mucho menos glamour y mística que en los tiempos de doña Concha: si quisiéramos llevar un baúl con todas nuestras peinetas y batas de cola en un vuelo de bajo coste, el suplemento que tendríamos que pagar nos quitaría las ganas de cantar tonadillas para una buena temporada. Nos hemos tenido que acostumbrar a meter los calcetines en la bolsa de aseo y el cargador del móvil entre la ropa interior con tal de ganar algo de espacio, y con los acrónimos sucede algo similar: podríamos pensar que respetan los límites de los formantes que los constituyen, como sucede por ejemplo con *demotanasia* (la unión de *demo-grafía* y *eu-tanasia*), pero lo cierto es que no tienen remilgos en cortar por donde mejor les viene (y la gramática les permite) para encajar en condiciones, como sucede con *flamencólico -ca,* *conspiranoico -ca* o *basuraleza.* Las maletas hay que cerrarlas, caiga quien caiga.

* 1. **Neología semántica: ¡viajeros al tren!**

Al hablar de neología formal, nos hemos referido a las palabras como trenes. Os lo digo porque está siendo una metáfora tan sutil que igual se os había pasado desapercibida, ejem. Hemos prestado atención a las máquinas que los mueven, al número de vagones que los componen y al orden que estos ocupan. Está claro que el chasis y la carrocería son indispensables para que el tren pueda salir de la estación, sí, pero hay algo sin lo que esos prodigios de la ingeniería no tendrían razón de ser: los pasajeros que transporten. Un mismo tren puede llevar viajeros de muy diversa índole, que le imprimirán una personalidad propia y reconocible ¿Es lo mismo un cercanías que transporta trabajadores, día tras día, desde su casa hasta su lugar de trabajo que un tren de largo recorrido, plagado de mochileros con ansias de aventura, o un media distancia repleto de jóvenes que vuelven a casa por Navidad? Su aspecto externo no será el mismo en ninguno de estos casos, pero su verdadera razón de ser, su sentido (ojito con la palabra *sentido*, que va a ser importante en este nuevo epígrafe) radicará en las personas que desplace. Un tren no es tren sin pasajeros que lo pueblen, por muchos vagones que puedan añadírsele, exactamente igual que un neologismo no es un neologismo sin un significado que lo conecte con el mundo, por muchos sufijos que pueda tener.

Cuando hablábamos de neología formal teníamos trenes nuevos… y los pasajeros podían serlo o no, pero daba igual: nos bastaba con una combinación inédita de morfemas para tener un neologismo. Pues bien, en la neología semántica las cosas cambian: los pasajeros son nuevos… pero el tren nunca lo es. Es un tren reutilizado. Tanto, que con frecuencia conserva vestigios de viajes pasados: marcas en los asientos, bordes desgastados, algún que otro desconchón… Sin embargo, todas esas cicatrices no le impedirán reinventarse para acoger a una nueva hornada de viajeros, en un nuevo recorrido, a una nueva velocidad: por fuera parecerá el mismo, pero por dentro… la cosa habrá cambiado completamente.

En definitiva, lo que se recombina de manera inédita en un neologismo semántico no tiene que ver con sus elementos formales, sino con su significado: la neología semántica consiste, por tanto, en asignar sentidos inéditos a palabras ya existentes. En consecuencia, para percibir la neologicidad de esas nuevas palabras dependeremos enormemente de la referencia, es decir, de la manera en que enlacen con la parcela de realidad que denominen. Entender un neologismo semántico es como situar un punto geográfico a partir de unas coordenadas: sin un mapa donde ubicarlas, no serán más que una amalgama de cifras sin sentido, pero en cuanto podamos colocarlas, nos hablarán con exactitud de un lugar concreto. Los mapas de los que nos servimos para localizar significados novedosos de las palabras que usamos todos los días son los contextos de uso.

Ya hemos hablado en alguna ocasión de lo importante que es para un neologismo insertarse con naturalidad en nuestros textos y conversaciones y, de algún modo, fluir en ellos: solo así garantiza su pervivencia en la lengua. Pues bien, en el caso de la neología semántica, el contexto con el que arropamos a esas nuevas palabras no solo es el oxígeno que necesitan para seguir latiendo con fuerza en el idioma, sino que se trata del factor que, directamente, activa su neologicidad a nuestros ojos. Aquí ya no vamos a hablar de combinaciones extrañas de sufijos o formantes cultos que despierten nuestras alarmas por su sonoridad y su ingenio, sino de reubicaciones de palabras conocidas en mapas inesperados, donde se mimetizan en nuevos paisajes que las hacen simplemente diferentes. Es muy probable que el ratón que nos venga a la cabeza sea el que usamos para movernos por la pantalla del ordenador y hacer clic en lo que nos interesa, y que los roedores que comen queso, se llevan nuestros dientes de leche o ayudan a Cenicienta en las labores del hogar, hayan llegado en segundo lugar. En ocasiones, el mapa nuevo se cuela en nuestras vidas con tal fuerza que la palabra en cuestión sigue su camino con bríos renovados por derroteros que jamás pudo imaginar.

Nuestra percepción de la neologicidad semántica es tan compleja que incluso tiene una razón anatómica. Sabemos que nuestro cerebro tiene partes que se encargan de gestionar de forma conjunta cuestiones relacionadas con el lenguaje y con la memoria: eso nos permite interpretar adecuadamente los neologismos semánticos, ya que los procesamos conjugando dos elementos: estabilidad y flexibilidad. La primera nos permite, gracias a la memoria, recuperar el sentido original de la palabra, que ya tenemos almacenado, y que aflora con facilidad, y la segunda nos ayuda a reinterpretar ese sentido de acuerdo con el contexto en el que nos hayamos topado con la palabra. Cuanto más equilibrada esté la combinación de estabilidad y flexibilidad al percibir un neologismo semántico, con más intensidad activará nuestros radares de neologicidad.

En este sentido, el ejemplo de *ratón* (que, a su vez, fue originariamente un neologismo formado con un sufijo apreciativo a partir de *rata*, igual que nuestros amigos *casito* o *padrazo*) es paradigmático: ya tiene unos años, y su acepción informática hace mucho que dejó de ser novedosa, pero en ella se puede apreciar sin problema hasta qué punto se flexibilizó el uso de una palabra ya conocida sin comprometer para ello su estabilidad: esa es la garantía del éxito de un neologismo semántico.

Hablamos, en definitiva, de estrategias mentales que todos adoptamos cada día, cada minuto, en cada frase que decimos: estamos constantemente buscando en el equilibrio entre lo estable y lo flexible, entre lo conocido y lo transgresor. En algunos contextos seremos más cautos, en otros más temerarios, pero siempre oscilaremos entre ambos extremos a la hora de escoger las palabras que mejor describan lo que nos está pasando por la cabeza. En consecuencia, el elemento semántico salpicará cualquier otro neologismo que vayamos a usar, aunque *a priori* no nos resulte tan obvio, ¿o es que la verdadera relevancia de *dedazo* como neologismo nos la da el sufijo *-azo*, y no la enjundia semántica que se esconde tras el uso apreciativo de ese sufijo? ¿Cómo no pensar en que nuestras *patas de gallo* tienen una forma similar a las extremidades inferiores de esas aves de corral, por mucho que nos espante reconocerlo, y que ese significado sea mucho más relevante que su estructura de sintagma articulado con una preposición?

Toda innovación formal lleva pareja una puesta a punto semántica: incluso cuando la noción a la que remite un neologismo sea de sobra conocida, como en el caso de los *dedazos* y las *patas de gallo*: llevan existiendo toooooda la vida, pero la puntería al denominarlos así da un nuevo relumbrón a sus significados: los ancla, los delimita, los reempaqueta, les dota de una nueva relevancia. Sea o no el principal procedimiento de formación que advirtamos en un neologismo, la innovación semántica es el aliño sin el que cualquier palabra nueva sería infinitamente más insulsa y, como buen aderezo saleroso, tan diverso como escurridizo. Su ubicuidad en el lenguaje hace que abarcarla sea casi imposible, así que nos centraremos en las estrategias de las que echamos mano con más frecuencia para darle forma: en algunas de ellas, las palabras asumirán nuevos significados que guardan algún tipo de relación con el original, como sucede con las metáforas y las metonimias, y en otras verán cómo su significado original se amplía exponencialmente, como en el caso de la lexicalización de los nombres de marcas comerciales.

* + 1. **Metáforas: las palabras saltan desde el trampolín**

Estoy seguro de que no os resultará difícil recordar cómo aprendisteis en el colegio lo que es una metáfora: seguro que os plantaron un poema delante, que hablaba de la cara de una bella muchacha en la que había una flor y unas perlas, y os explicaron que la flor no era otra cosa que la boca, y las perlas, sus dientes. Y, en la inmensa mayoría de casos, seguro que ahí se quedaría la cosa. No sé si consiguieron el objetivo de que aprendiéramos lo en qué consistía metaforizar, pero una cosa está clara: no volvimos a leer una poesía amorosa con los mismos ojos. Lo cierto es que «la rosa de tu rostro» y «las perlas de tu boca» son un ejemplo de metáfora tan ramplona como real: metaforizar consiste en sustituir un elemento (la boca, los dientes) por otro con el que guarda algún tipo de similitud (la rosa, las perlas), con el fin de establecer una analogía que, en el caso del poema de marras tenía como objetivo, ejem, embellecer el texto. Está claro que la metáfora puede ser la figura literaria más repipi que nos podamos encontrar, pero por suerte, y que Garcilaso me perdone, va bastante más allá de eso: se trata un recurso omnipresente en nuestro lenguaje, y muchos lingüistas son de la opinión de que, en esencia, cualquier palabra en la que podamos pensar ha pasado, en algún momento de su vida, por algún proceso metafórico, aunque ahora no seamos capaces de detectarlo. Pensad, por ejemplo, en *murciélago* y *músculo* (sí, ellas también fueron neologismos en algún momento):aparentementeno tienen nada que ver entre sí, ¿verdad?, pues están más emparentadas de lo que podamos imaginar. Y todo gracias a una metáfora. Su historia es tan interesante que merece un epígrafe aparte.

**Epígrafe aparte: murciélagos y músculos**

*Murciélago* siempre se cuela en los *rankings* de vocablos bonitos y sonoros, y motivos no le faltan: no solo remite a un animal poco común y de misteriosa fama, que nos traslada a relatos terroríficos y torreones derruidos bajo la luna llena, sino que además se trata de una de las pocas palabras de nuestra lengua que contiene las cinco vocales y es esdrújula, algo que siempre ayuda a ganar en sonoridad… La cosa es que, además de su carisma y encantos naturales, *murciélago* esconde un oscuro pasado: se trata, en realidad, de la alteración de *murciégalo*, una palabra que, a causa de un fenómeno conocido como metátesis, vio, hace algún que otro siglo, cómo algunos de sus sonidos cambiaban de sitio. La consecuencia de esto fue la alteración de su escritura. No me resisto a reivindicar la metátesis como carambola del lenguaje mucho más común de lo que podamos pensar: es la responsable de las *cocretas,* los *crocodilos* y demás excusas que tan pronto sirven para criticar a la RAE por su doble moral como para ensalzarla… por su doble moral. De moral, no sé, pero de metátesis están los debates lingüísticos llenos.

La ventaja de conocer el oscuro pasado de *murciélago* es que nos es más fácil rastrear su etimología: se trata de una palabra en la que podemos reconocer otras dos, de origen latino: por un lado, *mus, muris,* ‘ratón’, y por el otro, *caeculus,* diminutivo de *caecus,* ‘ciego’. Vamos, que, juntando todas las partes de esta historia, concluiremos que un murciélago viene a ser un ‘ratón cieguito’. Por otra parte, *músculo*, que era la otra mitad de esta historia tan curiosa, es una palabra que procede del latín *musculus,* que no viene a ser otra cosa que el diminutivo de *mus, muris;* es decir, que estamos frente a otro ¿ratoncito? Entre los ratones del ordenador, el ratoncito Pérez, los que ayudaron a Cenicienta a arreglarse para salir de fiesta, los que son cieguitos y los chiquitines que comen chocolate y turrón (y bolitas de anís), al final va a resultar que buena parte de la neología semántica del castellano se sustenta en la representación cultural de un simple roedor…

Os estaréis preguntando que a qué viene tanta historia ratonil, ¿no? Pues viene a que tanto *murciélago* como *músculo* se construyeron gracias a sendas metáforas: en ambos casos se consideró que esas realidades guardaban semejanzas suficientes con los ratones (ciegos en un caso, pequeñitos en el otro) como para basarse en dicho roedor para nombrarlas. No me llamo Susanita, así que me vais a disculpar que no entre a comentar las supuestas similitudes que existen entre un cuádriceps y un ratón chiquitín, y bastante trauma que me generó el poema repipi de las rosas y las perlas como para ponerme a desentrañar las metáforas de mi infancia, pero, en cualquier caso, el entendimiento sí que me da para comprender que los orígenes de *murciélago* y *músculo*, así como su insospechado parentesco, demuestran hasta qué punto hay metáforas incrustadas en nuestro idioma. Algunas de ellas están tan fosilizadas que han desactivado su función comparativa, como es el caso, pero en algún momento fueron fuente de creatividad léxica y generaron, en definitiva, nuevas palabras.

Las metáforas siempre tienen un elemento intuitivo muy fuerte y tienden a asociar elementos bajo los que subyacen nociones básicas y universales, tan asimiladas por todos que muchas veces nos cuesta enormemente separarlas. Nuestra intuición compartida no solo es que nos permita entender en qué consiste *machihembrar* dos enchufes sin mayores explicaciones, (ciertamente, hay pocas imágenes más poderosas que la que evoca este verbo), sino que nos ayuda a asumir relaciones conceptuales mucho más complejas y sutiles y tomarlas como totalmente naturales. ¿Por qué identificamos «arriba» con «positivo» y «abajo» con «negativo»? Puede parecer una mera casualidad, pero lo cierto es que esa construcción mental está detrás de los *subidones* y los *bajones* o de que nos muramos de ganas de que nos *asciendan* en el trabajo, por ejemplo. O también explica que las suites de lujo de los hoteles o los despachos de los jefazos de las empresas estén en la última planta de los edificios, cuando cualquiera que haya buscado piso en su vida sabe que los áticos son hornos en verano y frigoríficos en invierno… Metáforas como estas, que trazan analogías en el plano conceptual, tienden a pasar muy desapercibidas y nos crean la ilusión de que, tras una decisión como escoger la planta donde poner una suite nupcial, existe cierta lógica que es necesario cumplir, y no una simbolización de algo tan abstracto como el poder, el éxito, o en general, aspectos de la vida que asociamos con lo positivo. Ejemplos como las dilogías «arriba = bueno» y «abajo = malo» son mucho más comunes de lo que podamos imaginar: asociamos las posturas verticales con estar despiertos, vivos o sanos; y las horizontales con estar dormidos, muertos o enfermos. Y la cosa no es nueva: desde el punto de vista evolutivo, tenemos más oportunidades de sobrevivir como especie si adoptamos una postura vertical. Desde esa asociación tan atávica podemos saltar muy fácilmente a la que identifica comprender algo con verlo: si estamos erguidos tenemos una mejor perspectiva sobre lo que hay enfrente; de nuevo, hablamos de aspectos cruciales para nuestra supervivencia, porque ver nos permite anticiparnos a las oportunidades y amenazas que podamos distinguir. Expresiones como «no *veo* la relevancia de lo que me estás contando» o «el gobierno fue reprobado por falta de *transparencia*» nacen de esa asociación que lleva milenios ayudándonos a amueblar nuestras cabezas. Identificamos el tiempo con el dinero, y por eso lo perdemos, lo ganamos, lo malgastamos, lo robamos, lo ahorramos. Nuestras cabezas son recipientes y por eso nos afanamos en meternos o en sacarnos ideas de ellas, o nos quejamos de que algunas no nos entran. Los ejemplos de esquemas mentales en los que priman los usos figurados de palabras que ya conocemos son tan numerosos como discretos.

Metaforizar es, de alguna manera, empujar a las palabras hasta el borde de un trampolín y obligarlas a que salten. Uno nunca sabe exactamente cómo será su zambullida en el nuevo significado al que las estamos abocando, pero una cosa está clara: tarde o temprano acabarán hundiéndose en el agua y el chapuzón las ubicará en un nuevo contexto de uso para quien las reciba, y renovará, en mayor o menor medida, sus significados. Las metáforas confían, por tanto, en la intuición compartida de los hablantes para evocar una realidad determinada a partir de referencias que a simple vista pueden parecer peregrinas. Entender una metáfora, además, nos hace sentir parte de una comunidad, de un grupo de individuos capaz de desentrañar una información implícita porque comparten algo que va más allá de la lengua. Todos sabemos lo que es una burbuja, y captamos enseguida que el matiz de significado que prima en *burbuja inmobiliaria* no es el mismo que nos importa en *burbuja* *social* cuando leemos la frase «Así son las *burbujas sociales* que Sanidad recomienda para luchar contra el coronavirus»: articulamos los significados que manejamos para metaforizar nuevas realidades y poder, en definitiva, comprenderlas mejor. Tanto *burbuja inmobiliaria* como *burbuja social* nos traen la misma imagen a la mente, pero en el primer caso será relevante porque no dejará de crecer y acabará por explotar, y en el segundo, porque nos hablará de aislamiento y separación. En ambos casos, el proceso estará convirtiendo *burbuja* en dos neologismos semánticos diferentes.

La metaforización permite incluso reutilizar nombres propios que encierran significados conocidos por la comunidad de hablantes y que resultan ser muy eficientes para ahorrar explicaciones adicionales: si leemos «esta semana se celebraron los *goya* mexicanos» sabremos exactamente el tipo de galardones de los que estamos hablando, o si nos topamos con una explicación sobre «la *capilla sixtina* del barroco civil albaceteño»[[10]](#footnote-10) también tendremos una idea bastante certera del tipo de monumento del que estamos hablando.

Al permitirnos variar el significado de palabras que ya conocemos, el uso de las metáforas dibuja nuevos mapas por los que transitar la realidad y conecta elementos y percepciones de maneras inéditas. Es algo muy estimulante, porque nos permite aprender, resituarnos y, en definitiva, reinterpretar el mundo, pero a veces, el proceso puede convertirse en un arma de doble filo: por ejemplo, uno de los esquemas metafóricos que más implantados están en nuestro imaginario colectivo es el que asocia las enfermedades con la guerra. Dicho así quizá suene un poco sórdido, pero lo cierto es que no es extraño escuchar que alguien está «librando una batalla» contra una grave dolencia, que existe un nuevo tratamiento para «combatir» una infección «letal» o que los enfermos son «valientes» porque «luchan» sin descanso «contra» su patología. Al dibujar una realidad enlazándola con otra mediante las metáforas, no solo trasvasamos palabras sino también implicaciones, semánticas y emocionales, que se escapan de nuestro control y generan, a su vez, nuevos vínculos que van configurando una visión muy determinada de las cosas. Todo esto puede derivar, en el caso que nos ocupa, en que una persona enferma se sienta mal por no tener «valor» frente a lo que le está pasando y que el miedo a «ser derrotada» acabe superando sus ganas de superar el trance en el que se encuentra. Las metáforas son tan poderosas que consiguen crear un ambiente de calma tensa y distopía sombría en relatos como *1984, Rebelión en la Granja, Los Juegos del Hambre* o *El Cuento de la Criada*, por poner solo unos ejemplos. En todas estas obras, los cambios de significado de palabras aparentemente inocentes contribuyen a crear ambientes de sombría normalidad: las ablaciones de clítoris se convierten en «redenciones», las víctimas son «tributos», el sistema de vigilancia y represión es el «Gran Hermano»*…* cada modificación en el significado de esas palabras activa nuevas asociaciones en nuestra manera de descodificarlas y las reubica nuevos mapas… en estos casos, bastante tenebrosos. Una metáfora siempre ofrece una conexión parcial, ofrece una perspectiva subjetiva sobre una idea que dependerá, inevitablemente, de la intención de quien le esté dando forma. Por eso es tan importante saber cómo funcionan para ser capaces desarmarlas en caso de que, como sucede en los relatos mencionados, se hayan estirado y retorcido demasiado. Conocer cómo funcionan las metáforas es una estrategia fundamental del pensamiento crítico, así que usémoslas, sí, pero seamos conscientes de nuestra responsabilidad al alimentar según qué asociaciones entre según qué nociones.

Intenciones malévolas aparte, las metáforas demuestran la importancia que tiene establecer comparaciones para poder entender la realidad que nos rodea: son la punta del iceberg de analogías en el que nos apoyamos constantemente para ubicarnos en el mundo. Es probable que no tengamos ni idea de genética, pero si empezamos a leer textos sobre ella que hablan de genes «transcritos» o «traducidos», organizados en «códigos» que, «almacenados» se convierten en «archivos», podremos hacernos una idea de que lo que se esconde tras un ámbito del saber aparentemente dificilísimo puede tener cierta semejanza con la labor de los bibliotecarios. Semejanza lejana, tenue y, si me apuras, cogida con pinzas, pero suficientemente sólida como para poder trasladar a ese conjunto de palabras a un nuevo entorno (a un nuevo mapa) y servirnos de ellas para denominar nuevas realidades. Y, de paso, para entenderlas.

Metaforizar demuestra que construir una nueva idea siempre es más sencillo si la podemos sustentar en otra que ya conocemos. De hecho, a veces es el único recuso con el que contamos para hablar de ideas muy abstractas, como el amor, o de situaciones repentinas con las que no tenemos experiencia previa, como el coronavirus. La novedad que encarna cualquier neologismo siempre es un conjunto de asociaciones de fragmentos ya conocidos, y las metáforas nos permiten adentrarnos en ese territorio inexplorado sin perder de vista el punto de partida.

* + 1. **Metonimias: neología para el glamour**

Mi madre hace los sofritos siempre con un dedo de aceite. Y no, no esculpe dedos en aceite solidificado y los arroja a la sartén para embellecer su pisto. Nadie, en su sano juicio y con un mínimo conocimiento culinario, evocaría una imagen tan perturbadora al escuchar esa frase, ¿a que no? Todos entendemos que, en ese contexto, *dedo* no tiene su significado más común, sino que explica que mi madre vierte aceite en la sartén hasta que esta alcanza una profundidad similar a lo que mide el ancho de un dedo. Fijáos en la precisión de la noción que subyace a esas cuatro letras: queda claro hasta por dónde hay que medir el dedo en cuestión. *Dedo,* en ese contexto, está creando una metonimia. Cuando esto sucede, una palabra altera su significado, pero siempre conserva un vínculo con su sentido original: el significado nuevo que marca la activación de esa palabra como neologismo (en nuestro caso, la medida de aceite necesaria para el sofrito) está estrechamente vinculado al original (la medida coincide con la anchura de un dedo). Podríamos decir que, al igual que sucedía con las metáforas, las palabras saltan desde el trampolín y se zambullen en un nuevo significado, sí, pero con una cuerda atada a la cintura para que no puedan irse demasiado lejos. Esa precaución hace que las metonimias acostumbren a ser esquivas para nuestra intuición lingüística, que capta los vínculos entre el significado viejo y el nuevo con tal facilidad que le resulta difícil distinguir entre uno y otro.

Las más comunes se basan en nombrar el continente para referirnos al contenido («un *plato* de sopa»), el lugar de procedencia de un elemento en lugar del elemento en sí («un *rioja* de sabor afrutado»), el autor en lugar de su obra («el *kandinsky* no se vende»)… La lista es larga y reveladora, y la mayoría de ellas no dejan de actualizarse para dar respuesta a nuevas necesidades de nombrar. El ejemplo del *rioja* puede parecer muy manido, pero las páginas de estilo y ocio de cualquier suplemento dominical están repletas de referencias a vinos de moda e incluso a las uvas con los que se elaboran, que nos hace toparnos con frases tan sugerentes como «Afrutado, perfilado, muy representativo de los *mencías* bercianos y también muy comercial».

Vinos ricos, cuadros caros… No cabe duda de que la metonimia es el procedimiento de creación neológica que puede llegar a ser más *chic* y distinguido y, sin embargo, eso no le impide reinventarse constantemente, articulando nuevas vías de innovación léxica que hace años serían impensables. Como hablantes no dejamos de crear tipos de metonimias: cada vez que mandamos un *whatsapp* estamos denominando a un mensaje con el nombre del sistema que nos permite enviarlo a su destinatario. Cada vez que imprimimos un *word* o un *pdf* nombramosal documento que queramos obtener en papel aludiendo al programa que nos ha permitido darle formato. El mecanismo, en ambos casos, es idéntico al que veíamos con los dedos, los riojas y las mencías: cambiamos el significado de esas palabras, pero mantenemos una suerte de contigüidad con el original, tan sólida y esperable que nos cuesta distinguir qué es neología y qué no.

Por si fuera poco, la metonimia puede ser motor de otros tipos de neología, como sucede con palabras como el adjetivo *monclovita*, que desgraciadamente no se refiere a una raza de gnomos que habita en los jardines de la residencia del presidente del gobierno, sino a cualquier cosa relacionada con las decisiones y funciones del susodicho: procede de *moncloa,* entendido no como nombre propio del palacio en cuestión, sino como metonimia de quien lo habita, como vemos en frases como «*Moncloa* todavía no ha emitido ningún comunicado al respecto». Las asociaciones del tipo *lugar-institución-persona que ostenta cargos en esa institución* se denominan cadenas metonímicas, y son muy comunes en el lenguaje político: pensemos en cómo utilizamos *la Casa Blanca, Wall Street* o *Bruselas* en nuestras conversaciones sobre política y entenderemos rápidamente que, al asociarlas con nuevos significados, estamos creando palabras diferentes.

* + 1. **Marcas comerciales: los neologismos *Cuéntame***

Los neologismos son un espejo fiel de las venturas y desventuras de la sociedad que los va creando, de tal forma que las vías de las que nos servimos para ir dándoles forma suelen hablar de los momentos históricos en los que se usen. Basarnos en nombres de marcas comerciales para denominar nuevas realidades sería algo absolutamente impensable hace un par de siglos, pero lo cierto es que en la actualidad es uno de los recursos neológicos más castizos y enraizados en la cultura popular. Jugar con *barriguitas,* maquillarnos con *rímel,* curarnos con *tiritas* o *mercromina,* o incluso dividir a la nación entre los que desayunan *colacao* o *nesquick* es aludir a realidades cercanas y evocar, en definitiva, la memoria de nuestra sociedad más reciente a partir de sus detalles más insignificantes. En todos esos casos, una denominación comercial ha pasado a cubrir un espectro de realidades infinitamente más amplio de aquel para el que fue creada. Los nombres de marcas comerciales que acaban por convertirse en palabras de uso corriente son, además del sueño húmedo de cualquier publicista, neologismos con un cierto tono sepia, con pantalones de pana y flequillos más largos de lo normal… Si la familia Alcántara fuera un neologismo, sería de este tipo.

El mecanismo que nos permite contar con las marcas comerciales como fuente de neología es muy distinto del que nos servía para establecer metáforas y metonimias. Aquí no variamos el sentido de una palabra ya existente conservando cierto vínculo con su significado original, sino que ampliamos de manera exponencial las realidades a las que pueda designar. Una palabra que pasa, gracias a esa operación, de ser un nombre propio para referirse a un producto específico, como *Kleenex,* la marca de pañuelos de papel fabricados en Estados Unidos desde hace casi un siglo, a convertirse en un nombre común, en nuestro caso, *clínex,* que pasa adesignar a cualquier pañuelo de papel. Y sí, si habéis prestado atención os habréis dado cuenta del nada sutil cambio ortográfico que se ha producido entre *kleenex* y *clínex*: no es la primera vez que mencionamos la adecuación ortográfica como factor de éxito para los neologismos que aspiran a insertarse en la lengua y perdurar… y el *clínex*, o el *rímel* (de *Rimmel*) no iban a ser una excepción. Con la ortografía hemos topado. Por enésima vez.

Aparte de las metáforas, las metonimias o la adopción de marcas comerciales como nombres comunes, existen muchos otros procedimientos de innovación semántica que también merecen su parrafito de gloria. Son numerosos los inventos y descubrimientos que reciben el nombre de quienes los crearon, con tal éxito que, aunque esas personas caigan en el olvido, logran perdurar en el imaginario popular gracias a sus brillantes ideas. Y si no, que se lo digan al entrenador Joseph Hubertus Pilates, al acróbata Jules Léotard o a los médicos Alois Alzheimer o James Parkinson. La historia también nos habla de personajes que cedieron su nombre a la posteridad a su pesar, como Étienne de Silhouette, ministro de Hacienda de Luis XIV, tan tacaño que su apellido pasó a denominar las reproducciones y proyecciones de los objetos cuando se reducían a la mínima expresión: las siluetas. O como Joseph Guillotin, que promovió el uso de un efectivo pero escalofriante artefacto para decapitar gente en la Francia revolucionaria… y acabó probándolo en su propia nuca. El proceso por el que una parcela de la realidad recibe el nombre de una persona se denomina eponimia, y es un mecanismo de innovación léxica omnipresente en infinidad de ámbitos.

Por otra parte, también está la antonomasia, que consiste en tomar un apelativo común para referirnos a una entidad concreta, y convertirla, de paso, en la más relevante o característica de su índole. Es el procedimiento que nos permite saber qué equipos de fútbol se disputan «el clásico», incluso cuando no seamos especialmente futboleros, por ejemplo. También existe la paronomasia, que surge de una ligera confusión entre dos palabras formalmente similares, con la consecuente modificación semántica de una de ellas, como pasa cuando tu abuela, después de unos meses sin verte, te ve grácil y esbelta, y te dice con la mejor de sus intenciones que «estás hecha una *sífilis*»… pensando que te está llamando sílfide. Eponimia, antonomasia y paronomasia son vías de renovación léxica, sí, pero no me negaréis que también encajarían perfectamente como nombres de tías abuelas del pueblo que, enfundadas en sus batas de flores, te invitan a rosquillas y te dan besos en el carrillo compulsivamente. Me encanta imaginarlas así, porque eso me permite concebirlas como aliadas y moderar el miedito que a veces me dan este tipo de conceptos, que pueden resultar complejos: al metaforizarlas y convertirlas en señoras de mi pueblo, las ubico en un nuevo mapa en el que, lejos de asustarme, hacen que me sienta como en casa.

* 1. **Préstamos: ¿problemas con el ancho de vía?**

A mediados del siglo xix, España se preparaba para recibir al ferrocarril: no era una empresa fácil, ya que montar de cero una infraestructura de la envergadura de una red de vías y estaciones que lograra vertebrar un país tan grande obligaba a los gobernantes a meditar infinidad de decisiones antes de ponerse manos a la obra. Por ello, encargaron un buen puñado de informes a expertos de distintos ámbitos (orografía, transportes, ingeniería, economía…) para tener toda la información posible y no dar pasos en falso que condujeran a al país a errores muy difíciles de subsanar en cuanto los trenes estuvieran ya echando humo entre estación y estación. Los informes se leyeron, las líneas férreas empezaron a construirse y, como era de esperar, los errores no tardaron en convertirse en realidad: uno de los más flagrantes fue la decisión de adoptar un ancho de vía diferente al de la mayoría de países europeos. En teoría, una mayor distancia entre raíles posibilitaba una circulación más segura y estable, algo importante en un país tan montañoso como España, donde los trenes iban a tener que salvar desniveles mucho más pronunciados que en otros lugares. El argumento era de peso, pero pronto se hizo patente una contrapartida que nadie supo predecir a tiempo: la diferencia de ancho de las vías españolas imposibilitaba que los trenes de la piel de toro cruzaran los Pirineos rumbo a Europa… y que los convoyes extranjeros pudieran hacer el recorrido inverso. Lo que se anunció como el culmen del progreso y la modernidad, porque impulsaría el comercio internacional por tierra con bríos nunca antes vistos, se quedó en un intento parcial y frustrante por conectar al país con el futuro. Otro más.

Vale, corto ya el rollo *Suspiros de España*, pero quiero que os quedéis con esa idea de trenes extranjeros intentando cruzar los Pirineos y topándose con problemas muy, muy gordos para conseguirlo. Es una imagen muy similar a la que nos evocan los préstamos lingüísticos que importamos de otras lenguas: palabras mecidas y acunadas en latitudes lejanas (o no tan lejanas) que dan el salto, se instalan en las nuestras y luchan por adaptarse a su nuevo idioma. Por el camino de esa adaptación*, crowdfunding, parkour, conseller* o *sorpasso*, entre tantos otros, renunciarán a parte de su forma, incluso de su significado, se verán desacreditados como opciones «correctas» y tendrán que vérselas con opciones patrias para designar las mismas realidades que ellos han venido a nombrar, y lo más probable es que el peso del desdén y el prejuicio caiga sobre ellos, al menos durante un mínimo periodo de prueba.

Cuando hablamos de préstamos nos referimos a una combinación inédita de elementos formales que no llevan demasiado tiempo ensamblados en nuestra lengua, así que en realidad encajarían perfectamente en la definición de «neologismo formal» que hemos manejado al inicio de este capítulo. Se parecen tanto a los neologismos formales que, al igual que sucede con estos, pueden designar realidades que ya existen y para las que ya hay soluciones denominativas en la lengua en la que aterrizan. Por ejemplo, en nuestra lengua al conjunto de actores que participan en una representación lo llamamos *reparto,* pero hay ciertos contextos en los que se prefiere la forma *casting*: como cualquier neologismo, un préstamo no hace más que flexibilizar y sofisticar la manera de nombrar la realidad. Además, en cuanto cruzan el umbral de la aceptabilidad de la lengua en la que aterrizan, resetean toda la información que pudieran implicar sus formantes y, con el contador a cero, se adaptan a su nuevo medio como si llevaran en él toda la vida: esto hace que a nadie le importe ya que *talibán* sea, en origen, una forma plural; en persa, que es la lengua de la que procede, la forma singular es *talib*. Ejemplos como «los *talibán* reconocen el estado de Chechenia», comunes en los periódicos hace un par de décadas, son cada vez más difíciles de encontrar: en cuanto la palabra se aposentó en nuestra lengua, se adaptó a sus nuevas pautas morfológicas y dejó atrás sus exóticos orígenes, lo que nos permite decir *talibanes* sin rubor. Sin duda, mi ejemplo favorito de préstamo que rompe con su pasado sin mirar atrás y se convierte en el huésped perfecto es *espagueti*: sí, claro que ya no es un neologismo, pero lo que hoy es una palabra que no despierta suspicacia alguna en los hablantes fue una vez fue un tímido *spaghetti* que, cual erasmus italiano deseoso de integrarse en nuestro país, adoptó nuestras costumbres y, además de convertirse en *espagueti*, disimulando así sus rasgos ortográficos originales, se despojó sin pudor de su pluralidad original: ni rastro del *spaghetto* (diminutivo, a su vez, de *spago,* ‘cordón fino’) que designa a un único espagueti en la lengua de Romina y Albano. En español no tenemos dudas de que la palabra es *espagueti* en singular y, como es obvio, *espaguetis* en plural. Para esto, las palabras que nos han venido del italiano a lo largo de la historia son particularmente agradecidas: *crocanti, grafiti* o *confeti* también pertenecen a este club de visitantes agradecidos y bien integrados que, si bien pueden conservar cierto aroma italianizante, han renunciado a su modo de funcionar en su lengua de origen para adaptarse a la de llegada.

Los préstamos léxicos constituyen un grupo de palabras muy numeroso, con unas características propias muy genuinas. Cada uno de ellos recorre un periplo muy particular en la lengua, lleno de vicisitudes específicas, que marcan su uso, su implantación, su forma y su sentido. Por ese motivo, la tercera pata de esta clasificación va para ellos: para todos los influjos externos con forma de palabra que renuevan nuestra lengua y la van empujando hasta su límite, estirándola de paso un poquito cada vez.

No es complicado escuchar voces agoreras que advierten de la decadencia apocalíptica que supone aceptar préstamos de otros idiomas, y que además se lamentan cada vez entran con más descontrol y libertinaje, adónde vamos a parar. Pues bueno, mal que les pese a los cenizos, la realidad es que la importación de palabras de otras lenguas es consustancial a la evolución de los idiomas. Vamos, que siempre ha habido préstamos y, mientras nuestra lengua siga viva, siempre los habrá. Son vitales para nutrirlas de nueva savia y permitir que se adapten a los nuevos tiempos. El español ha recibido grandes oleadas periódicas, cuando no tsunamis, de palabras foráneas. De hecho, observar el historial de idiomas de los que más palabras hemos adoptado a lo largo del tiempo es un termómetro infalible para saber qué potencia manejaba el cotarro en cada momento de la Historia: durante el Renacimiento, el italiano y el latín revistieron nuestro idioma de una pátina de cultura y humanismo que lo sacó de la Edad Media y lo armó para convertirse en la lengua de un imperio. La Ilustración hizo del francés un auténtico semillero de palabras para hablar de la razón e ideas modernas (y para convertirnos en gente fina y distinguida que toma el café con el meñique estirado, algo que nunca sobra) y el siglo xix hizo del Imperio Británico la potencia comercial más hegemónica en siglos, lo que empezó a desplazar, paulatinamente primero y de forma decidida después, a la lengua de Voltaire y Diderot como idioma internacional por excelencia. El siglo xx no trajo consigo un cambio en la lengua de moda, pero sí en el núcleo irradiador desde el que empezamos a importar sus palabras, que se desplazó hasta Estados Unidos. Cuando una sociedad coge la batuta económica y cultural para dirigir al mundo, el resto nos afanamos, queramos o no, en asimilar su manera de nombrar. Con todo, no es necesario que un grupo de hablantes sea particularmente poderoso para que algunas de sus palabras hagan las maletas y prosperen en tierra extraña: cuando hablamos de *robots* lo hacemos usando una palabra que procede del checo, y si montamos una *gymkhana* (o *yincana*, o como queramos llamarla, ay, la ortografía), es el hindi el que nos permite nombrarla. Incluso las lenguas de los pueblos indígenas de América lograron colar en su momento unas cuantas en el castellano (*piragua, cancha, aguacate…*), no tantas como yo pensaba de pequeño[[11]](#footnote-11), pero sí las suficientes como para constituir un género en sí mismas. En cualquier caso, y a pesar de que en los últimos años hayan llegado al español palabras procedentes hasta del zulú (sí, *chikunguña,* te estoy mirando a ti), lo cierto es que, en mi experiencia recopilando y clasificando neologismos durante los últimos años, por cada préstamo que me he encontrado y que no procedía del inglés, he tenido que analizar un promedio de quince que sí que tenían ese origen. Una proporción, como poco, reveladora de hacia dónde miramos como comunidad de hablantes desde hace ya varias décadas.

Cuando estaba aprendiendo a traducir, una profesora me dijo un día que pensara en lo que pasaría si tuviera un vaso lleno de agua y me propusiera trasvasarla a otro vaso vacío, utilizando para ello una cucharilla de café: el agua, en gran medida, acabaría trasvasada, pero de algún modo todo sería distinto. Seguro que en alguno de los trayectos con la cucharilla se me caería alguna gota sobre el mantel, el segundo vaso acabaría lleno de salpicaduras, me costaría mucho apurar el contenido del primero… el agua sería la misma, pero todo habría cambiado a su alrededor. La metáfora me sirvió para entender que traducir siempre implica remover, cuestionar y alterar, pero también me ayuda hoy a ver que el camino que recorren las palabras para viajar de una lengua a otra tiene mucho de trasvase imprevisible y accidentado. Tradicionalmente, los préstamos se han organizado en función de su grado de adaptación a la lengua en la que aterrizan. En teoría, esa adaptación se puede calibrar atendiendo a su adecuación a la norma ortográfica, lo que nos hace respirar con alivio al saber que podemos escribir *espóiler* y *mujaidín* y sin miedo a arder en las llamas del Averno, no como cuando se nos cuela un *spoiler* o *muyahidin*, pecados nefandos de terribles consecuencias. También se suele considerar a la productividad de la palabra como un buen indicador de que su proceso de mimetización con la lengua está encarrilado: de hecho, ya nadie piensa en el foráneo y oscuro *reset* cuando *resetea* el ordenador (o el cerebro), en *chutar* apenas si queda algún que otro tímido vestigio de *shoot*, y la sorpresa al descubrir una prenda de vestir *customizada* no nos la da la palabra que usamos para describirla, precisamente.

En el extremo opuesto de ese espectro cuajado de *likes, startups, smartphones* y *lowcosts* los manuales ubican a los xenismos que, a quienes seáis tan *millennial* como yo, seguro que os traen a la cabeza a cierta princesa guerrera que repartía mandobles a diestro y siniestro en las mañanas de sábado de nuestra infancia. Lo cierto es que la asociación mental no es tan peregrina como parece: en ambos casos hablamos de exotismo y misterio con un punto de mala leche, que siempre viene bien para animar el cotarro. Un xenismo es un préstamo que no solo presenta una ortografía ajena a nuestro idioma, sino que además remite a una realidad que nos es culturalmente lejana. Nos referimos a palabras como *ushebti, chajchas, kransekake* o *maulana* que sí, de acuerdo, a simple vista cuesta creer que vengan en son de paz, pero que seguro que, como pasaba con Xena, son buenas chicas y bajo esa capa de belicosidad y furia esconden un buen fondo y unas ganas locas de hacer el bien.

Esto es, a grandes rasgos, lo que nos dice la tradición y los próceres de la lengua: que los préstamos léxicos se pueden ubicar sin problema en algún punto entre el *ushebti* y *el reseteo,* y que esa ubicación incide directamente en sus perspectivas de asimilación en la lengua: cuanto más cercano a *reseteo*, más posibilidades de que perdure y se asimile sin grandes traumas; cuanto más cercano a *ushebti,* más posibilidades de que, como haría la princesa Xena, se dé media vuelta y emprenda el camino a nuevos destinos después vencer en una batalla puntual. Sin embargo, y tal y como nos pasaba con los demás neologismos de los que ya hemos hablado, es difícil encajonar a los préstamos en categorías tan bien definidas. Hablamos, para variar, de palabras en proceso, en constante mutación, que tenemos que intentar abordar aceptando las brumas de su naturaleza, sin intentar disiparlas de un manotazo. De lo contrario, no podremos entender ni aceptar que llevemos un lustro llamando *smartphone* a nuestros teléfonos móviles modernos sin despeinarnos, y cada vez con más naturalidad: convendréis conmigo en que la norma ortográfica y la pronunciación de este préstamo distan mucho de lo que podemos identificar como normativo en nuestro idioma. De hecho, desde 2014 la norma dice que la opción adecuada es *teléfono inteligente*, pero ni eso, por el momento, ha logrado hacer que los hablantes abandonen la opción aparentemente más extraña: ¿convierte eso a *smartphone* en un préstamo al mismo nivel que *ushebti*? Si atendemos a la clasificación canónica, probablemente. Si nos guiamos por la realidad de su uso… ni de broma.

Los umbrales de aceptabilidad y adecuación de las palabras que importamos de otros idiomas bailan constantemente, sujetos a tantos factores como hablantes tiene una lengua. El conocimiento compartido y los acuerdos tácitos de inteligibilidad que se establecen en el seno de una comunidad lingüística marcan el ritmo pausado y silencioso, sí, pero también implacable, de la puesta al día de su idioma. Es un ritmo lento porque armoniza sentires muy diversos, que se desarrollan a varias velocidades y en planos muy desiguales, pero también inexorable: una vez que se activa, cuesta mucho detenerlo.

Por ese motivo, aludir a una noción tan difusa y debatible como «cultura» para sustentar nociones como *xenismo* es, como poco, arriesgado. Existen numerosos ejemplos de unidades con ortografía poco usual y significado aparentemente exótico que han terminado por mimetizarse en nuestra lengua: decoramos teniendo muy en cuenta el *feng shui* que nos transmiten nuestros muebles*,* practicamos *tai chi* en los parques*,* o nos horrorizamos ante la masacre de los *rohingya* sin sentir extrañeza frente a las palabras que nos permiten nombrarlos ni caer en la cuenta de las brechas culturales que salvamos al hacerlo. Un día fueron palabras marcianas para nosotros, tanto como las nociones a las que remitían… hasta que dejaron de serlo. Quizá esas supuestas brechas culturales no sean tales; quizá las realidades que se esconden tras las palabras que nos afanamos en meter en el cesto de los préstamos invasores no sean tan lejanas como nos parece y, en lugar de centrarnos en la extrañeza y las dudas que nos provocan, debamos pararnos a pensar en las circunstancias y el mundo que las ponen a nuestro alcance.

Las señales que nos advierten de la neologicidad de un préstamo son muy similares a las que lo hacen con otros neologismos que encajan mucho más en los cánones de aceptabilidad que asumimos como convenientes: al igual que pasaba con los neologismos formales y semánticos, nuestro bagaje personal y conocimiento del mundo nos permiten reconocer la palabra y ubicarla en nuestro universo según nuestras circunstancias: es eso, y no los kilómetros que nos separan del lugar en el que se dijo por primera vez, lo que determina lo extraña que nos parezca y la sorpresa que nos provoque.

Además, ya sabemos que los neologismos son como Madonna: les encanta reinventarse y saltarse a la torera cualquier intento de encajonarlos dentro de una clasificación. Los préstamos no son una excepción, y coquetean constantemente con los demás procedimientos de creación léxica, lo que genera híbridos deliciosos que hablan de la plasticidad del idioma y de su capacidad para hacer de su capa un sayo en cuanto tiene ocasión. Llamar *trumpeteros* y *trumpeteras* a los seguidores del presidente de los Estados Unidos, que-no-debe-ser-nombrado, es un ejemplo bastante ilustrativo de ello: añadimos un sufijo a un nombre propio de ortografía poco común, y al mismo tiempo, aprovechamos la analogía formal con otra palabra previa (*trompetero -ra*) para crear un neologismo que, por su transparencia y sonoridad nos recuerda al *confitamiento* del que hablábamos al principio del capítulo. Del mismo modo, no tenemos reparos en utilizar *gamificación,* para hablar de una de las nuevas formas de enseñar en las aulas: a la palabra inglesa *game,* ‘juego’, añadimos nada menos que tres afijos del español que, a nuestros ojos, encajan a la perfección, *-fic-, a-* y *-ción*. Es cierto que el hecho de que exista *gamification* en inglés ayuda, pero la realidad es que, *a priori*, ese *gami-* es de todo menos español, y que ello no impide que la palabra funcione sin problema.

Cuando hablamos de préstamos, los caminos de la reinvención no tienen por qué ser únicamente formales: también los cambios de significado hacen que este tipo de neologismos se reinventen. Por ejemplo, cada vez es más común leer y escuchar a gente definiendo como *sudokus* a situaciones particularmente complejas o difíciles de gestionar: la palabra vino del japonés para denominar a un pasatiempo muy concreto, típico del país nipón (¿sería *sudoku* un xenismo, por la particularidad cultural que entraña su significado original?) y, gracias a una metáfora, está empezando una nueva vida léxica.

Ahora bien, a pesar de las bondades de los préstamos y de lo mucho que ayudan a enriquecer, versatilizar y actualizar las lenguas, su uso y asimilación puede irse de las manos y derivar en problemas que vayan mucho más allá de la supuesta integridad de un idioma, y que tienen más que ver con sus hablantes y sus circunstancias en un mundo como el actual, tan global como desigual, y cada vez más polarizado.

Si las lenguas orbitaran unas en torno a las otras, en una especie de sistema solar gigantesco, el centro estaría ocupado por el inglés. A su alrededor gravitarían otro puñado de lenguas con cierta hegemonía cultural y económica (francés, español, alemán, chino, japonés o ruso…) que, a su vez, tendrían unos cuantos satélites, (las lenguas con un gran número de hablantes, normalmente asociadas con identidades nacionales) en torno a las cuales también girarían pequeñas lunas y cometas: las lenguas periféricas (aquellas con un bajo número de hablantes y sin el respaldo de una entidad nacional potente). La dinámica que se desprende de este sistema en las circunstancias actuales es simple: cuanto más periférica sea la situación en la que se encuentre una lengua, más dependiente será del resto. El inglés iluminará a todas, pero, por ejemplo, el córnico (que se habla en Inglaterra), el ainu (que se habla en Japón) o el gangte (que se habla en India), poco más que pequeños cometas revoloteando en los límites del sistema, tendrán una incidencia insignificante en ese baile de órbitas, en el que ningún planeta mínimamente grande necesitará de su presencia para seguir girando. El trasvase de términos desde el inglés hacia las periferias de ese sistema será constante, inevitable y en muchos casos, necesario para asegurar la pervivencia y adaptación de esos pequeños cuerpos celestes al presente, pero también implicarán una peligrosa asimilación cultural, una concepción del mundo marcada por un único modelo: las palabras, a veces, las carga el diablo.

En español no llegamos al extremo del córnico o el gangte: somos uno de los planetas más grandes de ese sistema y nuestro tamaño nos asegura un grado de autonomía y vitalidad envidiable, pero también corremos el riesgo de que, al importar palabras indiscriminadamente de otros códigos (especialmente del inglés), traigamos con ellas muchas otras cosas. Cosas que no serán perjudiciales *per se*, pero que sí que irán arrinconando a nuestro idioma y limitando su validez y aceptación para hablar de según qué temas y en según qué contextos. El inglés ya nos ha ganado mucho terreno en ese sentido: cualquier científico o científica hispanohablante debe manejarse en ese idioma con la soltura suficiente como para comunicar sus descubrimientos. De lo contrario, serán irrelevantes para la comunidad internacional. Es obvio que no podemos dar la espalda a esa realidad y que debemos amoldarnos a ella (y oye, por el camino, aprender inglés, que nunca sobra), pero tampoco podemos perder de vista un hecho incontestable: cualquier lengua es igualmente apta y válida para hablar de cualquier cosa, y los motivos que hacen que prefiramos a unas sobre otras para hacerlo son totalmente arbitrarios y coyunturales. Pensar que un idioma es más limitado que otro para hablar de física cuántica, trenes o croquetas de jamón es, por un lado, alimentar prejuicios que desembocan en la discriminación de quienes lo hablen y, por el otro, ignorar de un plumazo la capacidad de las lenguas de actualizarse y adaptarse a las nuevas realidades a través de, principalmente, los neologismos.

* 1. **Calcos: los neologismos Mata Hari**

Un momento, ¿no habíamos dicho que tres patas? ¿Qué pinta aquí un cuarto epígrafe? Es más necesario de lo que pudiera parecer: durante todo este capítulo no hemos parado de comprobar hasta qué punto es limitado (y frustrante) intentar encajonar los diferentes modos de crear neologismos en compartimentos estancos, y lo cierto es que, si hay un tipo de palabra que se lleva la palma a la más inclasificable, son los calcos.

Pocos procedimientos de creación neológica tienen un nombre tan atinado: al leer «calco» recuerdo mis intentos frustrados por dibujar decentemente en primaria, la fascinación que sentí el día que descubrí el papel de cebolla… y el chasco al comprobar que, por mucho que me basara en el original hasta el extremo de dibujar sobre él, el resultado no terminaba de dar el pego totalmente… exactamente igual que lo que sucede con los calcos.

Pero ¿qué es un calco? Es una palabra de nuestra lengua cuya configuración, ya sea formal o semántica (o ambas a la vez) depende directamente de una palabra existente en otro idioma. A veces, el hilo que la une a su palabra nodriza es tan fino que apenas lo vemos, o hace tanto tiempo que las anudó que ni lo recordamos. Pero estar, están. Y nos informan de vínculos y dependencias entre lenguas mucho más subrepticios que los que nos dejan entrever los préstamos.

Los calcos son palabras especiales, misteriosos objetos léxicos de múltiples aristas que aglutinan en su naturaleza neológica rasgos de innovación formal, semántica y supeditada a otras lenguas. Sin embargo, no todos participan de las tres características por igual: el influjo sutil de una palabra foránea es la base sobre la que pueden descansar, por ejemplo, creaciones en las que se combinan elementos formales que, aunque conocidos por los hablantes, nunca antes se habían juntado para nombrar una realidad. El caso más canónico (y paradójicamente, uno de los menos exitosos) es el de *balompié*, en el que se copia la estructura de la palabra original inglesa *football* (*foot,* ‘pie’; *ball,* ‘balón’) para dar con el equivalente en español. Se trata de un esquema que se siguió también con otros deportes, como *balonmano* (*handball*) y *baloncesto* (*basketball*). Sabemos que el préstamo *fútbol* acabó por ganarle la partida al intento patrio de denominar al deporte en cuestión (y que me perdone la hinchada del Real Betis Balompié…), pero quizá no seamos conscientes de que *hándbol* y *básketbol* también gozan de un uso relativamente extendido en variantes del español no peninsular… justo lo contrario que pasa con nuestro *voleibol*, que en otras latitudes se conoce como *balonvolea.* Préstamos y calcos siempre van de la mano, condenados a entenderse y, en muchos casos, a competir por ser la opción más eficiente y adecuada para denominar nuevas realidades. Existen infinidad de calcos de este tipo tan insertados en nuestra lengua que apenas sí conservan un mínimo vínculo con la palabra foránea en la que se basan, como *rascacielos* (*skyscraper*), *disco duro* (*hard disk*) o *correo electrónico* (*e-mail*). En otros aparecen ciertas licencias que dificultan aún más rastrear el origen, como sucede con *cazatalentos,* que es un calco de *headhunter…* cuyo calco literal sería *cazacabezas* y mirad, calcos sí, pero abrazar el jibarismo todavía no es tendencia en nuestra comunidad de hablantes, la verdad.

Los calcos actúan como espías en tiempos de guerra fría: se cuelan en los lugares más insospechados con total naturalidad y rara vez muestran abiertamente su identidad completa, pero eso no les hace renunciar al vínculo con su origen. En esa inserción tan impecable tiene mucho que ver el uso de formantes ya conocidos por los hablantes y su adecuación a esquemas neológicos muy recurrentes (recordemos las composiciones verbo + objeto que tantos insultos gloriosos nos daban y que sustentan sin problema a *cazatalentos* o a *rascacielos,* por ejemplo). La familiaridad formal reduce el factor sorpresa de los hablantes y los ayuda a ubicar la nueva noción en su marco mental sin demasiado esfuerzo. Pero no solo los formantes contribuyen a que este tipo de calcos sean tan camaleónicos: el hecho de que las realidades a las que remiten sean cercanas también ayuda. Puede que cuando se empezó a hablar *rascacielos,* hace más de un siglo, la idea de construir un edificio tan alto que rozara las nubes se antojara fantasiosa en el imaginario de los hispanohablantes y eso creara cierto aura de extrañeza en torno a la propia palabra, más asociada con Manhattan, Chicago o cualquier ciudad estadounidense poseída por la fiebre del acero que tan radicalmente cambió la fisonomía de las urbes norteamericanas a principios del siglo xx, pero el paso del tiempo acabó por hacer que tanto de los edificios altísimos como la manera de llamarlos ya no fueran tan extraños. Y si no, que se lo pregunten a los que veranean en Benidorm.

También existen calcos en los que el componente que marca la novedad, además del vínculo con alguna palabra de otro idioma, es de tipo semántico: decimos que *aplicamos* a un puesto de trabajo (y no que lo solicitamos), o que alguien tiene una enfermedad muy *severa* (y no muy grave)porque la similitud formal que existe entre *apply* y *aplicar,* o entre *severo* y *severe* nos lleva a asumir que ambas significan lo mismo. Las analogías que se establecen en estos casos fuerzan a palabras de nuestro idioma a hacer hueco a nuevos significados, de tal modo que, por ejemplo, las *agendas* ya no son solo las libretas donde anotamos lo que tenemos que hacer, y donde nuestros ancestros apuntaban los números de teléfono, (¿existe algo más *vintage* actualmente que una agenda telefónica en papel?), sino que ha pasado a designar también los planes a medio o largo plazo en ciertos contextos, como deducimos de sintagmas neológicos como *agenda social* o *agenda climática.* Tampoco *digital* sirve ya únicamente para hablar de cosas que tienen que ver con nuestros dedos, sino que se ha convertido en sinónimo de *tecnológico* y, en según qué contextos, incluso de *virtual.*

Este tipo de palabras recibe el nombre de cognados: pertenecen a diferentes idiomas y comparten origen etimológico, lo que les hace tener un aspecto similar, pero su significado ha evolucionado de forma diferente. Y sí, aunque traicioneros y taimados, son también una fuente de neología. Suelen aparecer por sorpresa cuando todo está en calma, hablando de cosas que no terminas de entender y que sospechas que ellos tampoco tienen muy claras. En efecto, has acertado: actúan exactamente igual que tu cuñado, que, por otra parte, no deja de ser un cognado de la palabra *cognate*, es decir, *cognado* en inglés. Nunca hay que subestimar la ubicuidad de los cuñados y de su universo.

Afortunadamente, también hay calcos semánticos libres de cuñados, en los que las dos palabras enlazadas no son prácticamente gemelas. Llamamos *cumbres* a las reuniones de los líderes mundiales porque en inglés se llaman *summit,* que también es la palabra que designa a las partes altas de las montañas, o hemos adoptado el adjetivo *inteligente* como sinónimo para denominar a nuestros dispositivos electrónicos al trasvasar el nuevo significado de *smart* en inglés, que, además de usarse para designar a personas particularmente espabiladas, también se ha adoptado como adjetivo para definir aparatos interactivos y capaces de conectarse a Internet. Los calcos de este tipo no se reducen al plano léxico, ya que se pueden colar en expresiones, estructuras de frases… que hacen que la gente ya no se muera de ganas de ver sus series favoritas, sino que, directamente *no pueda esperar* a poder bajárselas de su plataforma preferida. Ese *no puedo esperar* es una traducción literal del *I can’t wait* inglés, que es lo que se dice en ese idioma cuando, precisamente, te mueres de ganas de hacer algo. El inglés es una lluvia constante, a veces torrencial, a veces silenciosa, que permea en el idioma por todos sus flancos.

Ya sean de corte más formal o semántico, los calcos son actualizaciones de la lengua que apenas nos generan sorpresa, ya que reconocemos los formantes y nos permiten una cierta analogía con palabras que ya conocemos, lo que nos hace sentirnos familiarizados con sus significados. No deja de ser curioso que sean las palabras nuevas capaces de aunar más tipos de innovación diferentes en su esencia y que, al mismo tiempo, casi no activen nuestros radares de neologicidad. A fin de cuentas, y como ya vamos viendo, la neología es, en esencia, una feliz, fortuita y sorprendentemente familiar conjunción de paradojas.

**3. Neologicidad: el quid de la invención**

Una larga fila de neologismos, heterogénea y silenciosa, se extiende por la acera. Es temprano y el sol no ha terminado de salir, así que muchos se encogen bajo sus cazadoras y buscan refugio pegándose a los edificios junto a los que se alinean. Se respira una mezcla de silencio y expectación contenida: saben que solo unos pocos serán los elegidos y, aunque no tienen muy claro qué se espera de ellos, repasan mentalmente su currículum, intentando disimular lagunas y adelantándose a los silencios incómodos que puedan surgir durante la entrevista. Repiten en voz baja frases vistosas que les ayuden a lucirse a la hora de la verdad mientras luchan por mantener la calma o que, al menos, los nervios no se les noten demasiado. Cuando se abran las puertas y empiecen a pasar, uno a uno, frente al jurado de hablantes, apenas tendrán una única oportunidad de convencerlos de su utilidad y relevancia.

Los neologismos de la fila son conscientes de que no existen fórmulas mágicas que garanticen que vayan a pasar el *casting*, y por eso están tan nerviosos. Todos saben que siempre hay truquitos que pueden ayudar (una tilde por aquí, un guiño a la actualidad por allá, un formante de origen culto, que siempre da pedigrí…), pero lo cierto es que cuesta encontrar un patrón al que respondan los grandes triunfadores de *casting*s previos. De hecho, el éxito más rutilante lo suelen lograr aquellos que llegan de tapadillo, sin apenas posibilidades teóricas de éxito y que, de pronto, dan el campanazo. Algunos recuerdan casos legendarios, como el de *webcam*, por la que nadie daba un duro, con su uve doble inicial y su género poco previsible para la gente que no hablara inglés, por no hablar de la competencia feroz de su prima *cámara web* y ahí la tenemos: más de quince años de uso ininterrumpido y estable. Los más preparados también advierten de lo que le pasó a *tableta,* en sus tiempos conocida como «la esperanza blanca de los calcos» que se presentó a las pruebas con todas las de ganar frente a su rival *tablet,* y que, contra todo pronóstico, lleva casi una década luchando por imponerse… sin terminar de vencer. Un duelo similar al que están librando *millennial,* *milenial* y *milénico, -ca,* especialmente reñido y últimamente en boca de todos, del que no se sabe muy bien quién acabará saliendo vencedor. Todo está en el aire hasta que llega el momento de la verdad y, de una en una, cada palabra nueva se enfrenta al implacable escrutinio de la comunidad de hablantes.

En ese momento crucial, todo dependerá de un clic mental colectivo, tan sutil como trascendental: no se trata de convencer a algún miembro del jurado de que el neologismo de turno sí que vale, sino de generar una especie de catarsis léxica común que convenza con rapidez a un grupo de hablantes de la relevancia y la pertinencia de la palabrita en cuestión. Si ese clic se produce, el jurado dará un empujón vital al afortunado neologismo que lo catapultará hasta unas cotas de estabilidad y uso inéditas para él.

Las palabras nuevas no tienen carta libre para presentarse frente al jurado un número ilimitado de veces. Podrán repetir, sí, pero cada vez que reciban un arqueo de cejas, un silencio incómodo, una pregunta sobre su significado o una corrección apresurada se irán haciendo más y más pequeñas, marcadas por el estigma de lo endeble. Además, el tiempo es oro: los neologismos que no pasan esta reválida al primer o segundo intento se marchitan a toda velocidad y, aunque no tienen por qué desaparecer, se cubren de un barniz de nostalgia que los convierte, en el mejor de los casos, en curiosas piezas de museo que nos hacen sonreír con añoranza. Que le pregunten a *efectiviwonder* y a *cantidubi,* que saben mejor que nadie de qué estamos hablando.

Revisar todo el abanico de procedimientos de creación léxica en el capítulo anterior nos ha servido para hacernos una idea de la diversidad de estrategias que, como hablantes, tenemos a nuestro alcance para construir nuevas palabras. Hemos visto cómo la forma y el fondo se articulan y complementan, a veces dándose la espalda, a veces trenzándose con armonía, para acuñar pequeños engendros con los que poner nombres al mundo. Sin embargo, también hemos constatado lo difícil que resultaba encontrar ejemplos que solo se correspondieran con una única vía de innovación, que encajaran en una única categoría. Cualquier neologismo de los que hemos tratado en el capítulo anterior, desde *casito* hasta *smartphone*, pasando por *espantatiburones* o *confitamiento,* estaba salpicado de innovaciones semánticas y morfológicas, de influencias de otras lenguas, incluso de confusiones y juegos de prestidigitador más o menos intencionados que nos confirman que las estratagemas de las que nos valemos para ir poniendo al día nuestros modos de nombrar son ineludibles, sí, pero también tremendamente escurridizos. Tenemos a nuestra disposición un enorme cajón de sastre rebosante de mecanismos de creación léxica permanentemente entrelazados, pero lo cierto es que, si queremos dar con la clave de la neologicidad, con lo que se esconde tras ese clic silencioso y colectivo tan anhelado por las palabras nuevas que hacen cola en el *casting*, quizá debamos dejar de intentar sacar una única vía de innovación de ese cajón y aceptar que todas forman parte de una maraña endiabladamente difícil de desenredar.

En cualquier caso, incluso aceptando que la neologicidad nace de un todo tan caótico y que como hablantes desempeñamos un papel crucial en su configuración, sigue siendo un concepto intangible y esquivo. ¿Cómo accedemos a ella? Podríamos decir que si la neologicidad es la emisora que queremos escuchar, los procedimientos de creación léxica serían la radio que nos permite sintonizarla. Nuestra intuición lingüística, nuestro bagaje y conocimiento del mundo y, en general, la coyuntura y el marco social y emocional en el que existimos, hacen girar las ruedecillas de la morfología y la semántica cuando nos topamos con palabras desconocidas. Es muy probable que la mayor parte del tiempo no escuchemos más que un sonido entrecortado y crepitante, salpicado de voces lejanas que no nos dirán gran cosa. Sin embargo, llegará un momento en el que, cuando menos lo esperemos, demos con una señal fuerte, y la nueva palabra inundará nuestra mente con la máxima potencia evocadora que le sea posible proyectar.

Una conexión tan poderosa necesitará ondas ocultas bajo los atributos más visibles del neologismo: su forma externa, o sus usos más comunes no serán más que la carcasa gracias a las que percibiremos esas vibraciones tan arcanas. Y ahí, en ese momento, la neologicidad empezará a ganar peso, porque saltará de la percepción a la propagación, de la mente individual del hablante que logra sintonizar la emisora correcta a la conciencia lingüística colectiva de la comunidad a la que ese hablante pertenezca. Al descifrar esas ondas misteriosas decidiremos si nos merece la pena o no convertirnos en amplificadores de su frecuencia, haciendo reverberar en infinitas direcciones la esencia neológica que acabemos de desentrañar. Somos responsables de la proyección y de la vida de las palabras que usamos: al replicar la señal neológica en nuestras conversaciones, en nuestros correos electrónicos o en nuestros tuits no creamos la realidad, pero sí que contribuimos a anclarla en el imaginario colectivo de formas muy determinadas. Sin neologismos, el mundo en el que vivimos y las nuevas realidades que lo van poblando existirían, sí, pero ¿qué relevancia tendrían, qué papel desempeñarían en nuestras vidas, si no pudiéramos acceder a ellas? Las palabras, y en especial las que llevan menos tiempo en nuestra lengua, nos ayudan a desenredar nuestras realidades inmediatas y a darles una forma amigable, digerible para nuestra intuición y adaptada a nuestras necesidades individuales y colectivas. No lo podemos olvidar: somos jueces de palabras y de nuestras decisiones depende que los nerviosos neologismos que se presentan ante nosotros gocen de dilatadas y exitosas trayectorias o que caigan en el entredicho y, en última instancia, la irrelevancia y el olvido.

Frente al arbitrio caprichoso de nuestras decisiones y a la misteriosa magia de la sintonización a través de las ondas neológicas, cualquier predicción sobre el éxito de una palabra necesitará conjugar todas las variables que acabamos de mencionar. De lo contrario será poco más que un brindis al sol, especialmente si ese vaticinio se sustenta únicamente en cuestiones como lo raro que nos parezca el idioma del que proceda la palabra en cuestión, si debemos escribirla con be o con uve o si cabe o no en un diccionario.

Ahora bien, una cosa es aceptar que la neologicidad depende de ondas invisibles, intuiciones compartidas y misteriosos arcanos de la mente y otra pretender dar con ella invocándola con una bola de cristal. Para llegar a las intuiciones, a lo que no se puede ver ni tocar, es necesario apuntalar cuestiones más concretas, observar la realidad lingüística con ojo clínico y descubrir pautas, recurrencias, cadencias que marquen el ritmo de innovación de nuestro idioma, del mismo modo que la observación de unos síntomas determinados en un paciente permite a los médicos dar con la enfermedad que le provoca dolor. ¿Por dónde empezar a buscar? Quizá sea buena idea empezar por afianzar lo que ya sabemos: el equilibrio entre recurrencia y transgresión, entre lo que es previsible y lo que se sale de la norma, es clave para encarrilar la trayectoria de las palabras nuevas y permitirles afianzarse dentro del idioma. También sabemos que en el caso de que eso suceda, las nuevas palabras irán perdiendo paulatinamente su brillo de novedad para armonizarse con el resto de la lengua que pasarán a enriquecer. Lo harán por diferentes vías: algunos optarán por adecuarse ortográficamente, otros, por delimitar su significado con exactitud. Unas pocas se centrarán en ser usadas solo en contextos muy específicos, donde serán indispensables, aunque ello conlleve que el grueso de los hablantes los desconozca. En definitiva, lo que ya hemos dicho varias veces: para que un neologismo perdure debe, en última instancia, dejar de ser un neologismo. Y para dejar de serlo, debe haber hecho gala, en un primer momento, de una neologicidad singular y genuina, rotunda, genial. Los neologismos que perduran son como las grandes estrellas del pop: sin una explosión inicial, sin un temazo categórico que no deje de sonar en las radios durante meses, difícilmente podrán acabar retirándose a su mansión de Malibú a los pocos años. Una palabra ha tenido que ser rabiosamente neológica para poder permitirse el lujo de dejar de serlo y pretender perdurar en el idioma.

Esta primera intuición sobre los equilibrios y las paradojas de las palabras recién creadas, así como los ecos que nos han ido resonando a medida que recorríamos la galería de neologismos del capítulo anterior, nos permiten atisbar ciertas pautas concretas, que van más allá de lo meramente intuitivo. Hemos visto que el aspecto externo de las palabras puede variar, sin que eso tenga por qué alterar su significado; también hemos apuntado a la diversidad de motivos que puede haber detrás del uso de una palabra, a la inevitable simbiosis que se establece con la realidad a la que denomine, e incluso hemos dejado caer que las palabras pueden tener fecha de nacimiento y hasta de caducidad. Veamos cómo estos fenómenos nos permiten atisbar, aunque sea de lejos, la neologicidad.

**3.1. Variación formal: la belleza está en el exterior**

Si algo tenemos claro a estas alturas son los tipos de formantes con los que podemos jugar para crear neologismos: prefijos, sufijos, formantes cultos, préstamos de otras lenguas… También sabemos que hay reglas, más o menos estrictas, para hacer puzles nuevos con esas piezas, y, sin embargo, con frecuencia nos topamos con rompecabezas que, con el mismo número de piezas y similar grado de dificultad, nos resultan mucho más forzados, más artificiales, menos probables que otros. ¿Por qué nos cuesta menos montar algunos puzles? y, lo que es más importante, ¿en qué radica esa supuesta facilidad de ensamblaje?

El canal por el que recibimos las palabras condiciona nuestra manera de concebirlas y propagarlas: solemos asociar la oralidad con coloquialidad, con espontaneidad, y eso hace que las palabras que nos llegan a través de las ondas sonoras se nos antojen más maleables, menos fijadas. Es obvio que el plano sonoro también genera variaciones, marcadas por las diferentes maneras que los hablantes tenemos de pronunciar las palabras, y que hay maneras de hacerlo más prestigiadas que otras, pero lo cierto es que verse plasmado en un papel o en una pantalla es una especie de reválida para cualquier neologismo. Lo que en el plano oral puede pasar más desapercibido, o tener la disculpa de la espontaneidad para camuflar los tambaleos de sus primeros compases dentro de la lengua, se pone negro sobre blanco al escribirse. Ahí no hay escapatoria; al trasladar los sonidos a signos gráficos estamos fijando una realidad léxica, convirtiendo esas palabras que el viento se puede llevar en un trazo fijo, inmóvil, que no necesitará de nuestra presencia ni de nuestra entidad para perdurar. Al escribir una palabra nueva por primera vez hacemos una minúscula muesca en nuestra lengua, insignificante, sí, pero inequívoca e imborrable, basada en nuestro bagaje lingüístico, en nuestro conocimiento de las normas ortográficas y en la consideración que tengamos de ellas, así como en nuestro sentido de la eficiencia comunicativa. Conjugando todos esos elementos, logramos cubrir el trayecto que va de las ondas sonoras al signo gráfico. Escribir un neologismo por primera vez es iniciar un camino de estandarización propio, marcar un canon que puede beber de nuestro sentido común y nuestras ganas de simplificar y organizar, pero que también está marcado por lo que hemos aprendido que se considera correcto. Un camino de estandarización propio, sí, pero también condicionado, que, casi de inmediato, se sumará a muchos otros caminos, emprendidos por el resto de hablantes, hasta formar una vía de consolidación de la forma de una palabra. Cuando un conjunto de hablantes empieza a dibujar varias vías paralelas para lograr esa consolidación, surge la variación… y nuestros radares neológicos se despiertan.

Pensemos en la batalla entre *millennial, milenial* y *milénico, -ca* a la que nos referíamos cuando hablábamos del *casting* de los neologismos: tres maneras diferentes, pero formalmente similares, de denominar una misma realidad. Si leemos las dos primeras en voz alta, es probable que no generemos sonidos demasiado dispares: la disonancia se producirá al plasmarlas por escrito. ¿Optamos por conservar la ortografía importada del inglés, con sus dobles enes y sus dobles eles que no suenan como las nuestras, o hacemos que nuestra nueva amiga encaje en la horma ortográfica de nuestro idioma? Y, puestos a que encaje del todo, ¿por qué no modificar su forma con más decisión y optar por esa tercera opción, *milénico, -ca,* que en teoría habría de fluir ya sin trabas por nuestro idioma, absolutamente mimetizada y carente de elementos que puedan chirriarnos? ¿Cuál de los tres rompecabezas nos convence más? Y, sobre todo, ¿por qué nos convence?

La inestabilidad formal que ejemplifica este trío de palabras nos habla de una etapa del proceso de estabilización y adecuación de los neologismos a la lengua, y observarla nos permite ver, de lejos, pequeñita y un poco borrosa, a esa neologicidad tan esquiva que andamos buscando. Es una fase que se da con frecuencia en los préstamos, por sus particularidades formales, pero no exclusivamente. Las normas que marcan la hipotética senda a la adecuación son arbitrarias, cambiantes e incluso contradictorias, y eso también afecta a neologismos que *a priori* deberían fluir ortográficamente como la seda. Dudamos entre *suprautonómico, -ca* y *supraautonómico -ca,* o entre *antiretroviral* y *antirretroviral*, y ahí el problema no reside en la supuesta claudicación frente a lenguas extranjeras y sus maneras de juntar letras, sino que nuestro sistema de normas ortográficas, a pesar de ser concienzudo y exhaustivo, a veces se queda sin recursos claros para estandarizar la realización escrita de la pronunciación de una concatenación de sonidos determinada. Incluso en el caso de que sí que tenga una solución, puede que, simplemente, entre en conflicto con lo que nuestro sentido común y nuestro bagaje lingüístico nos sugiere hacer. Además, existen neologismos aparentemente problemáticos desde el punto de vista formal, como *smartphone*, o *e-book,* que presentan unas tasas de variación sorprendentemente bajas. Claramente, en la estabilización formal de una palabra nueva entran en juego bastantes más factores que la mera norma ortográfica en la que queramos hacerle encajar.

Tradicionalmente, podríamos pensar que un menor número de variantes formales implica una mayor consistencia formal y, en última instancia, una entidad mucho más estable y definida como palabra, lo que favorecería su implantación y, en definitiva, su incorporación a la lengua como palabra de pleno derecho. Y tener menos contrincantes en el *casting* ayuda a pasarlo, claro que sí, pero ni todos los neologismos presentan variación formal ni aquellos que no la presentan han de tener necesariamente unos índices de implantación en el idioma mayores que los demás. Además, incluso los más fieros defensores de la estandarización no tienen más remedio que rendirse a una evidencia incontestable: la variación, en este caso formal, es la sal de la lengua.

Los neologismos más variables son los que nos permiten auscultar nuestra manera de comunicarnos con mayor detalle, adivinar los puntos ciegos, los intersticios, las nebulosas de nuestros modos de nombrar. Desde hace tres décadas, hablamos con naturalidad de lo *online* como parte fundamental de nuestras vidas. O de lo *on line.* A veces, incluso nos referimos a lo *on-line* y puede que lleguemos a maravillarnos de todo lo que hacemos *en línea.* Tres décadas de uso constante que no han terminado de arrinconar de forma definitiva a ninguna de las variantes en detrimento de las demás. Un baile de caracteres y guiones que ya no habla de inestabilidad, sino que confirma que la variación, lejos de hacer la comunicación menos eficiente, ayuda a sofisticarla y a refinarla. Quizá por ello sea más interesante analizar qué lleva a usar *online* junto, separado, con guion o traducido al español en según qué contextos y por según qué hablantes, en lugar de empeñarnos en hacer tabla rasa y uniformar la manera de nombrar la realidad. Con frecuencia nos empeñamos en perseguir una univocidad que convierta nuestras denominaciones en fórmula instantáneas para abarcar lo que nos rodea, pero ni el mundo es tan inequívoco ni las palabras que usamos para nombrarlo son tan infalibles. Es en los salientes del idioma, en sus irregularidades y periferias, donde late el cambio y la transformación que le permite reinventarse y perdurar.

La variación formal puede manifestarse de incontables maneras, que nos hablan de pautas y reglas morfosintácticas, fonológicas o semánticas. Algunos de los factores que más la espolean en los neologismos que se han incorporado a nuestro idioma recientemente tienen que ver con las alternancias en el uso del guion o con los intentos de adecuación a la norma ortográfica, que generan más neología de la que podamos imaginar.

**3.1.1. Guiones: el comodín del público**

Al hablar de las palabras como si fueran trenes, ya vimos que los vagones que las configuran pueden estar unidos entre sí mediante diferentes sistemas de enganche cuyo grado de fijación puede variar. Mencionamos férreos anclajes que hacían del convoy un todo compacto, e incluso hablamos de trenes futuristas en los que los vagones se ensamblaban gracias a misteriosas fuerzas electromagnéticas, pero apenas mencionamos el sistema que probablemente, más recuerde visualmente al enganche real entre vagones: el guion. Se trata de un signo ortográfico que tiene usos muy variados en español: más allá del de separar palabras que no caben en el mismo renglón, que es el que aprendemos en nuestra infancia y que gracias a la magia de la maquetación y la tabulación de los procesadores de textos cada vez usamos menos, se trata de un recurso clave en la creación léxica, una especie de bisagra polivalente para palabras que nos ayuda a formar compuestos como *charla-coloquio* o *baile-vermouth*, a añadir prefijos a palabras ya existentes (*pro-palestino, -na*), a préstamos (*anti-aging*) o a combinar cifras y letras, como sucede con *covid-19*, por ejemplo.

El problema es que los hablantes, a pesar de las normas que nos marcan cuándo y cómo debemos servirnos de este signo para construir nuevos puzles léxicos, existen otros motivos e intuiciones que también nos condicionan y nos llevan, por ejemplo, a escribir *hispanofrancés, -esa* en lugar de *hispano-francés* pero *hispano-visigótico, -ca,* sin juntar ambas partes nunca, o, si nos ponemos deportivos, *escolta-alero*, mientras que es menos común encontrar un guion partiendo *mediocentro* en dos*.* Tendemos a escribir *sociolaboral* junto, pero no nos tiembla el pulso para optar por *afectivo-sexual*, con una clara división gráfica. Todas estas parejas de palabras están compuestas de unas piezas de puzle muy parecidas y responden a paradigmas muy similares, y, sin embargo, no las unimos de la misma manera ¿por qué?

La respuesta reside en el hecho de que, si bien las reglas marcan un camino, nuestras intuiciones no siempre lo siguen. Los hablantes tenemos una relación de rebeldía adolescente con las normas ortográficas: sabemos que están ahí por nuestro bien, pero de vez en cuando, la pulsión de la independencia y la libertad se nos hace demasiado tentadora como para ignorarla. Una pulsión que se manifiesta con especial intensidad cuando importamos unidades de otras lenguas en las que el guion tiene un uso más extendido que en la nuestra (al menos, en teoría), y que nos hace dudar de si será igual de glamuroso hablar de *itgirls* o de *it-girls*, o de si bailamos *breakdance* o preferimos el *break-dance* (aunque en este caos, y para quitarnos el problema, solemos apostar, cada vez con más frecuencia, por bailar *break* y santas pascuas) y que nos confirma que cuando nos conectamos al *wi-fi* ( ¿o es la *wi-fi*?) nos gusta conservar el guion porque nos hace sentir más tecnológicos y modernos, quizá por la analogía con la regla ya mencionada que nos aconseja unir siglas y cifras mediante tan socorrida rayita.

Las causas de esta variación pueden estar, entre muchos otros factores, en esas analogías que despiertan en nuestra memoria lingüística, como la que acabamos de apuntar al hablar de los lazos que unen en nuestra mente a *wi-fi* con *covid-19.* También es relevante pensar en el tiempo y el rango de uso de la palabra que nos esté haciendo dudar. Basta con hacer un par de búsquedas en Google para comprobar que el gentilicio *hispanofrancés, -esa* es infinitamente más frecuente que *hispano-visigótico, -ca.* Por último,también nos veremos condicionados por las vicisitudes ortográficas a las que nos conduzca prescindir del guion. Siempre desconfiaremos de *escoltaalero* por la reduplicación de la *a* que conlleva, pero el caso es que también nos dará respeto conformarnos con *escoltalero*, porque la acronimia nos impide ver dónde acaba y dónde empieza cada una de las partes de la palabra resultante y eso, aunque a veces no dé igual, también nos puede pesar. A veces, el uso o no del guion puede acarrear otras transformaciones formales, como la que se produce en *masterclass,* que, al verse separada en *master class* y *master-class* aumenta sus posibilidades de verse escrita con una tilde en la *a* de *máster.* El guion nos ayuda a resolver papeletas neológicas complicadas, moderando nuestros vértigos y reforzando nuestro sentido de la norma y del canon, pero también animándonos a hacer encajar piezas dispares para crear pequeños engendros léxicos que, quién sabe, quizá puedan cuajar. Los guiones nos hablan de titubeos, de usos que todavía están forjándose, de parcelas de la realidad condenadas a entenderse por obra y gracia de un minúsculo trazo de tinta. Cualquier ejemplo de neologismo que nos venga a la cabeza en el que el guion sea un elemento que no nos sobra, pero que tampoco nos parece indispensable, será una ventanita por la que asomarnos a la noción de neologicidad.

Casos como el de *online/on line/on-line* y otros también muy extendidos como *playoff/play off/playoff,* o *hat trick/hat-trick* (sí, los deportes son fuente inagotable de palabras ortográficamente bailongas)nos indican que la batalla entre las variantes formales con y sin guion puede llegar a ser muy reñida. De hecho, no es preciso pensar en préstamos para comprobarlo: llamamos *ni-ni* y *nini* de forma prácticamente indistinta desde hace años a los y las jóvenes que no estudian pero tampoco tienen empleo, sin que nos terminemos de decantar por una u otra opción con rotundidad.

No obstante, y a pesar de que es evidente que los guiones pueden convertirse en comodines de quita y pon con facilidad, y que esa intermitencia nos habla de cómo los neologismos se van haciendo hueco en el plano escrito, también es cierto que, como hablantes, tenemos una ligera tendencia a unir los elementos de las nuevas palabras que estamos empezando a acostumbrarnos a escribir, en la medida en que nuestra intuición, nuestro bagaje lingüístico (especialmente las inevitables analogías que establecemos con palabras ya existentes) y el peso de la norma nos lo permite. Nos inclinamos por ensamblar los vagones de los trenes que ponemos en marcha, quizá por miedo a que, si no están bien ligados, se nos quede alguno por el camino. No solía servirse de guiones, pero recordemos lo bien que se camuflaba la neología sintagmática (*pantalones pitillo, brecha de género*) gracias a sus ligazones invisibles entre palabras. Cuando desterramos los espacios que se interponen entre los formantes de nuestras nuevas palabras y las ensamblamos a conciencia, nos es más sencillo considerarlas como un todo y, en definitiva, lexicalizarlas. De ese modo, las ayudamos a fraguar y a ganar en consistencia formal… o al menos, lo intentamos. A pesar de ello, lo interesante del asunto es que la neologicidad no tiene por qué ir de la mano de esa consistencia, y los guiones que salpican, por ejemplo, la crónica de un partido de fútbol que nos encontremos en cualquier periódico son una buena prueba de ello.

**3.1.2. Adecuación ortográfica: La sombra de la norma es alargada**

Cuando nos encontramos con más de una manera de escribir un neologismo, nuestra intuición, nuestra experiencia y, en definitiva, el sinfín de factores que define las coordenadas espaciotemporales (¿o serían *espacio-temporales*?)en las que vivimos influyen en que optemos por una o por otra como la más adecuada. Esa sucesión de decisiones va configurando un modo personal de escribir la lengua y de, en cierto modo, adueñarnos de ella, y hasta tal punto que podemos llegar a desarrollar la ilusión de que decidimos sobre nuestros usos y costumbres lingüísticas de forma autónoma e independiente, porque ¿quién conoce nuestros usos lingüísticos y es más dueño de ellos que nosotros mismos? La realidad es que existe un Gran Hermano de mil ojos que acecha, detrás de cada tilde, de cada hache o de cada grupo de consonantes que nos suena raro. La norma ortográfica, que, cual sombra de ciprés, se alarga sobre nuestros escritos, silenciosa y persistente, y nos recuerda que, si nos la saltamos, la consideración de lo que estemos escribiendo por parte de quien lo lea se verá irremediablemente afectada. Para ser efectiva, la norma ortográfica se apoya en dos principios muy básicos, pero muy efectivos: el de autoridad (si gente muy leída, respetada y elegante me dice que tengo que escribir *márquetin* y no *marketing…* ¿quién soy yo, hablante raso, para hacer lo contrario?) y el de la presión grupal (si todo el mundo lo escribe bien… ¿cómo no voy a ser correcto yo también?).

El hecho de que exista un canon previo a nuestras decisiones al escribir una palabra por primera vez nos hace posicionarnos inevitablemente como usuarios de la lengua: podemos ser *outsiders* (¿o sería *outsáiders*?) que apuesten por cierto grado de libre albedrío ortográfico (porque total, qué más da escribir *georádar* o *georradar*, si se entiende lo que queremos decir), o podemos optar por la ortodoxia y la virtud… y, como ya hemos dicho, el posicionamiento acarreará consecuencias. En cualquier caso, entre fundar el Movimiento de Liberación de las Tildes y tatuarse las excepciones a las normas de acentuación de las esdrújulas en el antebrazo existen, como imaginaréis, un sinfín de posiciones intermedias en las que nos movemos el común de los hablantes que, con nuestras incoherencias normativas y nuestro cuestionamiento de las reglas menos intuitivas, vamos abriendo grietas en la reinterpretación y actualización de lo que se considera «una buena ortografía».

Al hablar de variación y ortografía, la neologicidad se asoma en la convivencia de variantes más o menos adecuadas a las normas, y se termina colando por dos grandes huecos a los que debemos prestar atención si no queremos que se nos escape: por un lado, las variantes fruto de la aplicación de normas ortográficas poco intuitivas y, por el otro, las que serán consecuencia de los intentos por domesticar grupos vocálicos o consonánticos que percibimos como extraños o ajenos a nuestra lengua, generalmente ubicados en préstamos lingüísticos.

En el primero de los casos, las normas que más hacen bailar la escritura de las palabras recientes suelen ser las que tienen que ver con la alternancia en el uso de *j/g* (*golaveraje/golaverage*)*,* de *c*/*z* antes de *e* o *i* (*vuvucela/vuvuzela*)*,* de *r* y *rr* cuando este sonido aparece en la unión entre dos formantes léxicos diferentes(*microrelato/microrrelato)* o las vacilaciones producidas por la conjunción de más de dos consonantes seguidas (*pospandemia/postpandemia).* Las incoherencias al aplicar las normas de acentuación, especialmente en préstamos, también son una mina inagotable de variantes formales, como vemos en las alternancias de uso que se dan en *tablet/táblet,* *renting/rénting* o *conselleria/consellería*. Por último, existen variaciones de vocales (*señalítica/señalética*) o meras adiciones o supresiones de letras o de signos debido a las analogías que establecemos con otras palabras que ya conocemos: por ejemplo, dudamos entre si la ley islámica es *sharia* o *sharía* porque sabemos que es común que las palabras que acaban en *-ia* puedan llevar tilde, aunque no tenga por qué ser así siempre. Tal y como nos pasaba con los procedimientos de creación de neologismos, apoyamos nuestras decisiones ortográficas en pautas, ecos y sustratos que ya conocemos… y el problema es que ni aun así tenemos garantizado adecuarnos a la norma.

El segundo gran grupo de neologismos con variación que, cual gremlins léxicos en una noche de tormenta, se multiplican y proliferan gracias al desigual concepto de corrección ortográfica que manejamos los hablantes es el de los préstamos en proceso de adaptación a nuestro idioma. Sabemos que la inclusión de palabras procedentes de otras lenguas es gradual, y que puede ser un camino libre de tropiezos, como el que ejemplifican las transiciones formales de palabras como *spaghetti,* que se ha convertido en *espaguetis* y a la que percibimos como propia sin mayores suspicacias; *meeting,* que prácticamente ha desaparecido detrás de *mítin*;o *escáner*, que se nos hace mucho más amable que su pariente *scanner.* Sin embargo, ese camino puede tener más piedras que rosas, la mayoría de ellas provocadas precisamente por la forma en que sus etapas se solapan y porque los hablantes, que somos intuitivos, impulsivos y cambiantes, aplicamos las normas de ortografía de forma intuitiva, impulsiva y cambiante. Quién lo hubiera imaginado…. En otras palabras: el proceso que para algunos préstamos es una vía libre a la mimetización formal en nuestra lengua, para otros es un auténtico embotellamiento de variantes que pugnan por imponerse como opción prevalente… con resultados, la mayoría de las veces, imprevisibles.

En esencia, esa acumulación de variantes nace de los titubeos que nos entran cuando intentamos plasmar una pronunciación que nos suena extraña en una grafía que nos permita adueñarnos de la palabra en cuestión y, de alguna manera, domeñarla. Los casos más conflictivos son los que tienen grupos de letras cuya pronunciación no es la esperable en español, ya sean vocales (*selfie/selfi*) o consonantes (*hashtag/hastag*). También sucede con las dobles consonantes (*papparazzi/paparazi/paparazzi*) o con combinaciones que, aunque pronunciamos con sonidos a los que estamos acostumbrados, pueden adoptar una grafía que se aleja de la forma (*nicab/niqab, chikungunya/chikunguña*). Existen préstamos que son auténticos muestrarios de todo lo que puede variar, como *mujaidín/muyahidin/muyahidín/muyaidín* o *gimkhana/yincana/gymkana/gincana*[[12]](#footnote-12). Por si fuera poco, muchos de los préstamos con variaciones formales cuentan con propuestas oficiales de equivalentes en español que en teoría deberían haber eliminado ya de un plumazo cualquier titubeo ortográfico, ya que si solo dijéramos *autofoto* o *etiqueta,* y no *selfie* ni *hashtag*,el mundo sería un lugar aparentemente más sencillo y feliz, pero la realidad, una vez más, es que el uso va por unos derroteros que no tienen por qué coincidir con los de la norma.

Es interesante reflexionar sobre el impulso que nos suele invadir, al ver muchas de estas variantes, de considerar que están «mal escritas», y es que todo es mucho más sencillo cuando podemos echar mano de una regla ortográfica clara, sin excepciones, útil. Y lo cierto es que haberlas, haylas, por supuesto, pero muchas son particularmente difíciles de interiorizar o de comprender, y nos abocan a la incorrección sin tener la sensación de estar dando un salto al vacío normativo demasiado arriesgado. Podríamos considerarlo una temeridad, pero lo cierto es que es en esas transgresiones donde residen las oportunidades de abordar cuestiones más profundas e ir adaptando nuestro idioma a nuestras necesidades y a nuestro marco mental. Es difícil, y hasta injusto, reducir a la categoría de error nuestras ganas constantes de amoldar lo que decimos a lo que pensamos, porque de la variación nacen las oportunidades de las que se sirve nuestra lengua para perpetuarse en el tiempo. Cualquier titubeo normativo es una puerta abierta a la evolución, lingüísticamente hablando, y todos estos tropiezos no son más que una llamada de atención de los hablantes. La confirmación de que, si bien las normas ortográficas nos ayudan a tener un estándar al que acudir en caso de duda o de zozobra, no son más que eso: un conjunto de corsés correctores que ponen firme a la lengua y evitan que se desparrame entre los hablantes como una masa sin forma ni consistencia, sí, pero que en ningún caso son la única opción plausible, ni mucho menos, para adueñarnos de nuestras palabras y usarlas para hacernos entender. Si la ortografía fuera completamente intuitiva, tendría que permitirnos salvar cualquier desnivel entre lo que decimos y lo que escribimos sin que ninguna otra alternativa nos pareciera factible, y la retahíla de ejemplos que acabamos de mencionar nos dicen justamente lo contrario.

Dejar las decisiones ortográficas al arbitrio de la intuición de los hablantes puede parecer una postura temeraria e incluso radical, pero lo cierto es que, en lugar de atomizar la lengua y convertirla en un galimatías donde todo vale, es curioso observar cómo de ese caos surgen con frecuencia pautas que organizan las palabras y que, en consecuencia, acaban por favorecer la estabilidad formal de los neologismos allá donde la norma ortográfica no es capaz de llegar… o llega de una manera que, simplemente, no nos acaba de convencer. Sucede, especialmente, con los préstamos. Por ejemplo, es más fácil que seamos consistentes al escribir una palabra que viene de otra lengua si tiene una estructura formal similar a otras que ya usamos. Así, los niveles de variación al usar guion en palabras como *e-commerce, e-business* o *e-book* son sorprendentemente bajos… porque tenemos *e-mail* incrustado a fuego en nuestro cerebelo. También empieza a apreciarse esa tendencia en todas las cosas *smart* que nos rodean (*smartphone, smartwatch, smart TV…*), que rara vez escribimos con una *e* inicial, algo que sí que hacemos con mucha más decisión en *escáner* o *espóiler*, por ejemplo.

Otro factor que reduce la variación formal es la adaptación sistemática de grafías procedentes de otros alfabetos. Es curioso, porque solemos pensar que las lenguas que se escriben con grafías que no son las nuestras hablan de conceptos extraños, exóticos, prácticamente imposibles de trasladar a nuestro código (recordemos a los xenismos y a su fiero aspecto), pero lo cierto es que una de las lenguas de la que importamos palabras con menos complejos y mayor consenso ortográfico es el japonés, que no se habla precisamente a la vuelta de la esquina y que nos ha dado neologismos tan poco conflictivos desde un punto de vista ortográfico como *ikebana, wasabi* o *emoji.*

Por otra parte, los préstamos que se usan en contextos muy definidos y remiten a significados muy específicos también tienen un mayor índice de consistencia formal. Es como si al hablar de cuestiones particularmente complejas pensáramos que, si las escribimos siempre de la misma manera, quizá ayudemos a quien nos lee a entenderlas mejor. Y no es necesario acudir a sesudos libros sobre temas muy especializados para comprobarlo: basta con echar un vistazo a las páginas de economía de cualquier periódico para encontrarnos con palabros tan estables como *due diligence, credit default swap* o *scrip dividend*. ¿Intuitivos? No. ¿Fáciles de entender? Tampoco. ¿Poseedores de una estabilidad ortográfica que ya quisiera para sí el adverbio *solo*? Absolutamente.

Al final, todos estos ejemplos nos hablan de una misma cosa: las vicisitudes que atraviesa cualquier palabra para algo tan esencial como adoptar una forma mínimamente definida con la que quedar fijada en nuestros escritos. Una cuestión que nos habla de neologicidad y que, a juzgar por abanico de posibilidades que se despliega ante nosotros, seguro que es un gran quebradero de cabeza para los neologismos que hacían cola a las puertas del *casting* del principio de este capítulo. Muchos de ellos tendrán en su ortografía una de las principales lagunas de su currículum… aunque también hemos comprobado que no les faltarán recursos y desparpajo para disimularla en el momento de la verdad.

**3.2. Motivación: por qué lo llaman estilo cuando quieren decir necesidad**

Llevamos unas cuantas páginas sobrevolando una idea que puede parecernos una obviedad pero que, sin embargo, no está tan clara, y además encierra buena parte del quid de la neologicidad. Hemos asumido que los neologismos son palabras que nos ayudan a nombrar las realidades que nos rodean, sí, pero ¿son todos ellos igual de necesarios? ¿Surgen por los mismos motivos? Y, sobre todo, ¿cómo podemos distinguir las razones que se esconden detrás de su creación?

A la luz de todo lo que hemos visto hasta ahora, no parece osado afirmar que cualquier neologismo responde a la necesidad de denominar una nueva realidad, es decir, que tiene una motivación referencial, porque nos sirve para referirnosa algo. Sin embargo, también hemos constatado una cierta necesidad expresiva que, influida por la moda, la cultura o nuestra mentalidad, aliña las nuevas palabras y con frecuencia les hace tener un cierto carisma propio que abre la puerta a significados particularmente evocadores o a ecos de otras realidades especialmente vistosas. En definitiva, existen neologismos que aumentan nuestra complicidad compartida y nos dibujan una sonrisa que nos habla de muchas más cosas que una mera motivación referencial. Desengañémonos: detrás de *trumpetero -ra* o de *confitamiento* hay mucha más miga que la simple necesidad de nombrar a los seguidores del presidente que-no-debe-ser-nombrado o al hecho de que durante el confinamiento nos pusiéramos las botas. Por tanto, una cosa es la necesidad y otra, la utilidad, y los neologismos tienen tanto de respuesta a necesidades como de estrategias condicionadas por la situación comunicativa en la que los pronunciemos o los escribamos. En un contexto informal, *confitamiento* nos parecerá una opción estupenda, pero seguro que la miraríamos con recelo si nos la encontráramos en un artículo de investigación sobre la relación entre la crisis del coronavirus y los hábitos alimenticios de la sociedad, por ejemplo. Las palabras buscan su acomodo en uno u otro registro de uso, y eso también da forma a su periplo dentro de la lengua.

Distinguir entre utilidad y estrategia podría ser un buen paso para empezar a desbrozar qué nos lleva a crear nuevas palabras, pero también tiene consecuencias inesperadas. Si asumimos que unos neologismos son más necesarios que otros, estableceremos una doble categoría de palabras nuevas. Por un lado, estarían las de primera división, que rellenan auténticos vacíos léxicos y que salvan a los hablantes de caer por oscuros precipicios de silencio e inexactitud denominativa, y por el otro, tendríamos los neologismos de serie B, que simplemente sirven para copiar los usos y maneras de otras lenguas de forma prescindible y veleidosa o, en el mejor de los casos, juguetear con el idioma para demostrar nuestro ingenio. Si tomamos esta división por buena, ¿quién en su sano juicio defendería el uso de *coworking* cuando podemos decir *cotrabajo*? ¿Qué sentido tiene optar por *fracking* cuando *fractura hidráulica* nos soluciona la papeleta? Llamar *paganinis* a los contribuyentes de clase media es, sin duda, ingenioso, pero ¿realmente estamos hablando de una palabra necesaria? Por si fuera poco, si a este razonamiento añadimos el factor de la aceptabilidad y la adecuación a la norma, algo que, como ya hemos visto al hablar de la variación formal, es uno de los santos griales de la neología, no nos será difícil concluir que un neologismo carece de utilidad si remite a una idea para la que ya tenemos denominación previa, aunque existan motivos estilísticos que hayan propiciado su aparición. Las florituras léxicas pueden funcionar en según qué contextos, pero a la hora de la verdad, los neologismos importantes son los realmente necesarios para la comunicación.

Pues no. Me niego a pasar por ese aro. Cualquier neologismo es una preciosa criatura de la creación y, como diría mi abuela, algo habrá hecho para llegar hasta donde está. Y mi abuela y yo no somos los únicos que pensamos así; distinguir entre neologismos que hacen falta y neologismos de postureo cada vez recibe más objeciones, por lo ficticio que resulta el carácter excluyente de ambas categorías y por lo inconsistente que puede llegar a ser su aplicación. Por ejemplo, hay quien alega que los llamados neologismos estilísticos tienen un uso y una implantación más reducida que sus *alter ego* supuestamente necesarios, cuando lo cierto es que, por ejemplo, la implantación y presencia de *micromecenazgo* en nuestra cotidianeidad está bastante lejos, por el momento, de equipararse a la de *crowdfunding.*  *Micromecenazgo* es un neologismo divino, con sus ecos de filantropía elegante y distinguida aderezada con un prefijo de origen griego que nunca está de más, pero a pesar de su indudable pedigrí y sus buenas intenciones, sigue sin ganar la partida a *crowdfunding*,que, con su oscura ortografía y su más que hostil pronunciación, continúa llevándose el gato al agua. Y no niego que, de acuerdo con ciertas premisas, una opción sea mejor o, al menos más preferible que la otra, pero una cosa está clara: ambas tienen una motivación, una razón de ser, frente a la que no caben juicios de valor. No son mejores ni peores, tampoco imprescindibles, ni las únicas opciones posibles para nombrar una misma parcela del mundo; simplemente parten de puntos diferentes para cumplir con ese cometido.

Pero claro, si tradicionalmente nos hemos afanado en clasificar las palabras y ordenarlas de acuerdo con criterios inamovibles, la tentación de abrazar una dilogía tan sencilla es muy grande: o blanco, o negro; o son neologismos buenos, o malos. ¿Cómo superar una división tan inequívoca y observar los motivos de la creación léxica con unas gafas nuevas? Quizá convenga, para variar, no tomar a las palabras como objetos aislados que se estudian metidas en una vitrina, y observar el entorno que las arropa. ¿Quién las usa? ¿En qué contextos? ¿Qué palabras aparecen con frecuencia cerca de ellas? Decía el lingüista Julio Casares que las palabras son como las mariposas: si las atrapamos podemos verlas en detalle y apreciar todos sus colores, pero perderemos la oportunidad de disfrutar de su aleteo y, en consecuencia, cualquier conclusión que podamos sacar sobre ellas será irremediablemente parcial. Para entender un neologismo, lo peor que podemos hacer es disecarlo, y lo mejor, empezar por comprobar las circunstancias y el alcance de su uso: una palabra nueva utilizada por más de un individuo en diferentes contextos y a lo largo del tiempo, responde a una necesidad denominativa de una manera más clara que aquella usada solo por un autor o en un tipo de contexto muy limitado. Por lo tanto, su motivación es mayor. Basarnos en una premisa como esta, objetiva y hasta cierto punto medible, puede ayudarnos a desbrozar los neologismos sin caer en el concepto de «necesidad», que siempre tendrá una carga ideológica y parcial mucho mayor.

Bueno, pues ya está, pensaréis: cuanto más se use un neologismo, más motivada estará su existencia. Ojalá fuera tan fácil: el uso es un parámetro incontestable, sí, pero no el único. También es necesario tener en cuenta, por ejemplo, hasta qué punto la palabra nueva que nos ocupe está relacionada con el mundo en general o con la visión particular de quien la utilice sobre la parcela de la realidad que esté nombrando. Todos tenemos palabras de creación familiar, incomprensibles para el resto del mundo pero cargadas de significado para nosotros: recordemos que mi abuela (que, como veis, es la auténtica protagonista de este capítulo) siempre me advertía de que tuviera cuidado con la bici, no me fuera a *terroblincar* y hacer daño. La de un amigo temía que le diera un *filitrinchi* y se desmayara. En casa de otra conocida acostumbran a hacer *rucutús* a sus mascotas, en lugar de mimos. Del mismo modo, cualquier jerga profesional está repleta de neologismos de uso reducido y significado específico que pasan inadvertidos para el común de los hablantes. ¿Es la motivación de todas estas palabras menos trascendente que la que nos lleva a decir *mileurista*? En absoluto. Desde un punto de vista neológico, *rucutú* encaja en en una categoría bastante similar a la de *smartphone* o *micromecenazgo*: todas ellas dan respuesta a necesidades denominativas con soluciones relativamente novedosas. El problema es que *filitrinchi,* *rucutú* o cualquier término especializado que se utilice en, por ejemplo, nanotecnología, cumplen con su función de nombrar la realidad en comunidades de hablantes infinitamente más reducidas (una familia, un grupo de amigos, los miembros de un laboratorio…), lo que les hace ser menos relevantes, pero eso no resta ni un ápice de legitimidad a su motivación. La relevancia de un neologismo no la marca la realidad a la que remite, ni el procedimiento de formación que nos haya permitido acuñarlo, sino dos cosas muy sencillas: el tamaño de la comunidad de hablantes que lo utilice y el consenso que ese grupo de personas haya alcanzado con respecto a su uso.

Vale, diréis, entonces para saber si un neologismo está más o menos motivado debemos combinar el alcance de su uso con el consenso en torno a su significado. Lo tenemos, ¡eureka! Pues… tampoco. No tiene por qué: ni siquiera es necesario que remita con claridad a un referente para que sea relevante… y si no, que se lo pregunten a cualquiera que haya leído *Rayuela,* de Julio Cortázar, y se haya estremecido al observar cómo, en su capítulo 68, «a ella se le agolpaba el clémiso y caían en hidromurias, en salvajes ambonios, en sustalos exasperantes». Si la única función de la neología fuera referencial, textos así serían imposibles, ilegibles, carecerían de razón de ser. Y estaréis conmigo en que a Cortázar no le cuesta nada convencernos de la intensidad de los ambonios y el vigor de los sustalos, sin tener que definirlos en ningún momento.

Con frecuencia olvidamos el potencial lúdico y evocador del lenguaje, uno de los principales motores neológicos con los que cuenta, y una motivación vital para renovar nuestra forma de nombrar el mundo. Cuando leemos la frase de Cortázar no tenemos manera humana de saber lo que son los clémisos, las hidromurias ni los ambonios, pero, sin embargo, percibimos el tipo de nociones que el escritor pretendía transmitir: el hecho de que se agolpen, sean salvajes o exasperen las ubica en un ámbito concreto, en un marco conceptual que se perfila ante nuestros ojos sin esfuerzo. Las palabras que arropan a las que no conocemos despiertan nuestra intuición y activan nuestra memoria, nuestro conocimiento del mundo y, de ese modo, conseguimos abordarlas. ¿Magia? ¿Telepatía con el escritor? En realidad, es mucho más sencillo: más allá del contexto que generan, *agolpar, salvaje* o *exasperante* también insertan a las palabras recién llegadas en un discurso determinado, entendido como algo mucho más amplio que la mera sucesión de palabras. Cuando hablamos de discurso como motivador de neología nos referimos a la manera en que concretamos y ordenamos nuestras ideas a través de las palabras. Para dar forma a algunos conceptos necesitamos de nuestros semejantes más que en otros casos, optamos por la oralidad o por el plano escrito, preferimos unas situaciones determinadas y no otras para lanzar nuestra nueva palabra al aire, nos atrevemos más con unos interlocutores que con otros… urdimos, en definitiva, una red de ideas y factores que entretejemos con palabras, que se amoldan gracias a su capacidad de adoptar nuevas formas o significados. El discurso es, pues, otro agente motivador de neología y, de nuevo, la dilogía «neologismo necesario-neologismo prescindible» se nos queda muy corta para comprenderlo.

Uso, consenso en el significado, discurso… la lista de elementos que nos hablan de la motivación de un neologismo es larga y compleja. ¿Por dónde empezar a desentrañarlos? Encontrar señales que nos advierten de la motivación de un neologismo es más sencillo de lo que *a priori* pudiéramos pensar: basta con que prestemos un poco de atención al leer o al escuchar para comprobar cómo nuestros interlocutores incluyen, de vez en cuando y como que no quiere la cosa, ciertos avisos del carácter poco usual o novedoso de alguna de las palabras que utilizan: una definición por aquí, una reformulación por allá, un pequeño rodeo explicativo… Los datos nos dicen que solo sucede en torno a un quince por ciento de las veces que nos topamos con un neologismo o que decidimos incluirlo en nuestro discurso, pero lo cierto es que cuando nos topamos con alguna de estas balizas neológicas no hay duda: la palabra que tenemos enfrente presenta algún rasgo novedoso, al menos para quien la dice, que es lo suficientemente consciente de su naturaleza poco común como para explicitar algún tipo de estrategia clarificadora, porque también entiende que es nueva para nosotros. ¿En qué consisten esas estrategias? Existe un buen puñado de ellas, entre las que destacan las siguientes:

* Inclusión de información metalingüística: consiste en hacer referencia a la palabra propiamente dicha, en lugar de al concepto al que remita, para explicitar su origen, alguna de sus particularidades o, simplemente, dejar claro que somos conscientes de que lo que estamos diciendo es una palabra (sí, lo damos tan por sentado que el mero hecho de señalarlo dispara las alarmas neológicas de quien nos escucha o lee). Por ejemplo, si leemos en un periódico «la palabra del año ha resultado ser *selfi*, la adaptación a la ortografía patria de la voz inglesa *selfie*», tendremos bastantes garantías objetivas de que tanto *selfi* como *selfie* son palabras poco usuales: en esa frase, ambas tienen relevancia dentro del discurso como palabras, independientemente de la parcela de realidad a la que se refieran: resaltarlas de este modo es un indicador de neologicidad.
* Adición de un contexto definitorio: en este caso nos encontramos con explicaciones adyacentes que nos aclaran el significado de la palabrita en cuestión, como podemos comprobar en el caso de «los mentideros apuntan a que Catalina introducirá una nueva tradición en la casa real con un *baby shower* —una fiesta que se suele celebrar poco antes del alumbramiento— por cortesía de su hermana Pippa». La aclaración disipa dudas con respecto al significado de un préstamo que quien ha escrito el texto considera poco claro, y elimina cualquier posibilidad de que un *baby shower* consista en duchar bebés entre grandes fastos, precisamente.
* Inclusión de un equivalente en otro idioma: si hay un grupo de neologismos capaz de despertar suspicacias y sembrar el caos textual es el de los préstamos, así que es de sentido común pensar que abundarán los casos en los que se añadan equivalentes en nuestra lengua para aclararlos. Sin embargo, lo sorprendente es que también hay muchas ocasiones en las que se opta por una opción patrimonial y, por si las moscas, se añade el préstamo correspondiente. Suponemos que para ayudar al respetable a entender su propio idioma, como pasa en «el acoso escolar o *bullying* es una lacra social que, según datos de la ONU, sufren dos de cada 10 personas en el mundo».
* Inserción de sinónimos: a veces, lo más cómodo es optar por palabras con un significado relativamente similar, que aclaren el del neologismo que estemos utilizando, como en el ejemplo «la puesta en común de la política turística ya se puede observar en algunos de los *mupis* (paneles) turísticos de la capital».

En todos estos casos nos encontramos con alertas rojas de neologicidad que, de paso, también ponen de manifiesto el carácter colegiado y social, que tiene esta noción: incluir estrategias de este tipo es un ejercicio de empatía por parte de quien escribe o habla, que se adelanta a la intuición neológica de sus interlocutores y les allana el camino para identificar y comprender una nueva palabra.

La motivación que se esconde tras la creación de una nueva palabra va mucho más allá que nuestras ganas de poner nombre a algo. Hemos visto que en la ecuación entran en juego variables como el alcance de su uso, la subjetividad de quien la plasma por escrito o la deja caer en una conversación, el discurso en el que se ve insertada, los avisos que damos o recibimos sobre su neologicidad… En neología no existen las fórmulas exactas, y, en ese sentido, la cuestión de la motivación no es una excepción: si de verdad queremos asomarnos al quid de los neologismos y entender por qué están en nuestra lengua, no podemos tomarnos todos esos factores como partes de un todo proporcional y previsible. En lugar de eso, nos conviene imaginarlos como los botones y sintonizadores de una mesa de mezclas: podemos regular los graves y los agudos, añadir una base especialmente machacona o equilibrar los volúmenes hasta dar con la melodía y el ritmo que mejor nos venga, pero el proceso contará con todos esos elementos de manera independiente, y lo mismo sucederá con la motivación que espolea la actualización léxica de las lenguas. Cada neologismo se sustenta en el uso, la subjetividad, el discurso o la necesidad denominativa que satisface de una forma única, genuina e intransferible.

**3.3. Cronología: el tiempo es oro (léxico)**

Si nos fijamos en lo que llevamos de capítulo es fácil dar con una pauta que, de un modo u otro, se repite cuando intentamos dar con nuestra preciada neologicidad: desentrañarla consiste, en esencia, en coger todas las obviedades que nos puedan ocurrir al pensar en las palabras y desmenuzarlas hasta que no sean tan obvias, un poco como cuando repetimos una palabra tantas veces que deja de tener sentido. Repasemos lo que hemos visto hasta ahora: por un lado, sabemos que es más fácil que cometamos faltas de ortografía si escribimos una palabra particularmente extraña o poco común. Por el otro, también nos consta que detrás del uso de un neologismo puede haber motivaciones de lo más variadas, y que, cuanto más lúdicas o graciosas sean, más prescindibles nos parecerán, al menos en principio. Pues bien, la perogrullada que completa esta terna, que sin duda se lleva el premio a la obviedad del siglo, es la cronológica: cuanto menos tiempo llevemos usando una palabra, más probabilidades habrá de que sea un neologismo. Un razonamiento tan simple que sonroja, pero que, en realidad es clave para identificar qué es un neologismo: cuando hablamos de léxico, el tiempo es oro.

Lo primero que hay que fijar en nuestra mente es que las palabras tienen una vida: nacen y mueren, y algunas, entre medias, crecen y se reproducen. Un pequeño grupo de ellas llegan a hacerse amigas de otras, y deciden entrelazar sus destinos con los de sus compañeras hasta que el devenir de la lengua las separe. Algunas gozan de una vida prolongada y llena de éxitos, otras optan por la discreción para alcanzar la madurez, unas cuantas prefieren vivir intensamente y dejar un bonito cadáver, como las estrellas de rock…, pero hay una cosa clara: todas ellas son en algún momento recién nacidas (o recién adoptadas, si vienen de otro idioma) y eso las convierte, en la fase inicial de su existencia, en neologismos. Por ello, determinar el momento de su aparición es clave para entender cómo funcionan… y de dónde salen. El problema es que dar con la fecha de cumpleaños de una palabra es una tarea prácticamente imposible, aunque *a priori* pueda parecer sencillo y contemos con sonadas excepciones, como nuestro querido *mileurista*, del que ya hablamos en el primer capítulo. Pero no siempre es tan sencillo, y, para muestra, un botón:

En 1940, Alfred Hitchcock estrenó su primera película rodada en Estados Unidos, *Rebeca,* donde una Joan Fontaine en la cumbre de su carrera interpretaba el papel protagonista. La acción se desarrollaba en una mansión inglesa a la que claramente le hacían falta unos cuantos radiadores, porque la pobre Joan se pasaba más de media película enfundada en una coqueta chaqueta de punto bien abotonadita, no fuera a ser que alguna corriente la acatarrara. El detalle llamó tanto la atención al público hispanohablante que *rebeca* pasó a denominar a cualquier chaquetita de punto, lo cual no deja de ser curioso, porque el personaje de Fontaine no se llama Rebeca, y, de hecho, la susodicha apenas aparece en escena a lo largo de la película. No entraré en detalles para no destripar el argumento, pero aquí lo que nos interesa es que contamos con una película, es decir, un soporte concreto, conocido y difundido entre una comunidad de hablantes de un tamaño significativo, que nos ayuda a ir tras la pista del momento en que las chaquetas de punto empezaron a llamarse rebecas. No hace falta ser detective para deducir que antes de 1940 no había más rebecas en español que las mujeres que se llamaran de esta forma, así que ese año nos sirve de referencia para conocer la fecha de nacimiento de este epónimo que ahora nos encontramos en multitud de escaparates… o quizá no sea tan sencillo: tenemos un registro privilegiado de los hechos que propiciaron el nacimiento de *rebeca* como neologismo, incluso no nos costaría dar con la primera revista de moda en español donde se hablara de esta prenda, pero lo cierto es que no sabemos quién, en qué momento y circunstancias, enunció *rebeca* como nombre de prenda de vestir por primera vez.

Dar con el momento exacto en que un vocablo se gesta y ubicarlo en un calendario es prácticamente imposible. Puede darse a feliz circunstancia de que alguna vez en nuestra vida presenciemos tan magno momento, como quien ve pasar un cometa por el cielo y pide un deseo…, pero en lugar de confiar nuestra suerte a que los astros se alineen, lo que sí que podemos hacer es, al menos, dibujar una línea en el tiempo e intentar observar en qué medida aparece una palabra en cuestión antes o después de ese límite. En el caso de *rebeca* lo tenemos fácil, ya que basta con ser consciente del año en que la película llegó a las salas de cine, y, a partir de ahí, empezar a indagar, pero no siempre disponemos de fuentes en las que los neologismos disfruten de una relevancia tan inequívoca. En cualquier caso, y a pesar de que indagar el momento en el que una palabra se empezó a decir, o más factible todavía, a escribirse, nos ayuda a aproximarnos a su nacimiento. Por el momento, no nos queda más remedio que preguntarle a los corpus, las hemerotecas y las bases de datos y confiar en que nos vayan diciendo «frío» o «caliente» a medida que nos vamos acercando al momento del nacimiento. No todos los neologismos pueden presumir de haber estado en el título de una película de Hitchcock.

Las pistas que nos conducen a los primeros compases de un neologismo nos hablan de su inestabilidad formal y semántica y de la actitud recelosa o, al menos, cauta, de los hablantes que se lanzan a usarlo: recordemos la variedad de alertas discursivas que hemos enumerado al hablar de la motivación, o las vicisitudes que conlleva la adecuación a la norma ortográfica. Es muy probable que la primera vez que *rebeca* apareció en el catálogo de unos grandes almacenes llevara al lado una referencia a la película que propició su acuñación, o que apareciera, como poco, en cursiva. La propia lengua nos da pistas constantes sobre el hueco que le hace a un neologismo, y el modo en que se reordena para permitirle asentarse o, por el contrario, acabar forzando su expulsión. En ese camino hay dos elementos especialmente determinantes: la difusión y el uso. Ya los hemos mencionado al hablar de la motivación, pero aquí nos vuelven a interesar porque son las patas de un aspecto de la vida de los neologismos tan crucial como su nacimiento: el de su implantación.

En un mundo ordenado y predecible, la implantación de un neologismo sería sinónimo de éxito si marcara su trayectoria de forma estable, sólida y a ser posible en leve ascenso continuado a lo largo de un periodo de tiempo prolongado. Y esa es la parábola que dibujan las palabras que acaban por insertarse en el idioma con naturalidad, antes de llegar a su momento de estabilización, que puede durar siglos, y, por último, a su declive y desaparición. Pero claro, el mundo de los neologismos, como ya nos consta, es de todo menos ordenado y predecible, y las parábolas perfectas de implantación que trazan las palabras que se acuñaron en español hace siglos y hoy son de uso común tienen bastante poco que ver con los saltos y trompicones de un neologismo en sus primeros años de vida.

Cuando hablamos de implantación, la neologicidad se esconde tras trayectorias vitales que recuerdan mucho a las carreras artísticas de los cantantes: por un lado, no nos es complicado identificar a los neologismos *winehouse,* que serían *preferentista, chenoísta* o *postureo*, por ejemplo: rompedores, sonoros y con un éxito arrollador en los inicios de su carrera, pero que se marchitan jóvenes y únicamente subsisten en el recuerdo de quienes los amaron. Vamos, que son *winehouse,* pero también podríamos llamarlos *hendrix, joplin* o *cobain,* eso ya lo dejo a vuestro gusto. También están los neologismos *pantoja,* aquellos que siguen buscando su acomodo y con ello suscitan cierto interés, pero que remiten a realidades no excesivamente actuales, por lo que la sombra del declive se cierne implacable sobre ellos, como *biosaludable* o *videoblog*. No podemos dejar de lado a los neologismos de la escena *indie,* que gozan de una difusión moderada pero constante desde hace años y, aun así, siguen percibiéndose como novedosos por parte de los hablantes (sucede con muchos préstamos como *chill out, hacker* u *outsider*), o a los neologismos *beyoncé*, que la mayor parte del tiempo están calladitos pero dan campanazos periódicamente, como *sorpasso*, que lleva sufriendo altibajos de uso desde los años noventa. Por último, tendríamos a los neologismos *madona,* que son como los *beyoncé* pero con la particularidad de que cada vez que reaparecen se reinventan y adoptan una nueva piel, como *felipista,* que ha vuelto con fuerza últimamente, pero con un nuevo significado (ya no remite a un presidente del gobierno, sino a un rey) o incluso podríamos meter en este saco también a *sorpasso* que, a medida que pasan los años, va refiriéndose a distintos partidos políticos. Sí, qué pasa: Beyoncé es mucha Beyoncé, pero todavía tiene bastante que aprender de la Ambición Rubia.

Todas esas variaciones en la implantación, con los saltos, retornos y pelotazos que conllevan, son evidencias de neologicidad y, además, nos dan una clave muy importante: en el léxico, como en el rock, a veces es preferible morir joven y dejar un bonito cadáver que no saber envejecer con dignidad. Y si no, que se lo digan a *guachi.*

Las inestabilidades, las distintas motivaciones que nos llevan a usar un neologismo y su, a veces accidentada, novedad nos vienen a decir que la neologicidad no es más que la confirmación de la complicidad que tiene cualquier comunidad de hablantes, un leve murmullo, un *je ne sais quoi* que pulula entre los hablantes y les hace sonreír veladamente, o arquear las cejas con picardía cuando comparten por primera vez una palabra particularmente elocuente o ingeniosa. La neologicidad es lo que prende ese chispazo de intuición transmitida, la esencia neológica de la palabra compartida, aquello que la hace ser *nueva.* Permite a los hablantes darse cuenta del potencial de enriquecimiento lingüístico que ese neologismo supone para el idioma, y no se suele revelar a través de la reflexión, el estudio o el análisis calmado, sino que surge en el fragor de la conversación, como un géiser que no esperamos y que nos acaba empapando con una nueva forma de hablar del mundo que nos seduce de forma instantánea.

La neologicidad activa nuestra percepción neológica y afina nuestra sensibilidad lingüística. Cuando nos topamos con ella, saboreamos nuestro idioma con una intensidad tan demoledora como fugaz, y por unos segundos nos damos cuenta de lo mágico que es compartir palabras con nuestros semejantes y abrir las puertas a nuevas realidades gracias a ellas. Es una intuición tan definida como esquiva, que nos hace, como comunidad, ir filtrando las diferentes variantes de las que disponemos para denominar la realidad, ya sea porque una prevalezca sobre las demás o porque cada una de las variantes se adecúe a uno u otro contexto de uso. Y sí, las normas terminarán por sancionar, a su manera, esa domesticación de lo neológico, pero quienes usamos la lengua les habremos dado pistas muy poderosas sobre cómo hemos entretejido nuestras complicidades para saber cuándo nos conviene más decir *smartphone* o *teléfono inteligente*, o cuándo optamos por *ciclogénesis explosiva*, *temporal* o, simplemente, *tormentón.*

1. Neología y diccionarios: la cuadratura del círculo

*Érase una vez un neologismo. Se trataba de un muchacho jovencito y apocado, bastante moderno él, recién llegado a una ciudad gris y silenciosa, en la que cada domingo las mismas palabras de siempre paseaban con libertad por sus calles más céntricas: todas vestían sus mejores galas y se daban mucho pisto, fingiendo gran sorpresa cuando se cruzaban con sus comadres, cuando en realidad llevaban tantos siglos compartiendo acera que ya no tenían nada nuevo que contarse. Nuestro amigo Neo se había mudado porque todo el mundo le había dicho que en aquella ciudad él podría encontrar un porvenir, y convertirse en una palabra de provecho, pero la realidad es que tenía muy poco que ver con esas señoronas: le intimidaban sus impecables permanentes, su collares de perlas y sus abrigos de pieles, y le causaba mucho desasosiego que a la mínima se pusieran a presumir de formantes clásicos y de primeras apariciones en cartularios medievales mientras removían con elegancia sus tazas de chocolate antes de beberlas con el meñique y los infijos bien estiraditos.*

*Neo tenía muy pocas certezas y muchas precariedades en su vida: nunca sabía si iba a llegar a fin de mes y su inseguridad le hacía tener un humor cambiante que le generaba unas sospechosas variaciones para las que no había encontrado tratamiento. Todo en su día a día eran vacilaciones y titubeos. Intentaba vivir el presente y disfrutar de lo cotidiano, pero claramente no estaba preparado para socializar: su timidez patológica le hacía parapetarse tras sus gruesas gafas de pasta y su inestabilidad semántica y ortográfica. Cuando salía a hacer algún recado se enfundaba en alguna de sus camisas de cuadros, apretaba con fuerza las cuatro pulseras de festivales léxicos que llevaba anudadas en la muñeca y daba pasos rápidos y nerviosos, con la mirada clavada en el suelo… intentaba no molestar y vivir a su rollo, pero no podía evitar que las demás palabras le miraran raro, muy raro. Algunos domingos se armaba de valor y decidía darse un paseo por el centro. Casi siempre se arrepentía. Las decenas de miradas escrutadoras con las que se veía obligado a lidiar le hacían sentir insoportablemente nuevo. Podía oír sin esfuerzo a las demás palabras cuchichear entre ellas:* «*que vuelva a la periferia de la que nunca debió salir…*», «*vete tú a saber qué significa, ¡y además viste rarísimo!*», «*mi madre siempre decía ‘si no sale en un libro de Pérez Reverte, no es de fiar’*»*. Vamos, que al pobre no le tomaban en serio ni las onomatopeyas. Neo se sentía muy solo. Nadie lo entendía, ningún verbo quería sintagmarse con él, ni siquiera para tomarse unas cañas de vez en cuando, y tenía tan mala prensa en el barrio que no se le juntaban ni los sufijos.*

*Una tarde de otoño salió a dar un paseo, taciturno y novedoso, como era él. No estaba para bromas, así que decidió evitar el centro y se fue por barrios más tranquilos donde, con suerte, no tendría que cruzarse con latinismos que le hicieran sentirse un vulgar desecho léxico. Ensimismado en sus pensamientos, no se dio cuenta de que sus pasos le estaban llevando por unas calles poco transitadas. No tardó en oscurecer. De pronto, notó que le seguían. Miró con disimulo hacia atrás y comprobó que dos xenismos con unas pintas muy chungas le pisaban los talones. Intentó acelerar, pero los xenismos también apretaron el paso. Neo miraba para atrás a cada poco y cada vez los sentía más cerca: uno era sintagmático, lo que le hacía tener varios brazos de más, que extendía amenazadoramente hacia adelante; el otro tenía una cresta en forma de* «*-ing*» *que se le bamboleaba mientras corría y la cara absolutamente tatuada, llena de símbolos diacríticos que Neo no había visto en su vida. Su aspecto era aterrador. Lo alcanzaron en cuatro zancadas y lo acorralaron en un oscuro callejón.*

«*Danos todas las tildes que lleves encima, modernito*» *le increparon. Neo estaba tan asustado que no acertaba ni a decirles que no estaba seguro de tener ninguna, (¡qué más quisiera él!), y que además, en el caso de que tuviera, las necesitaba para pagarse el autobús de vuelta a casa. Intentó pensar en qué otras cosas de valor podrían satisfacer a sus asaltantes, pero, por no tener, no tenía ni un significado definido y, cuando se temía lo peor y estaba punto de resignarse a pasar a mejor vida si ni haber disfrutado de la mínima estabilidad ortográfica, pragmática o semántica en su corta existencia, surgió un grandullón de la nada, cogió a cada xenismo de las solapas y les gritó:* «*¿Qué os creéis que estáis haciendo? ¡Dejad al muchacho en paz! ¡Todos tenemos derecho a una oportunidad! ¿No veis que el pobre está temblando y que, por no tener, no tiene ni una entidad lingüística en condiciones?*». *El inesperado visitante tenía un aspecto tan imponente que los xenismos, acobardados, pusieron pies en polvorosa rápidamente.*

*Neo miró con una mezcla de curiosidad y vacilación a su oportuno salvador:*

*–Gra… gracias, de verdad, si no hubieras estado aquí no sé qué habría pasado.*

*–Bah, no te preocupes, no tiene importancia… oye, tú eres nuevo por aquí, ¿no? Porque no me suenas de nada…*

*–Sí, bueno, hace poco que he llegado y digamos que todavía estoy haciéndome un hueco…*

*–Bueno, yo no soy el colmo de la diversión, pero cuenta conmigo si necesitas algo. Estoy seguro de que, si pasamos tiempo juntos, la gente te empezará a mirar con otros ojos o, al menos, se lo pensarán dos veces antes de meterse contigo. Créeme, no eres el primero que conozco en tu situación.*

*Neo miró a su nuevo amigo con timidez:*

*–Jo, genial. Por cierto, no me he presentado, me llamo Neo. Tú eres…*

*–Diccionario, pero todo el mundo me llama Tocho. ¿Te apetece un café?*

La historia de Neo y Tocho podría acabar aquí, y como en *Casablanca,* dejar las puertas del relato abiertas al inicio de una bonita amistad, pero en realidad el café que se tomaron nuestro tímido amigo y su corpulento salvador fue solo el comienzo de una relación que, aunque bienintencionada, no siempre ha resultado fácil de gestionar para ellos. Lo que Tocho no le dijo a Neo en ese primer encuentro fue que juntarse con él le granjearía una nueva reputación, mucho mejor que la que tenía antes de conocerlo, sí, pero que a cambio vería cómo su frescura quedaba congelada. Tocho no estaba dispuesto a aguantar variaciones ni titubeos: si Neo aceptaba a llevarse bien con él, se garantizaría el beneplácito y la aceptación del resto de palabras que habitaban en la ciudad, pero acabaría obligándole a fijar una forma y un significado y, tarde o temprano, terminaría convirtiéndose en una de esas palabras de abrigo de piel y meñique estirado con las que tanto odiaba cruzarse. La lucha interna de Neo nos habla de la intensa relación de amor-odio que la neología y los diccionarios llevan siglos manteniendo. Un idilio tormentoso que, a ojos de los hablantes, encarna mejor que ninguna otra la tensión constante entre la estabilidad de la lengua y su pulsión por renovarse.

De todas las vertientes de la lexicografía, que es la disciplina que se encarga de estudiar cómo se elaboran los diccionarios y qué consecuencias tiene eso para las lenguas, la que más da que hablar en la sociedad es la de la actualización de dichos compendios léxicos, ya sea por la incorporación de nuevas palabras, por los cambios en la definición de las que ya están dentro o por la eliminación de las que dejan de tener cabida en él. A pesar de que quienes se dedican a estudiar estas cosas defienden que la selección de neologismos para actualizar diccionarios no puede ser aleatoria, y que debe basarse en evidencias empíricas y abordarse con sistematicidad, los métodos de los diccionarios más relevantes para ir actualizándose son bastante opacos para el común de los mortales, lo que alimenta toda una corriente de especulaciones en torno a la cuestión que raya en el misticismo. Además, las cada vez más frecuentes noticias en la prensa generalista sobre las vicisitudes que genera estos vaivenes pasan sobre cualquier intento de objetividad como auténticas apisonadoras de opinión. Con frecuencia, la sociedad siente el impulso de debatir sobre la inclusión de palabras que, paradójicamente, llevan años usando; de celebrar que, por ejemplo, el vocabulario de las películas de moda pase a estar incluido en el diccionario o de lamentarse por el poco caso que se hace a las unidades que, víctimas del desuso, abandonan los repertorios léxicos.

*Interfaz de usuario gráfica, Texto

Descripción generada automáticamenteLas Provincias, 7 de noviembre de 2019*

Interfaz de usuario gráfica, Texto, Aplicación

Descripción generada automáticamente*La Vanguardia, 18 de octubre de 2019*

Si los medios nos lo cuentan… lo escuchamos, lo leemos e, inevitablemente, nos alegramos, nos sorprendemos, nos entristecemos o nos indignamos. Al hacer de la actualización de los diccionarios un tema de conversación general, los medios de comunicación nos confieren, igual que pasa con las noticias sobre política, economía o deportes, la legitimidad suficiente como para reivindicar nuestra postura y hacer de ella una suerte de bandera ideológica: el diccionario y su composición acaban por situarse en el mismo plano de nuestro equipo de fútbol o del partido al que votamos. Lo sentimos como algo propio, como un trasunto de nuestra realidad y, en consecuencia, pretendemos que su configuración refleje lo máximo posible la visión del mundo en que vivimos. De nuestro mundo.

El papel de los diccionarios como vectores de cultura popular actual es tan capital que los ha convertido en los nuevos libros sagrados; a veces da la sensación de que su cometido es dictar qué debe existir y qué no, especialmente si hablamos de los diccionarios de vocación prescriptiva o normalizadora. Si Dios hizo el mundo en siete días (recordemos que, según san Juan, «en el principio fue la Palabra»), el *Diccionario* de la Real Academia Española lleva puliéndolo desde 1714, a juzgar por el arrobo con el que muchos hablantes blanden sus definiciones. Abrir sus páginas (ya sean de papel o cibernéticas) y toparse con entradas que se ajusten a nuestra manera de entender el mundo ha pasado a tener un efecto tranquilizador, casi terapéutico, que alimenta la ilusión de que la verdadera realidad es la nuestra, la que organizamos en nuestras cabezas, porque así lo refrenda un libro muy gordo y muy sesudo. *La guerra de las galaxias* puede ser una mera saga de películas de naves espaciales y marcianos, pero no podremos evitar pensar que si el diccionario de Oxford ha decidido incluir en sus páginas *padawan* o *jedi* como palabras de pleno derecho es que quizá se haya consagrado como cultura en condiciones. De hecho, la noticia a la que pertenece el titular de la imagen empieza con un «buenas noticias para los *fans* de *Star Wars*». ¿Por qué es buena noticia que un diccionario preste atención a un puñado de palabras que llevan décadas en la lengua, con significados transparentes incluso para quienes no han visto ninguna película de la saga? Porque han conseguido un sello de calidad de primer orden y, de rebote, se lo han conferido también al producto en el que se acuñaron: el papel prescriptor de un diccionario con vocación normativa es tal que no solo valida las palabras que decide incluir en sus páginas, sino las realidades a las que remiten. En definitiva, el canon lexicográfico acaba por condicionar la amplitud del canon cultural.

La cosa se pone interesante cuando caemos en la cuenta de que ese espejismo de validación y reconocimiento tiene una contrapartida bastante amarga: la del desconcierto y la indignación de quienes se topan con definiciones que no concuerdan con las suyas, o que ni siquiera dan con la palabra que están buscando. ¿En qué lugar dejan esos vacíos a su manera de entender el mundo el hecho de que no esté refrendada por una obra supuestamente de referencia? El pasado 22 de enero de 2020, una mujer argentina, cansada de que Cristina Fernández de Kirchner insistiera en hacerse llamar *presidenta* y no *presidente* de su país, como a ella le parecía más pertinente, consultó a la Real Academia Española a través de Twitter, buscando respaldo y comprensión a su hastío. ¿Quién mejor que la Academia para buscar consuelo lingüístico? La respuesta de la institución fue que «en referencia a una mujer, la opción más adecuada hoy es usar la forma ‘presidenta’, femenino documentado en español desde el siglo xv y presente en el diccionario académico desde 1803». La retahíla de tuits cuestionando, indignados, esa recomendación, daría para varios libros de sociolingüística, a cada cual más entretenido, y me encantaría poder reproducir aquí la reacción de la señora que desató la polémica, pero no he podido encontrarla porque Twitter acabó suspendiéndole la cuenta. Imaginaos lo suavecita que debió de ser.

Esta vehemencia tan fiera que emborrona los límites entre la sociedad y el diccionario, entre la lengua y el habla, entre los hechos y las opiniones, nos da muchas pistas sobre lo que son los diccionarios para los hablantes. Y si hay uno que se lleva la palma como libro lingüístico de cabecera del común de los mortales de habla hispana es el ya mencionado, ínclito e inenarrable, *Diccionario de la lengua española* que la Real Academia Española viene publicando, editando, renovando y remendando desde hace tres siglos.

En español, ninguna obra de consulta ha calado en el imaginario y la conciencia lingüística de los hablantes de un modo tan global e indiscutible como lo ha hecho esta. Históricamente, hemos recurrido a ella para tres cosas, que, de alguna manera, también han ido ayudando a configurar su papel en nuestra comunidad de hablantes: para comprobar la ortografía de las palabras, para contrastar la corrección de su uso o para aprender o corroborar su significado. Sin embargo, a estas tres se le unen, desde hace unos años, una cuarta, que, como vamos viendo, es la que más controversias genera hace: la de confirmar la presencia de una palabra en ese selecto club léxico. El diccionario académico es un recurso riguroso que nos ayuda a saber cómo escribir una palabra y a entender lo que significa… siempre y cuando la contenga, claro. Y ahí está la madre del cordero: la actualización de los lemarios de los diccionarios (así se llaman las listas de palabras definidas en cada uno de ellos), que hasta hace un tiempo no era más que uno de los muchos aspectos de la técnica lexicográfica, pero ahora es un fenómeno mediático. ¿Por qué tantas pasiones encontradas?

Como sociedad, hemos conferido al diccionario académico una entidad propia, casi una personalidad, que hace que le reconozcamos de forma tácita una clara superioridad en lo que a la lengua se refiere: lo elevamos sin miramientos al pedestal desde el que recibimos sus dictados, que acatamos como determinantes, tanto cuando estamos de acuerdo con ellos, abrazándolos con entusiasmo, como cuando no los vemos claros y nos afanamos en renegar de ellos bien alto y claro. Como comunidad de hablantes hemos asimilado su vocación reguladora hasta tal punto que a veces somos más papistas que el papa y ponemos el grito en el cielo cuando nos enteramos de que *bluyín* o *cederrón* han pasado el corte. Es tal la ceguera que nos causa nuestro fervor que no nos deja caer en la cuenta de que el hecho de que no usemos una palabra no quiere decir que no sea común en otros entornos o latitudes. Incluso alimentamos sin pudor leyendas urbanas, como la que dice que *cocreta* tiene una entrada propia para proceder a rasgarnos las vestiduras por ello, sin molestarnos siquiera en comprobar con nuestros propios ojos si es cierto (y no, no lo es).

Esa aura de respetabilidad y misterio termina por convertir al diccionario académico en una suerte de demiurgo platónico capaz de generar o desechar realidades a su antojo, solo con incluirlas o no entre sus páginas. La mayor prueba del triunfo prescriptor es la convicción de buena parte de la comunidad hispanohablante de que, al hablar de palabras, *existir* y *aparecer en el diccionario de la RAE* son expresiones sinónimas. Si bien es cierto que cualquier diccionario, por el mero hecho de serlo, posee una cierta condición (que no siempre es vocación) normativa, esa carga varía entre unos y otros, y las pasiones encontradas entre *croquetistas* y *cocretistas* sugieren que es muy probable que al diccionario académico su rol referente se le haya ido de las manos. El sueño de la normalización léxica produce monstruos: en este caso, hablantes que, en su obsesión por la adecuación a la norma, se olvidan de saborear las palabras.

Esa percepción de los diccionarios como guardianes de las esencias lingüísticas no es difícil de comprobar: hace un par de años, el observatorio de neología en el que trabajo elaboró y llevó a cabo una encuesta en la que pedimos a casi un millar de hablantes de español, de diversas edades y perfiles profesionales, que nos dijeran hasta qué punto estaban de acuerdo en que los diccionarios incluyeran un conjunto de neologismos que nosotros mismos les proporcionamos. Todas las palabras nuevas que les planteamos llevaban varios años apareciendo en los medios de comunicación con una estabilidad formal reseñable y hacían referencia a realidades relevantes de la actualidad, es decir, eran neologismos *premium* de acuerdo con todo lo que hemos visto en los capítulos anteriores, y parecía que se encontraban en una posición privilegiada para quitarse el sambenito del entredicho y verse incluidos en un diccionario. En la lista había palabras formadas por sufijación, por composición culta, por préstamos en diferentes grados de adaptación… y, deliberadamente, se las presentamos todas mezcladas, sin darles ninguna explicación adicional sobre los caminos que habían seguido cada una de ellas hasta aterrizar en nuestra lengua. La opinión de las personas encuestadas al determinar cuáles de ellas *merecían* verse incluidas en el diccionario fue clara: los primeros puestos de la lista los coparon *geolocalización, ciberdelito* o *nanociencia* mientras que *blended learning* o *mindfulness* fueron condenadas al ostracismo lexicográfico sin miramientos. Si bien es cierto que las personas de edades más jóvenes no marcaron una diferencia tan clara entre unas palabras y otras, la tendencia fue prácticamente la misma independientemente de la edad, el género o incluso el perfil profesional de cada participante. Como a estas alturas ya sois especialistas en lides neológicas, estoy seguro de que habréis podido asomaros a lo que estas preferencias nos desvelan: hay procedimientos de formación neológica que tienen mejor prensa que otros. Y en este caso, el significado de *prensa* es literal: basta con pensar en los periódicos que hablan de vocabulario de *La guerra de las galaxias* incluido en el diccionario como una «buena noticia», o en las señoras indignadas en redes sociales por la flexión de género para cargos políticos.

Para bien o para mal, los hablantes somos los mejores relaciones públicas de las palabras que usamos, y nos es muy sencillo alimentar su buena o su mala fama porque, inevitablemente, evocan realidades que van más allá de sus significados: por ejemplo, la noción de prestigio que reconocemos en los formantes clásicos es más digna de la vocación preservadora de las buenas palabras que la que dejan entrever los préstamos. Esta diferenciación confirma que el prestigio de las unidades importadas del inglés o creadas mediante procedimientos más opacos tiende a ser fruto del pragmatismo, forzado por su utilidad global, frente al pedigrí canónico y académico del que gozan los neologismos con un poso más clásico o, si me apuráis, meramente patrimonial. Podemos ir de modernas por la vida, como le pasaba a Neo en el cuento, pero cuando las palabras nos suenan a túnicas blancas, coronas de laurel y partenones, nos seducen mucho antes que cuando nos evocan rascacielos u ordenadores o cuando, simplemente, no sabemos muy bien lo que nos evocan. En definitiva, la opinión de los hablantes encuestados nos vino a decir que, cuanto más oliera a préstamo una palabra desde un punto de vista formal, menor potencial diccionariable tendría. Y que daba igual que lo que se escondiera tras *nanociencia* fuera bastante menos familiar para la mayoría de las personas encuestadas que la realidad a la que remitía *mindfulness:* si hablamos de diccionarios, nuestra conciencia normativa es tal que nos impide apreciar que la relevancia de un neologismo reside la relación entre lo que late en su interior y la carcasa con la que le damos forma, y no únicamente en esta última.

Pues nada, diréis: mucha complicidad y magia, mucha chispa de la neologicidad encendiendo nuestros rostros de hablantes ingenuos y haciéndonos sentir cómplices de nuestras maneras de nombrar, pero a la hora de la verdad, de decidir qué consideramos canon léxico y qué no, abandonamos sin miramientos las palabras que huelen a nuevo, por muy ingeniosas o útiles que nos parezcan. Con la Academia hemos topado.

Pues no, no es tan sencillo.

Nuestra encuesta no preguntaba solo por palabras concretas. También incluía una sección en la que pedíamos a los participantes que nos dijeran hasta qué punto pensaban que las siguientes afirmaciones podían servirles para definir lo que es un neologismo:

* Son palabras que he empezado a oír/leer hace poco tiempo.
* Son palabras estrechamente ligadas a la actualidad y a las modas y tendencias del momento.
* Son palabras que no siempre veo escritas de la misma manera.
* Son palabras que aparecen con frecuencia en cursiva o entrecomilladas en los textos.
* Son palabras necesarias para denominar nuevas realidades.
* Son palabras que cada vez se usan más hasta que se ven totalmente incorporadas a la lengua.
* Son palabras que tienen un uso puntual, en un momento determinado, pero que terminan por desaparecer.

¿Os suenan? Seguro que sí: si las leéis con atención, veréis que tienen mucho que ver con la variación, la motivación, la implantación... En efecto, queríamos sondear a las personas encuestadas sobre lo que entendían por ese quid de la creación léxica que es la neologicidad. Y los resultados no pudieron ser más reveladores: el grado de acuerdo con las afirmaciones fue indudablemente alto en todos los casos (superior al 60 %), lo que nos vino a confirmar que, aunque no fueran conscientes de ello, las personas encuestadas tenían una noción de neologicidad bastante definida y constante y, a nuestro juicio, acertada. Si su concepción teórica de lo que hacía que una palabra fuera un neologismo estaba tan clara, ¿por qué, al presentarles un conjunto de neologismos que encajaban en esa neologicidad, sus opiniones variaron tanto al considerar su idoneidad de unos y otros para formar parte del diccionario?

Contamos con un instinto y un olfato innato para nombrar, que además compartimos en gran medida con quienes hablan nuestra misma lengua; sin embargo, no dudamos en renegar de esa intuición en cuanto nos puede condenar a la disidencia normativa. ¿Dónde surge esa disonancia? En el momento en que, al interactuar con el diccionario académico, damos por sentado que compartimos con él dos premisas básicas: por un lado, que ambas partes (diccionario y hablantes) se refieran a la misma lengua. Por el otro, que tanto para él como para nosotros las condiciones que se tienen que dar para que la lengua se dé, se materialice y sea una realidad son las mismas. Ambas premisas parecen obvias, pero se desmontan con facilidad en cuanto hurgamos un poco en ellas: *a priori* compartimos una misma lengua, sí, pero ¿es el mismo español el que se habla en Ourense que el que se escribe en la Patagonia? ¿Podemos decir que la lengua de una octogenaria es la misma que la de un quinceañero? ¿Utiliza una oncóloga las palabras de su ámbito profesional del mismo modo que lo hace el paciente que va a su consulta? Dentro de cualquier lengua hay muchas otras, que no paran de trenzarse y reinventarse, reflejando así la diversidad de sus hablantes y sus circunstancias. El diccionario académico intenta, denodadamente y desde hace siglos, abarcar la variación de nuestro idioma, pero no puede evitar ir a remolque de lo que marca la realidad, a la que muchas veces ve pasar como quien saluda a un tren de alta velocidad desde un andén perdido en medio de la nada y claramente necesitado de reformas.

En segundo lugar, las condiciones para que la lengua se dé tampoco son tan claras como pudiera parecer *a priori.* ¿Recordáis lo que decíamos en el capítulo anterior sobre la motivación de los neologismos y la falsa división entre necesidad y estilo, entre palabras útiles y palabras estilosas? Bueno, pues digamos que el diccionario académico tiene un especial interés por acoger en su seno las que él considera del primer tipo, alimentando esa distinción que ya hemos visto que hace aguas y, de paso, dejando muy claro el tipo de palabras que son de primera división. Y claro, las de clase B se quedan fuera… y quienes las utilizan, pues también se ven excluidos, de algún modo, del canon social. En realidad, no hay palabras imprescindibles: todas son contingentes, y eso es lo verdaderamente vertiginoso: reconocer que ninguna palabra es necesaria *per se* es asumir que los cimientos sobre los que apoyamos nuestro léxico y, en definitiva, nuestra lengua, son mucho menos estables que lo que las reglas nos hacen creer.

Pero los monstruos de la norma no solo se despiertan al albur de las nuevas formas, sino también de los nuevos sentidos: ya sabemos que la neología semántica puede ser especialmente escurridiza, así que parece lógico que los debates en torno a la actualización de los diccionarios que tengan que ver con ella también sean más retorcidos y manipulables. Celebramos que el diccionario académico acoja en su seno diminutivos lexicalizados como *canalillo*, que elimine la acepción de *tonto -ta* de la entrada de *gallego -ga* o que avise de que tachar al pueblo gitano de *trapacero* es ofensivo o discriminatorio (y nos obligue a buscar inmediatamente qué demonios significa *trapacero -ra*). De nuevo, volvemos a conferir al diccionario poderes sobrenaturales y, con la ingenuidad que solo da la devoción, nos convencemos de que, si extirpamos el racismo, el clasismo, la misoginia o la homofobia de sus páginas, también lo estaremos haciendo de la sociedad.

Desgraciadamente no es tan fácil: el racismo contra el pueblo gitano no se ha volatilizado después de años avisando de que considerarlo trapacero no está bien, como tampoco hemos visto esfumarse al machismo porque *femenino* ya no se defina como *débil* o *endeble.* De hecho, dudo mucho que los hombres vayan a dedicar más tiempo a las tareas del hogar el día que la RAE deje de definir *cocinillas* como «hombre que se entromete en las tareas domésticas, especialmente en la cocina». Ojalá fuera tan sencillo. Una cosa es que demandemos al diccionario flexibilidad para actualizar sus definiciones y, en definitiva, dar cabida a la renovación semántica de las palabras de nuestra lengua y de la sociedad a la que nombran y otra pensar que el mundo se va a arreglar a golpe de redefinición. Reseñar la existencia de un uso determinado de una palabra no implica defenderlo, sino simplemente dejar constancia de su presencia en la lengua. Presencias indeseables para muchas personas y perjudiciales para colectivos tradicionalmente oprimidos desde posiciones privilegiadas, sí, pero justificadas por, simple y llanamente, las miserias del mundo que habitamos, que, nos guste o no, tienen nombre. La labor de los lexicógrafos debería ser compilar, no opinar sobre las palabras que usamos, algo que queda totalmente desdibujado en el momento en que un diccionario concreto, en este caso el académico, se arroga el derecho a decidir qué palabras son correctas. Al final, tanta obsesión por marcar un canon de estandarización provoca que el prescriptivismo acabe tirando piedras sobre su propio tejado, porque si consigue convencer a una comunidad de hablantes de que las palabras que él acepta son las que marcan cómo se tiene que hablar, de nada servirá que intente hacernos creer posteriormente que intenta reflejar la realidad lingüística.

Menudo panorama para nuestros neologismos, pensaréis. Por un lado, tenemos un diccionario tricentenario, referente y omnipresente que los mira por encima del hombro con, como mínimo, recelo; por el otro, una comunidad de hablantes ligeramente esquizofrénica, que se debate entre el instinto y el prestigio, y que no sabe si aceptar la vida salvaje de las palabras que le son útiles o centrarse solo en las que puede domesticar gracias a la norma. Una domesticación que, por si fuera poco, cae como una losa sobre los neologismos, a quienes, como sabemos, las normas les gustan más bien poco. Pues sí, la cosa pinta regular para las palabras recién creadas, especialmente si proceden de otras lenguas, pero este paisaje a simple vista tan polarizado no debe hacernos pasar por alto dos cuestiones: la primera es que, como ya hemos dicho más de una vez, las lenguas perduran y se reinventan gracias a la pulsión entre las fuerzas que las quieren estabilizar y las que las quieren transgredir. Las primeras moderan el empuje de las segundas para evitar descalabros que lleven a la ininteligibilidad y las segundas fuerzan a las primeras a ir aceptando actualizaciones sin las que las lenguas acabarían convertidas en atrofiadas piezas de museo.

La segunda cuestión, que contrarresta esa polarización entre la norma lexicográfica y la creatividad de la comunidad de hablantes, es que hay muchos otros diccionarios aparte del académico. De hecho, la mayoría, en lugar de *prescribir* qué palabras son las buenas, nos las *describen*, para que nosotros decidamos si las usamos, y cómo lo hacemos. Son diccionarios que no nos marcan el camino, sino que nos ponen en la encrucijada de la descripción. Diccionarios que, en definitiva, nos tratan como personas adultas. Pero cuidado: eso no resta ni un ápice de valor a organismos que, como la Academia en el caso del español, se encarga de publicar y actualizar el diccionario académico. Podría parecer, por todo lo que he acabo de explicar, que no necesitamos normas, pero nada más lejos de la realidad. La estandarización ayuda a que el grueso de las palabras encuentre un cauce en el que estabilizarse y desarrollarse. El trabajo de normalización, además, es un reto cuando la comunidad de hablantes frente a la que se responde es tan inabarcable como la hispanohablante. Pero, por encima de todo es necesario tener una norma porque, para que nos la podamos saltar, primero tiene que existir.

* 1. **Los lexicógrafos: esos señoros de los que usted me habla**

Hasta ahora hemos hablado de las palabras, las lenguas y los diccionarios como entidades con personalidad y autonomía propias. Nos ha servido de mucho, porque personificar elementos abstractos y otorgarles características humanas siempre ayuda a dibujarlos con mayor precisión en nuestra mente. Sin embargo, resulta más difícil mantener esa ilusión con los diccionarios ya que, al contrario de lo que pasa con la lengua, tras la que se parapeta una masa anónima de hablantes, estas obras de consulta tienen una lista de autores tan clara que obviar su peso en el papel que desempeñan acaba por ser un tanto forzado.

La premisa número uno para poder relativizar el papel demiúrgico que otorgamos a los diccionarios, y, en consecuencia, no temer la llegada del caos y el ostracismo léxico a nuestras vidas si alguna vez comprobamos que su manera de nombrar el mundo no coincide con la nuestra, es tener muy presente que los hacen personas. Ni siquiera los avances tecnológicos actuales, que permiten sistematizar la recopilación y ordenación de la información que albergan, les han privado de ese último retoque humano, que, de paso, les otorga una cierta solera a ojos de quienes los consultan. La cuestión es que esos creadores se ven inevitablemente atravesados por tres circunstancias tan inequívocas como comúnmente inadvertidas: se trata de individuos con una ideología determinada, un bagaje vital propio y una autoridad lingüística muy clara. Estos tres factores los convierten en exponentes de una arbitrariedad que, aunque presente por definición en cualquier hablante, en su caso cuenta con un altavoz y un potencial de influencia mayor. Además, en la frase «los diccionarios los hacen personas», ese «personas» ha funcionado como sinónimo de «hombres blancos provistos de poder y prestigio social» hasta no hace demasiados años, lo cual también da pistas sobre el tipo de ideología, bagaje y autoridad a los que nos estamos refiriendo. De hecho, a nada que demos una vuelta al tema, el quid no está en que los diccionarios lo hagan personas: la cuestión es que muchas veces quienes los hacen son, directamente, señoros.

Para entender por qué es tan importante el perfil de quienes diseñan los diccionarios es preciso que rebobinemos un poco y volvamos al punto clave del meollo neológico: el momento de la denominación, de esa génesis léxica que tan misteriosa se nos presenta y tantas vicisitudes desencadena en nuestras mentes. Al nombrar y definir una parcela del mundo que nos rodea, solemos elegir alguna característica prominente de todas las que la conforman, porque la percibimos con mayor claridad: puede ser su forma, su color, su utilidad, su origen… El protagonismo de unos rasgos por encima de otros es diferente en cada individuo porque la percepción está marcada por la propia subjetividad, las características y las coordenadas que nos configuran como personas. Hay quien prefiere quedarse con un ejemplo concreto que le resulta particularmente cercano o llamativo, tomarlo como *prototipo* al que dar relevancia y escoger la denominación en consecuencia. Otras personas optan por consensuar ese acceso a las realidades con sus seres cercanos, para acabar dando forma a *estereotipos.* Se trata de procesos constantes, comunes a todos los humanos, que se encuentran en el germen de la denominación y, en consecuencia, de la neología.

Cuando, en su artículo de opinión *La vaina de los diccionarios,* publicado en *El País* en 1982,Gabriel García Márquez se quejaba del desconcierto que le había causado durante toda su infancia ver cómo el diccionario académico definía el amarillo como «el color del limón» cuando los limones de su Colombia natal eran verdes, se refería precisamente a esto: la realidad que retratan los diccionarios no es más que la que perciben aquellos que los elaboran, y en este caso, se trataba de personas que vivían en latitudes donde los limones eran de color amarillo, un sesgo que se vio privilegiado con respecto al de García Márquez, que nunca había visto uno de esos cítricos con esa tonalidad y que se enfrentaba al desasosiego de comprobar que su mundo y el que le mostraba el diccionario no eran los mismos. No es que nos equivoquemos al dar por hecho que, como hablantes, participamos de la misma lengua que nuestro diccionario: es que puede llegar a suceder que nos movamos en realidades completamente dispares a las que este proyecta. Al final, una manera determinada de acotar la realidad se posiciona como preferente… y el bagaje vital y la ideología de quienes la postulan, también.

La tensión entre el consenso que va ajustando los significados en sociedad y la subjetividad del lexicógrafo que los recoge es constante, y, si nos ponemos extremistas, incluso puede llegar a ubicar a los diccionarios en el borde de la irrelevancia porque, a fin de cuentas, la conclusión que sacaría García Márquez al buscar *amarillo* y encontrarse con una definición que entraba en contradicción con su propia percepción sería, simple y llanamente, que no se podía fiar del diccionario. Y por lo menos el nobel colombiano podía aludir a su propio bagaje para como argumento de peso para criticar la definición de amarillo, ya que, al fin y al cabo, era capaz de distinguir ese color del verde por sí mismo, pero ¿qué sucede con las definiciones para las que nuestra mochila de experiencias y conocimientos no basta a la hora de dilucidar hasta qué punto se corresponden con nuestro mundo? En otras palabras, ¿cuántas personas todavía considerarán perfectamente normal que un *cocinillas* sea un hombre que se entromete en las tareas del hogar simplemente porque se lo diga el diccionario?

Entonces… ¿en qué quedamos? ¿Dejamos las definiciones de *cocinillas*  o de *limón* como está porque, después de todo, reflejan usos reales, o las cambiamos[[13]](#footnote-13) para contentar a la parte de los usuarios a los que esas definiciones no les sirven para entender el mundo que habitan, y alimentamos así la ilusión de que, modificando el diccionario, el mundo también cambiará? En un escenario ideal, lo más recomendable sería que las personas que elaboran y actualizan los diccionarios se situaran en el punto más cercano posible a la intersección de las percepciones de la realidad que tienen los individuos de las sociedades que van a recibir sus obras. Es decir, que para que García Márquez entendiera qué era el amarillo, se le definiera con referentes que en Colombia también tuvieran ese color; o que para que la definición de *cocinillas* no pecara de machista, abarcara a cualquier persona, no solo a los hombres, y evitara la alusión al entrometimiento para centrarse en su lugar en el hecho de que los *cocinillas* experimentan con recetas, por ejemplo.

Por desgracia, la objetividad absoluta al definir es una señora entelequia, y quienes pergeñan diccionarios sancionan la realidad de forma inevitablemente parcial y contingente, por mucho que intenten buscar la intersección de las percepciones de los hablantes. El mero hecho de definir el color amarillo aludiendo a realidades que tienen ese color excluye necesariamente a las personas que tengan dificultades para percibir tonalidades, por ejemplo. El conocimiento siempre tiene una ubicación, un marco de referencias en el que toma forma gracias al arbitrio de quienes lo propagan, pero aceptar esa idea supone, como sucede con las palabras que nos permiten nombrarlo, admitir que los cimientos que sustentan nuestra forma de entender el mundo son mucho más cambiantes y arbitrarios de lo que nos gustaría reconocer. Los diccionarios son, de alguna manera, la proyección de esa contingencia: objetos concretos, enmarcados en un tiempo y un espacio, sujetos a variables que no tienen tanto que ver con sufijos o normas de acentuación como podríamos pensar en un primer momento. Ya lo decía Kory Stamper, lexicógrafa del diccionario estadounidense *Merriam-Webster:* «No existe el diccionario, sino un diccionario».

Si nombrar y definir las realidades que dan forma al mundo que nos rodea es un proceso tan incierto, tan poco sólido y tan arbitrario, ¿cómo podemos aspirar a tener unos diccionarios, no ya fiables, sino simplemente honestos? ¿Se trata, siquiera, una empresa realizable? Un buen acuerdo de mínimos podría ser que, a pesar de la subjetividad de la que nunca podrán deshacerse, siempre intentaran explicar la realidad evitando *zooms* excesivos que excluyan matices y márgenes: cuanto más panorámica sea la foto de lo que definan, más hablantes sentirán que su manera de entender el mundo tiene cabida en ella. Los diccionarios caminarán al ritmo de la sociedad que los utilizan en la medida en que sus artífices sean capaces de basar sus decisiones en la empatía con la comunidad de hablantes a la que se deban.

Por desgracia, la trayectoria de los diccionarios normativos que más usamos en la actualidad nos habla más bien poco de empatía e inclusión, y bastante de subjetividades y retratos parciales de la realidad. Esa inevitable acumulación de sesgos se aprecia, por ejemplo, en la facilidad con la que las Academias aceptan la incorporación de neologismos procedentes de ámbitos científicos y técnicos mientras que se muestran reticentes a hacer lo propio con unidades de connotaciones más sensibles, como las que aluden a cuestiones sexuales. Aluden a la perdurabilidad de las palabras (y del conocimiento al que remiten) y al interés por no registrar creaciones léxicas efímeras como motivo suficiente para decidir cuáles superan el corte, pero ese razonamiento queda bastante en entredicho en el momento en que se constata que los neologismos que se refieren a realidades de la ciencia y la tecnología también pueden perder su relevancia dentro del idioma, porque sí, resoplamos con sorna cuando nos topamos con *cederrón* en el diccionario, pero la cuestión aquí es: ¿quién en su sano juicio sigue usando esa palabra a estas alturas de siglo? Y si no es así, ¿por qué demonios seguimos debatiendo sobre su forma como si nos fuera la vida en ello?

En el caso del diccionario académico del español, el arbitrio es tan descarado que ni siquiera es necesario aludir al nivel de especialidad o a las connotaciones de las palabras aceptadas y excluidas para constatar que quienes actualizan esta obra de referencia tienen opiniones y gustos, y ningún remilgo en plasmarlos. ¿Qué requisitos cumplen *aporofobia* o *posverdad* para poder alcanzar el Olimpo académico que*,* por el contrario, *finde* o *tirolina* no han logrado reunir hasta 2020 y que *sociosanitario -a* o *enoturismo* todavía no poseen? Y, si esos requisitos realmente existen y son determinantes, ¿por qué no son de dominio público? Del mismo modo, tampoco parece que la purga de lemarios sea una tarea lexicográfica exenta de subjetividades: si bien es cierto que la negativa a eliminar según qué entradas por sus connotaciones controvertidas puede tener un fundamento documental y descriptivo (a falta de un diccionario histórico completo, el académico es una herramienta muy útil para rastrear usos y significados vigentes hace siglos que ahora nos escandalizan, como el de *trapacero -ra* para referirse al pueblo gitano) también es necesario recordar que no siempre se ha mostrado el mismo celo en negarse a las purgas de carácter extralingüístico. Es inevitable pensar que la preservación de arcaísmos y la reticencia a cierto tipo de neología en los diccionarios normativos responde a un anhelo de los tiempos perdidos a través de las palabras que los evocan… y para entender el flujo de creatividad que reinventa las lenguas constantemente es necesario relativizar el peso de la nostalgia: en lo que respecta a las palabras, cualquier tiempo pasado no tiene por qué haber sido siempre mejor.

Desengañémonos: cualquier realidad se vuelve relevante solo cuando podemos acceder a ella y, en última instancia, nombrarla. Algo así debió de pensar Ptolomeo cuando dibujó el primer mapamundi del que tenemos constancia a este lado del mundo en el siglo ii de nuestra era (se sabe que en China ya se intentó hacer algo parecido ochocientos años antes, aunque se desconoce la autoría). Como hombre sabio y preclaro que era, es muy probable que fuera consciente de que el mundo no se acababa donde él había dejado de representarlo: sabía que había tierras lejanas a las que ni las más osadas caravanas habían logrado llegar, porque el horizonte, simple y llanamente, nunca se acababa. Él se limitó a representar el mundo conocido. ¿Se trataba de una representación total y fidedigna de todo el orbe conocido? No. ¿Impidió eso que se convirtiera en una herramienta vital para navegar cada vez más lejos y provocar, en última instancia, la aparición de mapas cada vez más ambiciosos? Tampoco. La labor de los lexicógrafos se asemeja mucho a la de los cartógrafos de la Antigüedad: representar el mundo tal y como ellos alcanzan a concebirlo y, al hacerlo, marcar las coordenadas por las que el resto podemos transitar con mayor o menor certeza. No hay nada de malo en ello, siempre y cuando firmen su obra en consecuencia, como hizo Ptolomeo. La autoría ubica la obra y nos avisa de la óptica desde la que se ha llevado a cabo, ya sea la de un astrónomo que vivió hace dos milenios o la de cualquiera que se lance a la aventura de actualizar un diccionario en nuestros días. Cualquier persona detrás de la publicación de un diccionario es consciente, aunque no tenga por qué manifestarlo, de la imposibilidad de la exhaustividad total de su labor compiladora, igual que el sabio griego era consciente de que el mundo continuaba más allá de los límites de su obra. El problema surge cuando, aun sabiendo lo inabarcable que es su labor, quienes sientan cátedra léxica pretenden vendernos su mapa de palabras como el definitivo, el inmutable, el inequívoco y único posible desde el que leer el mundo. Si, como decía Wittgenstein, los límites del lenguaje de alguien se corresponden con los de su mundo, podríamos afirmar que, en lo que respecta a los límites de los diccionarios, tienden a corresponderse con los de los mundos de quienes los conciben.

Por mucho que los titulares de los periódicos se regocijen de que *padawan* sea una palabra de pleno derecho porque por fin la recoge el diccionario de Oxford, los diccionarios son deudores del sistema cultural en el que se construyen, y no al revés. Es la sociedad la que le da permiso al diccionario para ser relevante. Al igual que les sucede a los monarcas de democracias parlamentarias con sus súbditos, los diccionarios reinan sobre la lengua, pero nunca pueden gobernarla, porque el poder en el que se sustentan no emana de ellos mismos, sino de los hablantes. Y en ese equilibrio tácito de poderes, los neologismos son catalizadores ultrasensibles del sentir de las comunidades de hablantes que los acuñan; la neologicidad de las nuevas palabras nos habla del modo en que calan en el imaginario colectivo y cumplen su función de poner nombre al mundo. ¿Realmente es tan difícil aprovechar el potencial de esa mentalidad colectiva como acicate de la creación y configuración de nuestros diccionarios? Lexicógrafos del mundo: si nos queréis, ¡escuchadnos!

* 1. **Los neologismos en el diccionario: «la fama cuesta, y es aquí donde vais a empezar a pagarla»**

Imaginemos que alguno de nuestros queridos neologismos, uno que sea particularmente díscolo y rebelde, lograse superar todos los sesgos, todas las trabas, todas las normas que normalmente lo marginan y se viera, de pronto, digno de entrar del diccionario académico a ojos del sanedrín encargado de decidir sus designios. Agradecido y emocionado, pensará que ante él se abre una etapa de tranquilidad: «Ya lo he logrado», dirá para sus adentros, «ya estoy aquí, querida norma: hazme un hueco porque he venido para quedarme». Y sí, habrá dado un paso de gigante, pero, por desgracia, sus peripecias lexicográficas no habrán hecho más que empezar. Ya sabemos que los resquicios por los que los neologismos se escapan del canon lexicográfico son variados y que lo que en neología es la sal de la vida, en lexicografía es un quebradero de cabeza, pero ¿por dónde se resquebraja con mayor facilidad esa alianza tan frágil entre ambos mundos? Para hacer acomodo a las palabras que albergan, los diccionarios siguen pequeñas liturgias de orden y convención que los hacen contar con una serie de elementos de forma relativamente constante: cada palabra definida en un diccionario encabeza una entrada propia, un microcosmos plagado de abreviaturas, códigos y datos dispuestos de forma casi ritual frente a los que el neologismo recién llegado tiene, a menudo, bastantes más silencios que certezas. Ante tanto titubeo, el diccionario suele cogerle la delantera y rellenarlos él mismo… y ahí está el lío. ¿Qué partes de las entradas de los diccionarios plantean más problemas para los neologismos?

* + 1. **Categoría gramatical**

*Sust., adj., v. tr., interj.…* si hay una manera por excelencia de clasificar las palabras en compartimentos estancos y cristalinamente definidos, esa es, sin duda, la categorización gramatical. Y, como no podía ser menos, es lo primero que nos encontramos en cualquier entrada del diccionario, inmediatamente a continuación de la palabra que estemos consultando. Nos consta, porque así lo hemos comprobado al detallar los principales procedimientos de creación léxica. Los neologismos son cualquier cosa menos piezas de un rompecabezas que encajan siempre entre sí de modos ya establecidos y unívocos: ¿es *reasfaltado* el participio del verbo *reasfaltar…* o un sustantivo, como podríamos suponer al leer «la empresa que se ocupó del *reasfaltado* de la autopista cumplió todos los plazos previstos»? ¿Hasta qué punto conserva *like* su función como verbo cuando lo importamos del inglés para referirnos a los *me gusta* de las redes sociales? Y, hablando de *me gustas*… ¿estamos frente a una locución o es acaso un sustantivo un tanto particular, a juzgar por cómo se comporta al interaccionar con otras palabras? Palabras como estas, fraguadas gracias a cócteles varios de conversión, importación léxica o sintagmación, ejemplifican como nadie los problemas que surgen al armonizar los tipos de neologismos con la categorización gramatical tradicional, ya que, a pesar de que la lingüística los considera procedimientos de actualización léxica supuestamente válidos, tienden a estar infrarrepresentados en el diccionario. Esto, unido al protagonismo de los criterios formales y no tanto de los pragmáticos al decidir qué palabras encajan mejor en el diccionario, hace que existan nichos de creación léxica que todavía estén muy lejos de tener una representación lexicográfica acorde con su peso creciente en la lengua. Recordemos, sin ir más lejos, lo que les pasaba a los neologismos formados por prefijación como *policía* ***antidisturbios*** o *donaciones* ***multiórgano*** y las arenas movedizas sobre las que caminaban, a medio camino entre el mundo de los sustantivos en aposición y los adjetivos que copiaban su funcionamiento y configuración de sus homólogos ingleses.

* + 1. **Orden de las acepciones**

Ya hemos visto que las definiciones son cruciales para que las realidades a la que remiten las palabras se asienten de una manera determinada en el imaginario de quien consulta el diccionario. En cierto modo, actúan como eje de la entrada, y en su órbita gravitan el resto de elementos, a mayor o menor distancia, pero sin perderla jamás de vista. A veces sucede que una misma palabra puede tener más de una definición, y en ese caso, cada una de ellas recibe el nombre de acepción.

¿Os acordáis de la neología semántica? Era la que se producía cuando una palabra que ya conocíamos adquiría un nuevo significado. Es un proceso tan constante y la polisemia que genera es tan ubicua en nuestra lengua desde sus albores que ni siquiera los diccionarios normativos pueden pasarla por alto, así que son muchas las entradas con listas de acepciones cada vez más prolijas. Cada nueva actualización del diccionario académico supone la incorporación de un buen puñado de nuevas acepciones a palabras que ya ocupan sus páginas desde hace tiempo. Sin ir más lejos, en 2019 se decidió añadir «Dicho de un tipo de música: Suave y relajante, destinada a crear un ambiente agradable» como nuevo significado del adjetivo *ambiental*, se especificó el sentido y función que tienen las *aguja* en acupuntura, e incluso se aceptaron calcos semánticos (oh, anatema) como el que hace que *aplicar* ya esté definido como «presentar una solicitud oficial para algo, como un puesto de trabajo, una beca o una plaza en la universidad», toda una claudicación de la supuesta integridad de la lengua española frente al embiste del *apply* o incluso pudimos ver cómo *parada* sumaba a su lista de acepciones, gracias al *parade* inglés, una un tanto paradójica: la que la define como un tipo de desfile en el que necesariamente, nadie va a estar parado, precisamente.

Bueno, pues estupendo, ¿no? Cuantos más significados se contemplen, ¡más voz tendrá la neología semántica en los diccionarios! Pues sí… y no, porque una cosa es la acumulación de significados y otra, lo que nos dice el orden en el que estos se colocan, que nos habla de la consideración que los lexicógrafos tienen de la realidad a la que remiten cada uno de ellos casi tanto como las propias definiciones que redactan. Pero mira que eres malpensado, diréis, ¿cómo puede algo tan inocente como una lista de acepciones estar sesgada? Pues es muy sencillo, pero para entenderlo, quiero que hagáis memoria y recordéis lo que decíamos en el capítulo anterior cuando hablábamos de la relevancia de los neologismos: no la marca la realidad a la que remitan, ni el procedimiento de formación que nos haya permitido acuñarlos, sino el tamaño de la comunidad de hablantes que los utilice y el consenso que alcancen con respecto a su uso… y los diccionarios de vocación más normativa no parecen guiarse por esos criterios para ordenar las acepciones. Para comprobar lo que digo no es necesario recurrir a neologismos semánticos particularmente actuales: basta con que tomemos un ejemplo con una polisemia probada desde hace siglos en una palabra ampliamente conocida y usada, el adjetivo *lesbiana.* Hasta 2001, su primera acepción era «perteneciente o relativo a la isla de Lesbos», y ese año pasó a ser «dicho de una mujer homosexual». Tuvieron que pasar un buen puñado de décadas para que, por fin, el orden de las acepciones estuviera en consonancia con la realidad de uso de ese adjetivo. Se superó así la primacía del criterio formal a la hora de ordenar los significados, que llevaba siglos favoreciendo el vínculo de la realidad lesbiana con la isla de Lesbos simplemente porque el adjetivo *lesbiano -na* deriva de dicho topónimo. Porque no queremos ser malpensados, y seguro que no hay más razones por las que haya costado tanto cambiar el orden de una definición que tiene que ver con una realidad LGTBIQ+. Fijo que no hay más. Seguro.

* + 1. **Ejemplos**

Los ejemplos lexicográficos pueden caer con facilidad en un conglomerado de connotaciones, dobles sentidos e incluso chistes que, intencionados o no, sitúan a las unidades en un marco cognitivo que quien consulta un diccionario normativo corre el riesgo de asimilar sin pararse a pensar el tipo de mundo que le están vendiendo como único posible. En el caso de las unidades neológicas, los ejemplos constituyen su prueba de vida y ayudan a que la definición propuesta fragüe de un modo determinado. En este sentido, y al ser una de los resquicios por los que la subjetividad se cuela de manera más flagrante, los avances han sido significativos y, afortunadamente, cuesta dar con ejemplos como el que en 1966 ilustraba el verbo *acomodar* en el *Diccionario de uso del español*: «Te enviaré una señorita que tal vez te acomode para secretaria», que me abstengo de comentar porque habla por sí solo, y que me perdone María Moliner, porque todos tenemos derecho a un mal día y ella claramente lo tuvo el día que pensó que hablar de señoritas secretarias era la mejor opción posible para ilustrar el uso del verbo *acomodar*.

En cualquier caso, y a pesar de que acomodar señoritas chirríe actualmente al noventa y ocho por ciento de la población hispanohablante, la norma sigue retorciendo su manera de representar la realidad, aunque sea de formas quizá no tan llamativas. Por ejemplo, si buscamos *libertad* en el diccionario académico, ya no encontraremos un «para ser tan niña, se presenta con mucha libertad» para ilustrar su significado, como ha sucedido durante décadas; ahora a la niña la han sustituido los jóvenes, muy en consonancia con el ejemplo que parece para otra acepción de la misma entrada, en la que se asegura que «a los jóvenes los pierde la libertad». Personalmente no pierdo la esperanza de que en un futuro no muy lejano se logre dar con ejemplos de uso para una palabra tan evocadora como libertad que no lleven una crítica implícita a ningún sector de la sociedad. No tiene que ser tan difícil.

* + 1. **Marcas y etiquetas de uso**

Las marcas son esas pequeñas abreviaciones que aparecen antes de las definiciones y que informan sobre el contexto o el lugar en el que una palabra se suele usar, o sobre las connotaciones que acarrea hacerlo. Por ello, muchas las palabras de los diccionarios se ven engalanadas con un auténtico rosario de puntualizaciones del tipo *Hon., Pal., Mil., coloq., Equit., P. Rico…* aunque vistosas y explicativas, no debemos perder de vista la idea que subyace a su uso:cuantas más marcas lleve una palabra, más lejos estará del estándar de la lengua. Hablamos, por tanto, de auténticas banderas rojas para restringir los usos léxicos.

En consecuencia, cualquier palabra marcada se ve automáticamente legitimada para un marco de uso concreto, ya sea geográfico (*Hon.* nos manda a Honduras, *Pal.* a Palencia y no creo que haga falta que explique adónde nos manda *P. Rico*), temático (*Mil.* Nos remite a cuestiones militares, *Equit.* a la equitación, *Esgr.* a la esgrima…), referente al registro y a la formalidad (*coloq.*), o de muchos otros tipos. Y oye, qué bien vienen a menudo, qué práctico resulta contar con brújulas tan precisas que, de un golpe de vista, nos ayudan a ubicar las palabras que no entendemos en nuestros mapas personales. El problema surge, como no podía ser de otro modo, cuando esas marcas cruzan la delgada línea que separa ubicar las palabras en nuestros mapas y, directamente, reordenar nuestros meridianos y paralelos para que encajen exactamente donde el diccionario quiere, y no donde nosotros prefiramos. Quiero decir: es bastante improbable que queramos situar *ADN* en unas coordenadas que no sean las que nos indica la marca *Biol.,* pero… ¿qué pasa con las marcas que nos hablan de tabúes? ¿Qué hacer cuando, como dice Lola Pons, el diccionario se convierte en «cementerio, barrio rojo y descampado» y, en consecuencia, nos avisa de supuestos insultos, obscenidades y vulgaridades? Pues, por enésima vez, tendremos que esforzarnos por relativizar, como hacía García Márquez con el amarillo y los limones, y no perder de vista que las connotaciones que alimentan este tipo de etiquetas siempre remiten a conceptos que varían en función de quién los evoca, que no son otros que quienes deciden qué y cómo aparece en el diccionario. Si a eso sumamos que suelen tratarse de opiniones previas a las palabras, concebidas como hormas en las que los lexicógrafos hacen encajar su cosmovisión particular, nos daremos cuenta de que en realidad no está tan claro si la vulgar y obscena es la palabra o, simplemente, la intención de quien la etiqueta de ese modo.

Sería interesante, por ejemplo, comprobar la suerte que correría palabras como *marica,* cuya primera acepción en el diccionario académico es «adj. despect. malson. Afeminado (que se parece a las mujeres)» si las revisara un hombre homosexual o una mujer. Llamadme loco, pero algo me dice que una reinterpretación de esas marcas por parte de los colectivos a los que alude haría que dejara de sugerir que señalar que un hombre tiene rasgos femeninos es algo despectivo o malsonante. Juicios morales como el que refleja esta definición demuestran que cuando hablamos de tabúes en lexicografía quizá estemos hablando de discriminación y falta de empatía, y no tanto de normas de uso. Cualquier neologismo, que, por definición, se encuentra en las periferias del sistema lingüístico, es una unidad especialmente vulnerable frente a este tipo de sesgos, y la alta proporción de palabras y acepciones recién incorporadas al diccionario que se ven adornadas con escuetos pero reveladores avisos como *vulg., coloq.,* o *malson.,* da buena cuenta de ello.

* + 1. **Pronunciación**

Un momento… ¿pronunciación? ¡Pero si todo el mundo sabe que el español es una lengua que se lee como se escribe! ¿Qué falta hace añadir información de este tipo en las entradas lexicográficas? Si estuviéramos hablando del inglés, pues lo vería lógico, porque menudo galimatías que es, pero ¿el español?

Lamento comunicaros que no: al contrario de lo que marca la sabiduría popular y el cuñadismo lingüístico, el español no se lee como se escribe, por la sencilla razón de que no consta de una escritura fonética en la que cada signo tenga asignado un sonido en exclusiva que no varíe en ningún caso. Es verdad que hay reglas bastante claras al respecto, como la que dicta que la *u* es muda cuando va detrás de la *q,* o que la *g* se pronuncia diferente, dependiendo de la vocal a la que acompañe. Esas indicaciones que solemos aprender en primaria noshacen prever con bastante fiabilidad los sonidos que se corresponden con según qué combinaciones de grafías y son prácticamente inexistentes en inglés, por ejemplo. Pero pensar que, gracias a ellas, la fonética del español es inequívoca pone bastantes piedras en el camino de los neologismos, ya que lastra, por ejemplo, la asimilación y normalización de buena parte de los préstamos que importamos de otras lenguas.

La consecuencia de que nos creamos el mito de la infalibilidad sonora del español escrito es que la dimensión fonológica tiene un papel secundario, cuando no testimonial o directamente inexistente, en la técnica lexicográfica en español. La escritura del español no es fonética, y no solo por la arbitrariedad obvia que toda norma ortográfica estándar posee, sino por las variaciones fonéticas motivadas por factores de tipo geográfico (los famosos «acentos») o social, que arrojan todo un abanico de posibilidades fonéticas con diferentes grados de adecuación al estándar normativo. La autoridad conferida a la supuesta correspondencia total entre estándar ortográfico y pronunciación genera una ilusión de aceptabilidad inmutable y universal que hace que, por ejemplo, la propia palabra *estándar* (adaptación de la forma inglesa *standard*, incluida en el diccionario académico en 1970) ya nos parezca perfectamente aceptable mientras que nuestros amigos los *bluyíns* en lugar de *blue jeans* o *dona* en lugar de *donut,* de incorporación mucho más reciente ycon combinaciones de caracteres menos usuales y más usadas en variantes del español americano y no tanto en las peninsulares, nos hagan arquear las cejas. O, si lo llevamos al extremo, que optar por un hipotético *laik\** para regularizar la inclusión del sustantivo *like* al hablar de los *me gusta* en las redes sociales ni se nos pase por la cabeza. Aceptar que nuestro modo de pronunciar es tan arbitrario y variable como el de cualquier otra lengua es el primer paso para dar con soluciones que, dentro de la descripción, sistematicen e integren nuevas palabras y permitan recogerlas en los diccionarios de un modo mucho más conectado con los usos lingüísticos reales.

* + 1. **Información etimológica**

La información sobre el origen de las palabras suele aportar la nota enciclopédica a las entradas lexicográficas, y ser fuente de anécdotas y curiosidades con las que darnos el pisto en conversaciones. *Pómulo* procede del latín *pomulum*, ‘manzanita’, en una clara alusión a la forma redondeada de la parte superior de nuestra mejilla; *mamotreto* es una palabra de origen griego que significa, literalmente ‘criado -da por su abuela’ y, por extensión, ‘gordinflón -ona’, por la creencia popular de que las abuelas ceban a sus nietos y nietas (creencia que, por la parte que me toca, como nieto bien alimentado que fui, corroboro como realidad incuestionable). *Gazpacho* también parece estar relacionada con otra palabra griega, esta vez la usada para designar a los cepillos de las iglesias, por la diversidad de objetos que los fieles depositaban en ellos, similar a la variedad de ingredientes necesarios para hacer esta receta tan vegetal y refrescante. ¿Cómo no maravillarnos al descubrir que *tulipán* y *turbante* son en realidad evoluciones diferentes de una misma palabra, y caer en la cuenta de que en cierto modo ellos también son la misma cosa… igual que *traición* y *tradición,* que también proceden de un tronco común y que, al constatarlo, nos hacen pensar en que ambas nociones quizá estén mucho más intrincadas de lo que jamás hubiéramos pensado? ¿Cómo no sentirnos asombrados al aprender, gracias a la etimología, que las sardinas son de Cerdeña, las acelgas, de Sicilia, y las mandarinas de la China ídem? La lista de vocablos con orígenes curiosos, que tanto nos dicen sobre la Historia y el mundo del que venimos y al que damos forma constantemente, es inagotable. La información etimológica es siempre un espacio de leyendas, libros olvidados, lenguas antiguas y conexiones semánticas tan peregrinas que nos dejan con la boca abierta. Aliña las entradas lexicográficas con datos muy enriquecedores que hacen que, a poco que la palabra que busquemos tenga algo de enjundia, la consulta se convierta en una oportunidad para abrir puertas a nuevos conocimientos que ni sospechábamos que queríamos descubrir, pero que terminan por cautivarnos.

Si las etimologías son tan geniales y abren una puerta tan maravillosa a informaciones con las que dejar con la boca abierta a nuestras familias cada Nochebuena, ¿cómo es posible que puedan llegar a lastrar la incorporación de neologismos a los diccionarios? Pues lo cierto es que pasa con mucha más frecuencia de lo que sería recomendable, porque es muy fácil que ese interés por los orígenes de las palabras y las lenguas muertas en las que anidan nuestras formas de nombrar el mundo termine mutando en la ilusión de que las palabras responden a una lógica primigenia, correcta e inmutable, de la que los nuevos usos y acepciones han de ser deudores. Una lógica así jamás permitiría considerar la hipotética aceptación de unidades como *precuela, sociolisto* o *trikini,* por ejemplo. ¿Qué tipo de lógica etimológica puede explicar la formación de estos neologismos? Esas palabras no huelen a leyendas olvidadas ni a libros incunables, sino a una rabiosa actualidad sospechosamente ingeniosa.

Por otro lado, no podemos perder de vista que, cuando hablamos de etimologías, nos movemos en el terreno de las reconstrucciones y las conjeturas, y que, con frecuencia, es precisamente el distanciamiento de las raíces etimológicas lo que espolea la neología semántica y la actualización de significados, como ha sucedido, por ejemplo, con *diezmar,* que ya no implica una selección de uno de cada diez elementos o *salario*, que lleva varios siglos sin pagarse en sal. Ya vimos, al hablar de la composición, (los trenes que tenían dos locomotoras, ¿os acordáis?) que las raíces de significado clásico pierden con mucha facilidad su sentido primigenio, y eso las ayuda a adaptarse a las nuevas necesidades denominativas de los idiomas con una plasticidad pasmosa. Sin embargo, también constatamos que nuestra intuición y nuestro bagaje lingüístico nos ayudaban a identificar los significados que se escondían detrás de ellas en cada caso en un periquete. El problema es que esa mochila de intuiciones puede adulterarse con mucha facilidad para hacer que los supuestos orígenes de una palabra justifiquen cosas que no tienen nada que ver ni con ella ni con los étimos en los que se sustente. Por ejemplo, no hace falta haber estudiado filología clásica para entender que la palabra *matrimonio* viene del latín *matrimonium* y este, a su vez, procede de *mater, matris,* ‘madre’, pero en lo inequívoco de esa reconstrucción etimológica existen un total de cero motivos que imposibiliten que la palabra *matrimonio* pueda remitir a uniones de dos personas en las que ninguna de las dos pueda ser madre. Los étimos no fuerzan la conservación de ningún significado; quienes sí lo hacen son algunos hablantes que se parapetan en raíces y declinaciones varias para justificar su inmovilismo. Que puedan existir matrimonios sin madres es perfectamente posible, simple y llanamente porque la sociedad así lo ha decidido. Además, si nos pusiéramos tiquismiquis y lleváramos la idea de que la raíz determina el significado de una palabra hasta las últimas consecuencias, no habría mejor definición de matrimonio que la unión de dos personas que pudieran ser madres, que con frecuencia serán dos mujeres y acabarán formando la madre de todos los matrimonios, ¿no?

No hace falta ser detective privado para, después de leer este capítulo, sumar dos más dos y concluir que la norma, la convención y las liturgias lexicográficas son capaces de encorsetar a los neologismos hasta dejarlos casi sin oxígeno. Podría parecer una desgracia, algún tipo de maldición homérica a la que el canon somete a las palabras que tienen la osadía de desafiar el *status quo* normativo, pero lejos de ser una desventaja, que la horma de los diccionarios no sirva para buena parte de los zapatitos léxicos que han ido apareciendo a lo largo estas páginas, es un alivio para todas ellas. Una bendición, vamos. Las palabras están hechas de aire y ondas, de pequeños trazos de tinta y píxeles que, de manera fortuita se agrupan con relativa consistencia en algún momento y lugar. Una mínima proporción de todas ellas, de forma también fortuita, llegará a cuajar y a gozar de una relativa recurrencia en el imaginario de un conjunto de individuos durante un tiempo más o menos prolongado. Creernos capaces de encapsular algo tan etéreo, tan serendípico, y enjaularlo en un libro muy gordo con garantías de que se vaya a conservar inmutable y para siempre es tan ingenuo como sentir que basta una vida para asignar un código de barras a cada grano de arena que encontremos en un desierto. No es que sea una empresa irrealizable desde el primer minuto, es que incluso aunque nos pongamos manos a la obra y por un rato pensemos que estamos avanzando hacia nuestro gran objetivo, cuando menos lo esperemos, se levantará un vendaval que hará que todo nuestro esfuerzo (loable, titánico, pero también arrebatadoramente ingenuo) quede reducido a la nada: el viento amontonará nuevas dunas y el rastro de nuestro trabajo se borrará para siempre. ¿Cómo encontrar los granos de arena ya catalogados en la nueva inmensidad que se presentará ante nuestros ojos? La verdad es que el suelo no se habrá movido bajo nuestros pies, así que la tentación de pensar que el desierto que pisamos es el mismo que antes de que se desatara la tormenta será fuerte, pero lo cierto es que el paisaje ya no será igual. Nada que ver. Y antes de que nos hayamos repuesto, llegará una nueva tempestad. Con las palabras nos pasa algo similar: no paran de mutar, en un constante vendaval, y aun así, no dejamos de apoyarnos en ellas, creyendo que son tierra firme. Incluso cuando exclamamos que «no hay palabras para describir algo» necesitamos aludir a ellas, a su ausencia, para explicar cómo de extraordinario es lo que queremos explicar. Las palabras nos son útiles hasta cuando no existen, y cuando existen, se materializan y desvanecen ante nosotros de forma tan incesante que trenzan una ilusión de continuidad, un rumor que recuerda al del río de Heráclito: siempre está, pero en realidad nunca es el mismo porque sus aguas no paran de fluir. Y a ese rumor nos aferramos.

Al mutar constante hay que añadir otro factor de peso que nos aleja, de nuevo, de reglas inequívocas y catálogos léxicos definitivos: nuestra propia naturaleza cambiante. No es que vivamos en un vendaval constante, es que somos vendavales: nuestra percepción de la realidad es subjetiva, inestable y cambiante, inevitablemente enmarcada en unas coordenadas concretas… El modo en que cada hablante recibe y procesa una nueva palabra (un modo único, genuino, intransferible) es un torbellino de subjetividad que colisiona con los modos de los demás hablantes para, al sumar percepciones, construir un cierto consenso que, al final, será el argumento más poderoso sobre el que apuntalar la relevancia de las palabras recién llegadas. Es en esa percepción en dos tiempos (el individual y el del consenso) y no en el tipo de sufijo o de metonimia que le dé una carcasa, donde descansa el veredicto del jurado de hablantes frente al que, temblorosas, vayan desfilando las recién llegadas. Y pobre de la palabra que, en lugar de consenso, solo cuente con padrinos: ningún salvoconducto académico, ninguna entrada de diccionario sesuda, ninguna aparición estelar, servirá para justificar el lugar en la lengua real si no es capaz de tender puentes genuinos entre la realidad y los hablantes que se afanen por entenderla. ¿No os da la sensación de que a veces intentan meternos con calzador a cantantes o escritores que de pronto están hasta en la sopa a pesar de su evidente falta de gancho? Vemos campañas de promoción ambiciosas, anuncios hasta en la sopa y, sin embargo, hay algo que no termina de cuajar, que chirría. Pues eso pasa con algunas palabras muy bien recomendadas, de indiscutible pedigrí, pero carentes de chispa neológica para la comunidad de hablantes que teóricamente está llamada a integrarlas en su acervo léxico.

Al final, la norma nos tiende una trampa muy hábil: nos habla de *aceptar* cuando en realidad quiere decir *asimilar*. Neo no quería convertirse en una señora con abrigos de pieles que paseara los domingos por la Calle Mayor: le bastaba con que todas esas señoras lo aceptaran exactamente tal y como era, sin disfraces, sin legitimaciones externas, sin tener que echar mano de un supuesto abolengo que justificara su relevancia. O que, al menos, lo dejaran vivir en paz y no le hicieran sentir un intruso cada vez que se lanzaba a caminar por las mismas aceras que ellas. En definitiva, hacerle un hueco sin tener que transformarle.

La profusión de vagones, locomotoras y viajeros que han surcado estas páginas nos dejan bien claro que las palabras nuevas beben de un código en el que se sustentan, sí, pero que merece la pena que las valoremos como detonantes de nuevas relevancias, y no tanto como meras conjunciones inéditas de caracteres o sentidos. A fin de cuentas, qué sentido tiene montarnos en un tren si, cuando se cierran las puertas del vagón, nos sentamos y nos ponemos a mirar por la ventanilla, no somos capaces de saborear el viaje que emprendemos.

1. No me escondo: yo soy del bando *antisolotildista*, aunque respeto a los *solotildistas* y, de hecho, me suele parecer gente simpática. [↑](#footnote-ref-1)
2. Recordemos que esto sucedió hace diez años, una época en la que, por increíble que pueda parecer, las aplicaciones móviles no lo eran todo en nuestra vida, y el uso de los teléfonos inteligentes no estaba tan extendido como en la actualidad. [↑](#footnote-ref-2)
3. No aparece, por ejemplo, ni en el Corpus de Referencia del Español ni en el CORPES XXI, dos de los corpus de consulta de nuestro idioma más amplios e importantes. [↑](#footnote-ref-3)
4. Sí, estás en lo cierto: los interfijos son los morfemas más especialitos y limitantes. [↑](#footnote-ref-4)
5. Exactamente igual que cualquier madre, a la que, dicho sea de paso, no convertimos en *madraza* por ello… [↑](#footnote-ref-5)
6. Que me perdonen los próceres de la morfosintaxis comparada por esta afirmación tan simplista y temeraria… [↑](#footnote-ref-6)
7. En negrita, los lexemas que contiene cada ejemplo. [↑](#footnote-ref-7)
8. A ver, imposible no es, pero al menos a mí se me haría raro, qué queréis que os diga. [↑](#footnote-ref-8)
9. *Sociedad de inversión de capital variable*. No sé vosotras, pero yo me quedo igual. [↑](#footnote-ref-9)
10. Vale, sí, lo reconozco: este ejemplo no es real, pero seguro que en Albacete existe alguna obra civil barroca digna de tal epíteto. [↑](#footnote-ref-10)
11. Durante toda mi infancia y buena parte de mi juventud pensé que el número de préstamos procedentes de lenguas indígenas americanas era infinitamente mayor de lo que lo es en realidad, porque cada vez que buscaba una palabra en el diccionario y veía la nota *De origen inc.* ni se me pasaba por la cabeza que pudieran ser de origen incierto… y no inca. [↑](#footnote-ref-11)
12. En concreto, *gimkhana/yincana/gymkana/gincana* lleva documentándose en español las suficientes décadas como para que denominarlo «neologismo» haya dejado de tener sentido, y, sin embargo, ahí lo tenemos, aún tambaleante. [↑](#footnote-ref-12)
13. La Academia acabó por hacer caso a García Márquez y a sus quejas limoneras, ya que eliminó, en 2001, cualquier referencia cítrica al definir el color amarillo. Al César lo que es del César. [↑](#footnote-ref-13)